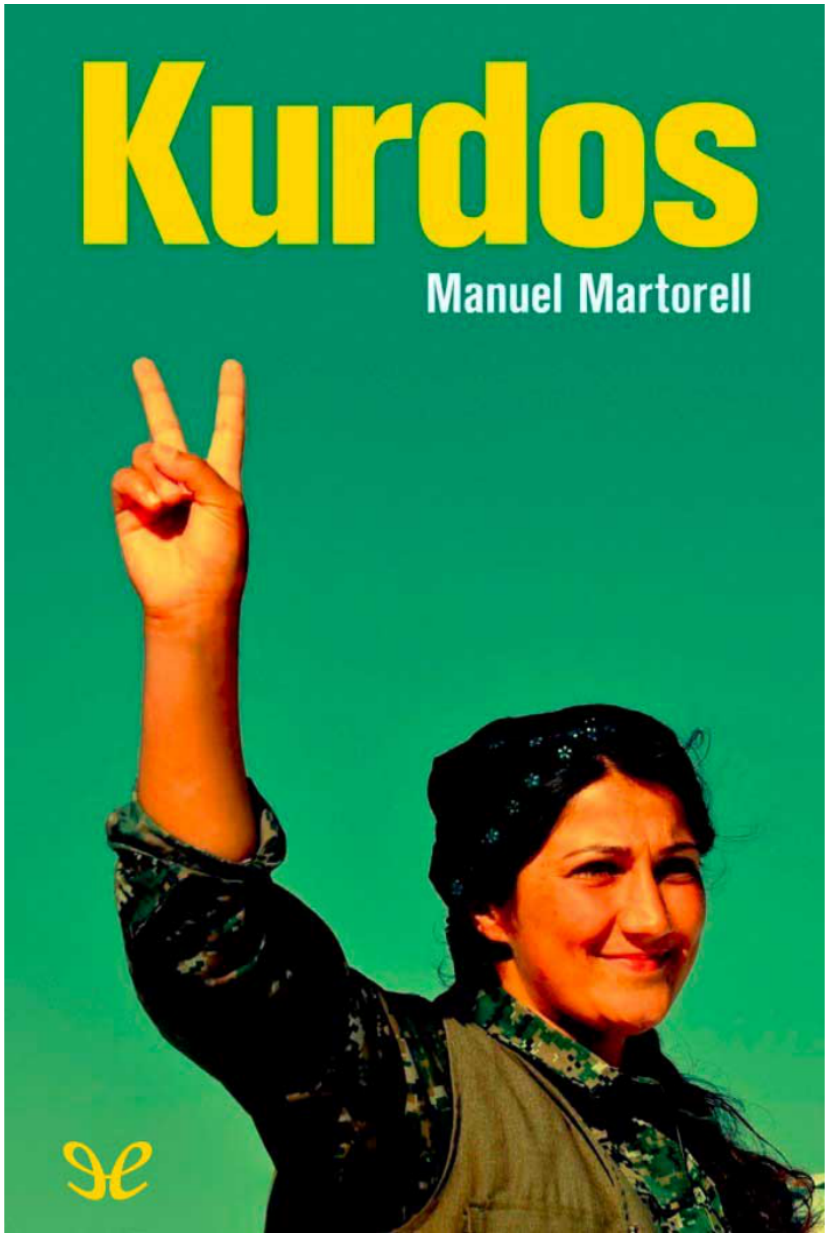
Kurdos

Manuel Martorell



Kurdistán, el mayor pueblo sin Estado del mundo, con cerca de cuarenta millones de habitantes, disgregados entre Turquía, Siria, Irán e Irak, forma un impresionante laberinto de valles y montañas en el corazón de Oriente Medio. En las portadas de los periódicos y en los informativos televisivos, los kurdos suelen aparecer vinculados a desastres y trágicos acontecimientos: ejecuciones en Irán, bombardeos químicos bajo Sadam Husein, campañas de limpieza étnica del ejército turco, las bombas y decapitaciones de los yihadistas, el genocidio de los kurdos de religión yezidi, el secuestro de los cristianos, el angustioso asedio a Kobani, donde las milicias kurdas demostraron que el Estado Islámico no era invencible o los atentados en Turquía. Pero los kurdos llevan casi un siglo de luchas contra los regímenes que buscan su desaparición, desde las revueltas iniciales del cheik Said y conflictos posteriores hasta sus combates actuales contra el Estado Islámico o la ofensiva del Ejército turco en octubre de 2019 para destruir la autonomía de Rojava, la región siria del Kurdistán. A través del repaso de su historia, cultura, religión, sociedad y costumbres, este libro aporta numerosas claves para comprender la realidad del pueblo kurdo y su papel central en la lucha contra el yihadismo y en la crisis de Oriente Medio.

Manuel Martorell

Kurdos

ePub r1.0
Titivillus 15-07-2023

Manuel Martorell, 2016
Fotografía de cubierta: Kurdish YPG Fighter,

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A MIS QUERIDAS HIJAS CLARA Y VIOLETA.

INTRODUCCIÓN

LA HORA DEL PUEBLO KURDO

Si hace solo unos años le hubieran dicho a un kurdo de Siria que su pueblo tendría una autonomía política, seguramente esbozaría una sonrisa evocando el sueño inalcanzable del que habla Salim Barakat en *Las Plumas*, lírico relato de uno de los mejores novelistas de Oriente Medio. Barakat aprovechaba el ensoñador vuelo de un ave para cruzar las fronteras que dividen artificialmente su país, el Kurdistán, una nación no reconocida internacionalmente que forma un impresionante laberinto de valles y montañas en el corazón de Oriente Medio. Solo así podía rebasar, a vista de pájaro, los muros, alambradas y campos minados que separan a los kurdos de Siria de los de Turquía, y a estos de los de Irán e Irak; y solo así, volando en sueños, podía cruzar también las barreras del tiempo, al pasado y al futuro, para posarse en el anhelo de sus gentes, tantas veces roto, de construir un país propio.

Aunque apenas sea conocido, el Kurdistán es tan extenso como la península Ibérica, pero atesora tantas riquezas que ese proyecto siempre ha quedado inconcluso por ir contra poderosos intereses. Esa ha sido la maldición histórica de los kurdos: asentarse en la noche de los tiempos en una zona del mundo que no ha dejado de adquirir importancia geoestratégica. Por eso, pese a contar con 40 millones de almas, en Siria y Turquía se niega su existencia, y en Irak e Irán queda limitada a solo una parte de las tierras que

habitan.

Y tal vez por eso, con demasiada frecuencia, solo aparecen en las portadas de los periódicos y en los informativos televisivos vinculados a desastres y trágicos acontecimientos: ejecuciones en Irán, bombardeos químicos bajo Sadam Husein, campañas de limpieza étnica del ejército turco, el asesinato de tres feministas en París, las bombas y decapitaciones de los yihadistas, el genocidio de los kurdos de religión yezidi, el secuestro de los cristianos, el angustioso asedio a Kobani, ese pequeño Stalingrado donde las milicias kurdas demostraron que el Estado Islámico no era invencible o, más recientemente, el cuerpecito sin vida de Alan, el niño que, con su familia, también quería surcar los mares en busca de un sueño.

El país de los kurdos es tan desconocido, parece tan lejano, que da la impresión de que no tengamos nada que ver con su tragedia; pero son muchas las ocasiones que hemos apoyado, directa o indirectamente, las políticas de exterminio contra esta etnia de origen indoeuropeo. Ocurrió cuando también vimos a ese bebé de Halabja, al que inútilmente intentaba proteger con su cuerpo el abuelo, cubierto del polvillo blanco que dejaba el gas sarín con el que se cargaban bombas de fabricación española; o cuando recibíamos con los brazos abiertos al presidente iraní Jatami para ponerle al frente de la Alianza de Civilizaciones mientras mandaba a la horca a decenas de militantes kurdos; la amistad peligrosa con Bachar al Asad cuando su ejército disolvía sangrientamente las manifestaciones populares, o apoyar explícitamente las masacres en Turquía porque ese Gobierno es nuestro aliado en la OTAN.

Pero el drama de los kurdos nos sigue pareciendo una lejana pesadilla, procedente de un mundo que no es el nuestro y, sin embargo, los jóvenes kurdos, en su inmensa mayoría pertenecientes a familias musulmanas, mueren cada día luchando para erradicar el yihadismo a solo unos kilómetros de las playas del Mediterráneo. En Siria y en Irak ya han pagado un elevado precio en este trascendental combate; solo luchando contra los yihadistas, murieron más de 2000 hombres y mujeres durante los años 2014 y 2015. Lo hacen a sabiendas de que están defendiendo unos valores semejantes a los nuestros y, pese a ello, no esperan un sincero apoyo por nuestra parte porque casi siempre se lo hemos dado a sus

enemigos, y aun cuando lo hacemos, tampoco han sido escasas las traiciones. Incluso entre quienes les apoyan, los clasifican como *kurdos buenos* y *kurdos malos*, según la conveniencia. Por eso, durante décadas, los *peshmergas*, quienes «caminan frente a la muerte», han clamado tantas veces al cielo gritando: «¡Las montañas son nuestras únicas amigas!».

Pero igualmente son conscientes de que se encuentran en un momento clave de la historia, sin precedentes, ante una crisis que no es como las anteriores, porque ellos, los kurdos, que son el pueblo más antiguo de esta castigada parte del mundo —llegaron miles de años antes que árabes y turcos—, representan lo que siempre ha sido Oriente Medio y lo que, justo ahora, está a punto de desaparecer. Nunca antes habían visto que otros musulmanes se dedicaran a destruir las joyas que pertenecen a la humanidad en Nínive, Nimrud, Hatra o la Palmira de la mítica reina Zenobia; nadie como ahora se había atrevido a destruir los templos de fuego mazdeístas, a exterminar de regiones enteras a sus hermanos yezidis y cristianos; y nunca, ni en los periodos más tenebrosos de la Edad Media, se había llegado a una exhibición de barbarie y salvajismo como la actual.

Y también saben que la comunidad internacional, que tantas veces les ha dado la espalda, los necesita porque nadie como ellos tiene un pueblo y una historia que defender frente a la actual orgía depredadora, que nadie como ellos tiene una capacidad organizativa y de combate forjada por una larga historia de resistencia, y nadie como ellos, que son mayoritariamente musulmanes, puede romper los estereotipos sobre Oriente Medio que con tanta facilidad se extienden dentro de la opinión pública occidental. Ver a las mujeres kurdas combatiendo en primera línea para detener a quienes aterrorizan al planeta ha abierto muchos ojos cegados por la simplificación. Pero también los kurdos son conscientes de que están frente a una oportunidad irrepetible, el momento de la historia que esperaban tras una sucesión de tragedias que parecía no tener fin, que había llegado la hora de demostrar que, aparte de fundamentalismos y regímenes autoritarios, existe un Oriente Medio, el suyo, el de siempre, basado en el respeto a la diversidad de los pueblos y las religiones.

CAPÍTULO 1

LOS HEREDEROS DE SALADINO

El castillo de Dwin es uno de los lugares con mayor carga simbólica para el pueblo kurdo de todo Oriente Medio. De lo que fue la capital del principado medieval de Során apenas quedan algunos lienzos de la muralla, la base de dos torreones y un cementerio de lápidas con enigmáticos grabados todavía sin descifrar. Está, una vez rebasadas las alturas de Primán, a media hora de la antigua ruta Hamilton, construida por este ingeniero neozelandés tras la Primera Guerra Mundial sobre un camino ya utilizado por el rey Darío III durante el Imperio persa para cruzar los montes Zagros.

Cuando lo visité en junio de 2014, durante la ofensiva del Estado Islámico en Siria e Irak, se encontraba en completo abandono, aunque el Gobierno Regional del Kurdistán, con sede en Arbil, al noreste de Irak, ya había puesto en marcha un proyecto arqueológico para su recuperación. No le faltan razones; se trata de uno de los pocos legados patrimoniales aún en pie directamente relacionado con el origen kurdo de Saladino, la figura histórica de este pueblo más conocida en todo el mundo. «Príncipe de los Creyentes», Salah ad Din ibn Yusuf Ayub tuvo la oportunidad a finales del siglo XII y comienzos del XIII de convertir al Kurdistán en un poderoso reino que, seguramente, habría cambiado el fatal destino de esta etnia indoeuropea. Bajo su liderazgo, los kurdos alcanzaron una presencia y protagonismo internacional que no

volverían a tener hasta nuestros días, cuando sus hombres y mujeres despertaban la admiración general por combatir con eficacia a los yihadistas pese a ser, como ellos, musulmanes suníes.

Aunque la actual fortificación procede del siglo XV, se considera que el primer castillo fue levantado en el XI por Shadhi ibn Marwan, abuelo de Saladino, quien, a su vez, procedía de una próspera ciudad al pie del monte Ararat igualmente llamada Dwin, en la ribera oriental del río Araxes, que dibuja la frontera entre la Armenia exsoviética y Turquía. Allí convivían armenios cristianos y kurdos mahometanos, entre ellos los Ayub, la familia de Saladino, que se trasladaría más tarde a Irak para ponerse al servicio de Zangi, gobernador turcomano de Mosul. Dwin habría sido su primera base de operaciones y el extenso cementerio que se aprecia extramuros correspondería al núcleo urbano, hoy desaparecido, que se formó junto a la fortaleza. Una de las esposas de Saladino estaría enterrada en este lugar, igual que numerosos nobles a tenor de las espadas y *janyares*, la daga tradicional de los guerreros kurdos, con empuñadura en forma de T y nervio central en hoja curvada, que aparecen esculpidos en las tumbas. Otros dibujos geométricos también responderían a un grado de distinción, mientras que los motivos solares indicarían que en la sociedad kurda de la Edad Media, pese a estar ya islamizada, la cultura zoroastriana todavía conservaba una gran presencia.

Ayub Najim, hijo de Shadhi, padre de Saladino y fundador de la dinastía ayubida, extendería hacia 1130 su control hasta la zona de Tikrit, sobre el río Tigris, donde nació Salah al Din ocho años después, razón por la cual esta provincia de Irak lleva el nombre de Salahattin, igual que la ciudad turística encaramada sobre los montes Primán. Según relata el prestigioso escritor libanés Amin Maalouf en *Las cruzadas vistas por los árabes*, Ayub Najim salvó la vida de Zangi tras su derrota a manos del sultán selyúcida de Bagdad y, por esta razón, le premió poniéndole al frente del ejército formado por kurdos y turcomanos en auxilio de los árabes de Damasco, amenazados por una invasión de *franzi* cristianos.

La gran victoria sobre los cruzados en Hattin el año 1187 y la conquista de Egipto dio paso al Imperio ayubida, que se extendía desde Anatolia hasta el océano Índico y desde Persia al Magreb, en el norte de África. De hecho, la caballería ligera kurda, los *agzaz*,

dotada con sus temibles arcos reforzados, traspasaría estos límites y llegaría a combatir al servicio de los almohades en al-Ándalus, jugando un papel clave en la victoria de Alarcos que no pudieron repetir en las Navas de Tolosa el año 1212. En esta trascendental batalla, que supuso el fin de la hegemonía musulmana en Hispania, tuvieron como contendientes a los caballeros navarros de Sancho VII el Fuerte. No era la primera vez que las casas de Ayub y Navarra coincidían en el campo de batalla. Solo unos años antes, en 1192, la princesa Berenguela de Navarra, hermana de Sancho VII, acompañaba a su esposo, Ricardo Corazón de León, durante la Tercera Cruzada. El famoso rey de Inglaterra no pudo reconquistar Jerusalén e inició unas negociaciones de paz en las que incluso se propuso el matrimonio entre Malek, hermano menor de Saladino, con Juana, hermana de Ricardo. La boda no se celebró, pero se alcanzó un ventajoso acuerdo que declaraba Jerusalén «ciudad abierta» y respetaba los santos lugares de la cristiandad. Está dentro de lo razonable pensar que en el espíritu tolerante de Saladino influyera la convivencia de los ayubidas con los cristianos, tanto en Armenia como en el norte de Irak, o la corriente musulmana shafi, considerada la escuela teológica suní más transigente, mayoritaria entre los kurdos y de la que Saladino era uno de sus principales seguidores.

ENTRE LA FE Y LA NACIÓN

En esta época, es decir, hace 800 años, los ayubidas ya se enfrentaron al dilema religioso-nacional que el pueblo kurdo ha arrastrado a lo largo de toda su historia. Por un lado, la posición del propio Saladino, ardiente defensor del islam, centrado en expandir la religión de Mahoma; por el otro, la tendencia, representada por su hermano Malek, preocupado más por mejorar el sistema administrativo y consolidar el control de sus originarias tierras del Kurdistán. En el fondo, la preeminencia de la fe frente al proyecto nacional. Saladino optó por la religión, restaurando el prestigio del islam en todo Oriente Medio y el norte de África, mientras que bajo el gobierno de Malek las ciudades kurdas de Diyarbakir, Mardin,

Hasankeyf y Arbil alcanzaron su máximo esplendor en convivencia con cristianos armenios, asirio-caldeos o mazdeístas zoroastrianos.

Aún en la actualidad, muchos kurdos siguen responsabilizando a Saladino de que, pese a contar con casi 40 millones de almas y ocupar un territorio tan grande como toda la península Ibérica, carezcan de país, teniéndose que conformar con ser «el mayor pueblo sin Estado del planeta» dividido por las fronteras de Turquía, Irán, Irak y Siria. El año 1995, visitando las regiones kurdas de Siria, me contaron una ilustrativa anécdota en este sentido. Un hombre ya de edad avanzada le pidió a su hijo, como última voluntad, que le llevara a Damasco; no quería morir sin ver la tumba del *gran Saladino* en la mezquita de los Omeyas. Ante el mausoleo, escupió con desprecio al suelo y dijo: «Ya nos podemos ir». No pocos kurdos le consideran un traidor a su pueblo y para otros tantos, sin embargo, fue, sobre todo, el salvador del islam. Se podrían poner otros ejemplos de esta dualidad presente en el cuarto pueblo en importancia, demográficamente hablando, de todo Oriente Medio, tras los turcos, los persas y los árabes.

Algo parecido ocurre en torno al llamado Valle de los Caídos, otro sorprendente cementerio, en este caso sobre un meandro del río Qandil. Aparece nada más entrar en los montes Negros, que se alzan como una muralla infranqueable sobre las llanuras de Rania, también en el norte de Irak. Se trata de un centenar de tumbas, señaladas con piedras de diverso tamaño y un par de monolitos seguramente para ubicar el enterramiento de alguien más significado. De acuerdo con la tradición local, el nombre se debe a que en este lugar se entabló la primera batalla entre musulmanes árabes y kurdos mazdeístas. Tras el combate, fueron enterrados los que muchos consideran los primeros mártires del islam en territorio kurdo. Cuando lo visité en julio de 2009, también estaba abandonado, hasta el punto de que la progresiva desviación del cauce había descubierto ya algunas tumbas y se podían ver los huesos de personas enterradas allí en el siglo VII. Según me explicaron, la razón de tal abandono estribaba en que para algunos kurdos realmente eran los primeros mártires del islam, pero, para otros, solo eran unos invasores, por lo que ni se merecían ese honor ni que nadie cuidara su eterno descanso.

Después de 1300 años, el enfrentamiento dentro de la sociedad kurda sigue siendo muy similar. Para la mayor parte y pese a ser también suníes, el Estado Islámico, con sus decapitaciones, matanzas de yezidis y la destrucción de su ancestral patrimonio, representa un islam en el que muy pocos se reconocen, aunque también hubiera en las filas yihadistas un significativo número de kurdos, junto a chechenos, tunecinos, egipcios, saudíes y europeos. Cuando el califa Abubaker al Bagdadi ordenó decapitar al comandante *peshmerga* Hujam Surchi en enero de 2015, su padre dijo públicamente que el dolor habría sido mucho más llevadero si no hubiera sido kurdo quien degolló a su hijo. Las redes sociales se llenaron de imágenes de Surchi superponiendo el rostro sereno con el que afrontaba la muerte con la imagen de un león, símbolo de fuerza, resistencia y nobleza en el combate.

Lo cierto es que el islam tuvo serias dificultades para penetrar en este laberinto de valles y montañas que forman el Kurdistán, envolviendo, como si fuera un gigantesco búmeran, las planicies de la histórica Mesopotamia. Hacia el este, la cordillera Zagros, que baja desde el Cáucaso en dirección al golfo Pérsico; y, por el norte, los macizos asociados a los montes Taurus que, desde el sureste de la Anatolia, se extienden hacia el golfo de Iskenderum, en el extremo nororiental del Mediterráneo. En este complejo montañoso, uno de los más importantes del planeta, se pueden contar más de 50 tresmiles, varios cuatromiles y el monte Ararat, que se eleva, con 5137 metros, a la altura de Dwin, la ciudad de Armenia que dio origen a los ayubidas. No resulta difícil encontrar, en pleno mes de agosto, neveros que descargan arroyos sobre lagos alpinos y robledales donde todavía se esconden osos e, incluso, algunos ejemplares de leopardo.

En muchos de estos recónditos valles, las huestes de Mahoma nunca lograron un control efectivo del territorio, como tampoco lo conseguirían después los otomanos, los sucesivos *shas* de Persia y ni siquiera los modernos ejércitos actuales, como el poderoso de Turquía, el segundo con más efectivos de la OTAN. No pocas veces, al comienzo de la islamización, eran misioneros solitarios quienes se aventuraban buscando fortuna espiritual, en ocasiones a costa de

perder la vida, como hicieran los españoles en el Amazonas, las tierras andinas o las selvas de América Central. Algo parecido ocurrió en el Kurdistán durante la Edad Media. Dice la tradición que uno de estos misioneros localizó el angosto valle de Ahmad Awa (Agua de Ahmad), al noreste de Suleimaniya, lindando con la frontera iraní a la altura de Jormal. Surcado por un impetuoso torrente que brota en medio de la montaña, el valle forma un gran vergel que aquel misionero confundió con el paraíso terrenal. Envió un mensajero a Bagdad para anunciar el descubrimiento y pedir refuerzos, pero el correo fue interceptado por los lugareños, seguidores de Zoroastro, que no dudaron en dar muerte al clérigo porque querían preservar su Ahmad Awa de la contaminación exterior.

Más suerte tuvo Adi Musafir, otro misionero, seguidor de la escuela sufí de Al Gazali, que entró en el valle de Lalesh hacia el año 1100, cuando este escondido lugar estaba habitado por mazdeístas parcialmente cristianizados. Al contrario de lo que había ocurrido en Ahmad Awa, Adi Musafir decidió quedarse y convivir con aquella comunidad yazdai, aceptando sus doctrinas e incluso introduciendo reformas a su mazdeísmo ya tamizado por la fe en la cruz. Y de esa reforma surgieron los actuales yezidis, injustamente tildados por los fundamentalistas de ser *adoradores del diablo*, herejes que solo merecen la muerte. Lalesh está considerado el principal santuario de esta religión con aproximadamente un millón de creyentes, precisamente porque allí se encuentra el mausoleo de su reformador. También habría sido destruido por los yihadistas del Estado Islámico, como hicieron con los templos yezidis en la región de Sinyar, si los *peshmergas* del Partido Democrático del Kurdistán (PDK) y los guerrilleros del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) no les hubieran frenado durante su ofensiva en agosto de 2014.

Hay en el Kurdistán muchas otras reliquias, leyendas y lugares sagrados en las que se mezcla lo preislámico con lo musulmán, formando creencias sincréticas semejantes a la de los yezidis. Eso es lo que ocurre con la amplia comunidad alevi de Turquía, con más de 10 millones de fieles; también con el yarsanismo o *ahl-i haq*, el Pueblo de la Verdad, religión exotérica practicada a ambos lados de la frontera irano-iraquí por los kurdos kakais; y, en menor medida,

con algunas corrientes sufíes de gran predicamento local. El presidente turco, Tayip Erdogán, por su parte, acusaba abiertamente a Abdulá Ocalán, el líder del PKK, encarcelado de por vida en la prisión militar de Imrali, de empujar de nuevo a los kurdos por la senda de Zoroastro al relativizar el peso del islam en Oriente Medio. Pero sobre todo esa presencia de lo simbiótico se refleja en tradiciones y símbolos del imaginario colectivo, empezando por la enseña nacional, institucionalizada en 1946, basándose en la creada por el partido Khoybun (Independencia), por la República de Mahabad, la única y efímera entidad independiente que ha tenido el pueblo kurdo en la Edad Contemporánea.

Fundada con apoyo soviético aprovechando el vacío de poder creado en Irán tras la Segunda Guerra Mundial, la República Autónoma del Kurdistán, con capital en Mahabad, apenas estuvo en funcionamiento un año, pero dejó un legado de gran trascendencia: el primer partido moderno, el himno nacional y la citada bandera, formada por tres franjas horizontales (roja, blanca y verde) con un sol en el medio. La interpretación más aceptada sobre el significado de esos colores vincula ese emblema solar con el Aura Mazda, el Dios de los medos, considerados antecesores de los kurdos, cuyo reflejo en la Tierra sería el fuego, representado por el color rojo. El verde respondería a otro de los grandes valores sagrados del mazdeísmo: la naturaleza y los productos que salen de ella haciendo posible la vida.

Otro hecho que muestra el gran sentimiento de identidad nacional que tienen los kurdos es la celebración del Newruz (literalmente, el *«nuevo día»*), el Año Nuevo kurdo. Cada 21 de marzo, al comenzar la primavera, se encuentren donde se encuentren, en Turquía, Irán, Irak, Siria, el exilio europeo o América, se reúnen en torno al fuego sagrado que les recuerda su nacimiento como pueblo. A veces concentrándose en los campos, a veces subiendo a los montes, incluso en patios de colegios y universidades, encienden hogueras y, como en la mágica noche de San Juan, bailan y saltan alrededor de las llamas conmemorando el triunfo de Kawa, el herrero que lideró la primera revuelta para acabar con la tiranía de Zohak. Según esta terrible leyenda, había un rey al que le salieron, debido a una extraña enfermedad, dos

bultos en los hombros, de los que surgieron sendas serpientes que, al crecer, amenazaban con devorarlo. Los médicos le aconsejaron alimentarlas con sesos de jóvenes. Kawa, que había perdido así todos sus hijos, asesinados por los matarifes de Zohak, se puso al frente de su pueblo, asaltó el palacio y cortó la cabeza del monstruo con sus serpientes, mientras la residencia del tirano era pasto del fuego liberador.

EL IMPERIO MEDO

Es más que probable que la leyenda de Kawa tenga una antigüedad superior a los 3000 años, puesto que el Cuenco de Oro de Hasenlu (sur del lago Urmie, Irán), datado en ese periodo, ya recoge un relato semejante. Sin embargo, es de general aceptación vincular el mito de Kawa con la destrucción del Imperio asirio y su mítica capital, Nínive, el año 612 a. C., por una gran coalición liderada por los medos en la que participaban también escitas y babilonios. Cuando los medos pusieron fin al Imperio asirio, arrasaron sus lugares sagrados y perforaron los monumentales bajorrelieves con los que propagaban su poder indiscutible para colocar pequeños templos del fuego, como se puede apreciar en los casos de Khanas y Dahok. Aquella sublevación fue la lógica consecuencia de siglos de cruel dominio asirio, cuyos reyes se distinguían por sus políticas de tierra quemada, matanzas en masa y deportaciones colectivas. De esta victoria surgiría el Imperio medo, cuya religión oficial era el mazdeísmo, integrado por una serie de pueblos indoiranios que ya antes habían tenido estructura estatal, como había ocurrido con Urartu o Mitani. Sean musulmanes, cristianos, judíos o ateos, la práctica totalidad de los kurdos se identifica con esa fiesta del Newruz y conoce perfectamente su estrecha relación con el mito de Kawa y las creencias zoroastrianas; por eso se explica que, aunque no compartan sus principios religiosos, las distintas milicias kurdas se prestaran a defender los santuarios yezidis cuando los yihadistas lanzaron en el verano de 2014 su campaña para exterminar la religión de sus ancestros.

Algunos de esos reinos de la Antigüedad, predecesores de los

medos, incluso llegaron a disputar la hegemonía territorial sobre el Creciente Fértil no solo a los asirios, sino también a los faraones de Egipto, como lo harían 2000 años más tarde las huestes de Saladino. Precisamente por esta razón, Abdulá Ocalán, el líder del PKK, en sus obras teóricas donde replantea el papel del pueblo kurdo en el conjunto de Oriente Medio, defiende la tesis de que Nefertiti, la famosa mujer de Akenatón, era en realidad una princesa de Mitani, cuyos reyes habrían concertado el matrimonio en el marco de un acuerdo de paz. Aunque discutida por otros historiadores, esta es una de las teorías sobre el enigmático origen de Nefertiti, reforzada por el hecho de que su nombre quiere decir «la mujer bella que vino de fuera». Hay otras interpretaciones que vinculan a estos pueblos indoeuropeos con personajes, leyendas o hechos históricos generalmente conocidos en la cultura occidental. Por ejemplo, una de las versiones más aceptadas sobre el origen de los Jardines Colgantes de Babilonia plantea que habrían sido construidos por Nabucodonosor para que su esposa meda, Amytis, no añorara las verdes montañas del Kurdistán. Trabajos arqueológicos más recientes indican, sin embargo, que esos famosos jardines en realidad estarían en Nínive o incluso en la residencia de verano de los reyes asirios de Khanas, lugar del Kurdistán próximo a Lalesh. Allí todavía se aprecian los grandes maceteros excavados escalonadamente en plena roca para formar un gigantesco jardín vertical. Por su parte, el prestigioso sociólogo turco Isamil Besikci, encarcelado durante 17 años por sus trabajos académicos sobre la estructura social kurda, asegura que las referencias del historiador griego Plutarco a la figura de Espartaco, el gladiador que desafió el poder de Roma, fueron erróneamente traducidas, señalando su procedencia tracia cuando, en realidad, Plutarco se refiere a un príncipe medo. De esta zona procedían también los sármatas que componían «la última legión» romana en Britania, llevada en dos ocasiones a la gran pantalla, y a los que se atribuye la leyenda del rey Arturo, el mago Merlín y la espada Excálibur, ya que en el este de Anatolia y el Cáucaso, de donde procedían, también existía el rito sagrado de clavar una espada en la tierra.

Mucho menos discutible es la relación de los medos con la popular tradición navideña de los Reyes Magos. Los *mag*, término iranio del que procede la palabra «mago», eran, de acuerdo con

Herodoto, los sacerdotes zoroastrianos que, dentro del pueblo medo, se afanaban en observar el firmamento, convencidos de que en algún momento aparecería una señal celeste anunciando la llegada de *El Salvador*. Los *mag* son citados varias veces en los textos bíblicos y cuando el Evangelio de San Mateo se refiere a ellos dice sencillamente que proceden de Oriente sin indicar número ni rango real o aristocrático. En esta parte de Oriente Medio, al menos tres ciudades reivindican ser el punto de partida de estos magos, que habrían seguido la dirección de un luminoso cometa pensando que era la señal esperada. Dos de ellas, Urmie y Amadiya, se encuentran en el Kurdistán, y la tercera, la ciudad iraní de Saveh, también era entonces una plaza fuerte de los medos.

En el convencimiento de que los medos eran sus ancestros, muchas familias dan a sus hijos el nombre de Kawa, que también llevan algunas asociaciones y partidos políticos. En Dahok y Suleimaniya se erigieron sendas estatuas en su honor; en el Kurdistán iraní se creó a comienzos de este siglo una compañía de vuelos chárter que se llamaba Medes Airlines y la primera televisión vía satélite del PKK se lanzó a las ondas con el nombre de Med TV. *Avesta*, el libro sagrado de los magos, ha servido para bautizar sellos editoriales e incluso en Arbil existe una asociación con este nombre que sencillamente predica el retorno del pueblo kurdo al redil zoroastriano, prohibiendo la entrada en sus locales a los musulmanes. Junto a Plutarco, también hablan de los kurdos los historiadores Estrabón y Polibio, pero es Jenofonte quien utiliza por primera vez la palabra «karducos» en su *Anábasis* o *Expedición de los Diez Mil*. Traicionados por los persas, que les habían contratado como mercenarios, asesinados sus jefes en una celada, Jenofonte dirigió la angustiosa retirada de estos hoplitas, hacia el año 400 a. C., siguiendo el curso ascendente del Tigris, para después penetrar en las montañas del Kurdistán y Armenia buscando una salida al mar Negro y así poder regresar a Grecia.

En el relato de Jenofonte se hace referencia a las fortificaciones de los medos en lugares elevados que hoy denominamos *tells*. Arbil, sede del Gobierno Regional del Kurdistán iraquí, es el más claro y relevante ejemplo, ya que está considerada la ciudad habitada ininterrumpidamente más antigua del planeta (unos 8000 años). La Arba Ilu (Cuatro Dioses) de los asirios, la Arbela de los griegos,

resulta ser un compendio histórico del pueblo kurdo. Dio también nombre a la batalla de Gaugamela, que abrió las puertas de Asia a Alejandro Magno; después sufrió la presión del Imperio romano de Oriente, para, a continuación, caer bajo el dominio de partos, persas, árabes, safavidas y otomanos. Estos dos últimos imperios, el otomano del sultán Selim I y el persa del *sha* Ismail, se disputaron esta rica y estratégica región hasta la batalla de Chaldirán en 1514, que dio la victoria a la *Sublime Puerta* de Constantinopla. Las tribus kurdas ya entonces se presentaron divididas a este trascendental combate: las suníes respaldaron fundamentalmente al ejército otomano mientras los kizilbash (*cabezas rojas*, también llamados alevis) combatieron bajo los estandartes chiíes.

En esta época existían numerosos principados kurdos que funcionaban como pequeños estados independientes y se relacionaban con los dos grandes imperios a través de acuerdos de vasallaje. Sheref Khan, príncipe de Bitlis, en sus *Crónicas de Sheref* o *Sherefnamé* (1597), describe la gran autonomía de la que gozaban. Algunos llegaron a tener un gran desarrollo cultural, como el propio de Bitlis, junto al lago de Van, o el de Ardalan, con capital en Sanandaj. También destacaron los de Hakkari, el que tenía como centro Diyarbakir, la antigua Amed, rodeada de murallas bizantinas, el de Badinán con capital en Amadiya, el de Során, donde se encontraban Arbil y Dwin, Baban, la Yazira (Cizre) de Botán o Bayazit, frente al monte Ararat, con el majestuoso palacio de Isaac Pasha.

Pese a su gran poder, tampoco estos dos grandes imperios lograron el control efectivo de territorios tan alejados, pero también es cierto que desafiar su autoridad implicaba pagar un precio muy elevado. El intento del príncipe Lepzerin (Brazo de Oro), señor de Bradost y Mukriyán, de crear un reino independiente hizo que el *sha* Abas el Grande lanzara todo su ejército contra la ciudadela de Dimdim, en las proximidades del lago Urmie. El asedio a Dimdim se prolongó durante los años 1609 y 1610, presentando los asediados una resistencia numantina, hasta que la fortaleza cayó en manos del visir Hatem Beg, quien, por orden directa del *sha*, masacró a toda su población. La heroica gesta del príncipe Lepzerin fue recogida años después por la pluma del poeta Faqi Tayran en *La Balada de*

Dimdim, un relato que el pueblo kurdo ha elevado a la categoría de epopeya por el simbolismo que tenía soñar con un Estado que escapara a la autoridad imperial. También por esa época, en 1639, los imperios otomano y persa ponían fin a 150 años de disputas territoriales con el Tratado de Qasr-e-Shirin, que convertía a los montes Zagros en la línea divisoria entre las dos grandes potencias. Por primera vez, después de muchos siglos, el Kurdistán quedaba dividido por una frontera artificial. Aún tendrían que pasar otros 300 años para que, en 1923, con el Tratado de Lausana, quedara fragmentado en cuatro partes, como se encuentra en la actualidad, generando uno de los conflictos internacionales más dramáticos y más difíciles de resolver.

CAPÍTULO 2

«M
EM-U-ZIN»

Cuando ocurrió la tragedia de Dimdim, Faqi Tayran tenía 20 años. Había nacido en Hakkari (1590), en la vertiente occidental de los montes Zagros, bajo administración otomana, mientras que la fortaleza de Dimdim se encontraba al otro lado de esta cordillera, en la vertiente oriental, dentro de Persia. Sin embargo, sintió lo ocurrido como en su propia casa, preocupado, igual que otros intelectuales kurdos, por aquella nueva frontera que les partía en dos. Seguramente escucharía, en su Hakkari natal y también en la histórica Yazira (Cizre), las canciones de los trovadores *dengbej* ensalzando la numantina resistencia de Lepzerin. En la capital del principado de Botán escribió la mayor parte de sus obras, formando, junto a su maestro Malaye Ciziri, esa pléyade de escritores del Siglo de Oro kurdo que culminaría con la figura de Ehmede Xani. Xani era originario, como Tayran, de Hakkari y fue el autor de *Mem-u-Zin (Mem y Zin)*, una compleja composición de 2655 dísticos en lengua kurda que publicó en 1695 y que es considerada la epopeya nacional de este pueblo.

No solo *La Balada de Dimdim*, que le precedió, sino también el fatídico Tratado de Qasr-e-Shirin de 1639 y el anterior y sangriento choque interkurdo de Chaldirán en 1514 forjaron el ánimo de Xani

en esta vasta obra poética porque, en definitiva, *Mem-u-Zin* es una gran metáfora sobre las graves consecuencias que iba a tener en el futuro la división interna del pueblo kurdo. Se podría decir que fue la primera señal de alarma, el primer llamamiento explícito a levantarse del estado de postración en que se encontraba, a evitar que esa fragmentación fuera utilizada por sus enemigos árabes, persas y rums (turcos otomanos) que les acechaban y dividían:

> Las tribus kurdas viven encerradas en sí mismas, como si tuvieran fronteras, como si entre ellas se levantaran muros infranqueables. Cada vez que hay marejada en el océano de los rums, en el mar de los persas o en el de los árabes, por los valles kurdos penetran oleadas de sangre inundándolos y aumentando nuestra división. Está más que demostrado el valor, el poder, la nobleza y la bravura de las tribus kurdas; tienen fama de saber utilizar la espada, de coraje, pero también de mantener odios y rencillas; por eso siempre están enfrentadas las unas a las otras. Si, por el contrario, estuviéramos unidos, si los kurdos nos pusiéramos de acuerdo, los turcos, los persas y los árabes serían nuestros vasallos; tendríamos nuestro propio Estado, nuestra propia capacidad de decidir, haríamos justicia entre nosotros y nos gobernarían los más capaces y virtuosos.

Basada en la leyenda de Mem Alan y con clara influencia del *Romeo y Julieta* de Shakespeare (escrito un siglo antes), *Mem-u-Zin* cuenta la historia del amor imposible de dos jóvenes debido a su distinta extracción social: Mem, apuesto hijo de un funcionario, y Zin, hermosa princesa de Botán. El malvado Beko, que no puede aceptar tal transgresión a lo establecido, se interpondrá entre ambos, provocando, igual que en el drama de Shakespeare, la muerte de los dos jóvenes enamorados. La tragedia de Mem y Zin es para Ehmede Xani la de todo el pueblo kurdo y por eso en la obra los amigos de Mem se ponen al frente de una sublevación para cambiar el orden de las cosas, una excusa que Xani aprovecha para lanzar su principal mensaje: mientras no nos unamos en torno a un

proyecto político, solo nos espera el desastre. Por primera vez alguien proponía hacer del Kurdistán un país distinto e independiente.

Pero, además de ser un hito histórico, *Mem-u-Zin* tiene otros muchos valores que permiten acercarnos a la ancestral idiosincrasia de esta etnia indoeuropea. Por ejemplo, gracias a sus detalladas descripciones sobre la vida cotidiana, costumbres, valores religiosos o incluso paisajes y fauna a finales del siglo XVII, podemos establecer las diferencias existentes respecto a nuestros días. Sorprende, por ejemplo, la naturalidad con que hace 300 años Xani se refiere a temas como el alcohol y el erotismo que, por lo general, se suelen situar al margen de una sociedad islámica. Sin ir más lejos, el poema comienza con una oda a Jamshid, mitológica figura asociada a los placeres del vino, a quien pide que le escancie la copa que le permitirá ver «la razón de nuestra desgracia» y «si nuestro pueblo se está ocultando como el sol al atardecer o si en la ruleta del destino puede surgir una estrella que nos ilumine, que nos muestre el camino a seguir y nos despierte de esta pesadilla» porque «el pueblo kurdo debe encontrar su lugar en este mundo» y «tener su propio rey». En otros pasajes también se hace referencia con naturalidad a la prostitución, describe escenas de cargado erotismo, como cuando Tadyín, el mejor amigo de Mem, y Sití, hermana de Zin, yacen en el lecho tras su boda, y compara la fiesta del Newruz con un «mercado del amor», en el que los jóvenes miran y remiran los objetos más deseados antes de adquirirlos.

De acuerdo con el relato de Xani, la zona de Botán y otras regiones kurdas debían de estar cubiertas por una vegetación mucho más frondosa que en la actualidad y la propia Yazira —la Cizre de hoy—, regada por el Tigris, es presentada como un auténtico vergel, hoy inexistente debido al profundo e intenso proceso de desertización. Hace tres siglos, los jóvenes salían de caza a caballo persiguiendo gacelas y un gran felino que se podría corresponder con el leopardo persa, de piel más blanquecina que el común y que los kurdos denominan *plank*. El *plank* todavía se podía encontrar en las montañas de Hakkari a mediados del siglo pasado porque se tiene constancia de que en Alemania se organizaban batidas para su caza. Después, se dio por extinguido, pero en los últimos años ha sido detectado en varios lugares tanto

del Kurdistán turco como en las zonas de Irak e Irán. Víctimas de un intenso proceso de desertización en parte provocada por los incendios de un permanente estado de guerra y la tala masiva durante las crisis humanitarias, las montañas aún atesoran en sus zonas más inaccesibles bosques de robles que sirven de guarida a estos felinos, a manadas de corzos y a unos cuantos ejemplares de oso pardo.

Sin embargo, en la celebración del Newruz prácticamente no ha habido cambios fundamentales en todo este tiempo; ya entonces los ancianos se referían a ella como una antiquísima fiesta en honor de un sol que «les volvía a iluminar imponiendo de nuevo su majestuosidad»:

> Nadie podía quedarse en casa —dice Xani—; hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, se lanzaban a los campos […] Las muchedumbres se desparramaban por las vegas, prados, laderas, en las riberas de los ríos transformando el paisaje en un gigantesco jardín del que sobresalían los vestidos de chicas y chicos en edad de casar […] Hasta las fortalezas y las grandes mansiones se vaciaban.

Y todos juntos, los chicos, con sus bombachos, fajas y turbantes, y las chicas, luciendo sedosos vestidos con los colores de la primavera, bailaban cogidos de la mano, en grandes círculos al son del *tambur* —el laúd kurdo—, el *daf*, una gran pandereta con lentejuelas tintineantes, el *dahol* (bombo), la *nay* (flauta) y la *zurna* o dulzaina. Se trata del mismo baile e instrumentos que se usan hoy. *Mem-u-Zin* se refiere así a la importancia que tiene la música y la danza en los siglos XVII y XVIII, como también lo había hecho a finales del XVI *Crónicas de Sheref* y, mucho antes, a comienzos del siglo IX en la corte omeya de Córdoba, la figura de Abdulhasan Alí ibn Nafi *Ziryab*, un músico de la zona de Mosul que tuvo que huir del califato de Bagdad y que fue acogido por Abderramán II en al-Ándalus. A *Ziryab* o *Zeryaw*, nombre formado por las palabras kurdas *zer* («oro») y *aw* («agua»), se le atribuye la creación de la guitarra española al introducir la quinta cuerda al laúd y la fundación del primer conservatorio de música en Europa.

Flamencólogos como Félix Grande o los hermanos Carlos y Pedro Caba, así como los historiadores arabistas Julián Ribera y Reniero-Pedro Dozy, sitúan la prehistoria del flamenco y el cante jondo en las lecciones de música que imparte *Ziryab*.

Como no podía ser de otra forma, en *Mem-u-Zin* hay una gran presencia de los temas religiosos y filosóficos, y no solo porque al señor de Botán le obedecieran tanto musulmanes como cristianos, sino porque toda la obra está jalonada con pinceladas platónicas, sufíes o zoroastrianas, siendo constantes las referencias a los valores eternos de la divinidad solar, cuyos reflejos personifican en la Tierra las almas de Mem y Zin. Hoy, debido a la progresiva irrupción de interpretaciones más restrictivas del islam, algunos credos muy extendidos por Oriente Medio, como cristianismo y el yezidismo, están bajo amenaza de desaparición, pero cuando Ehmede Xani escribe su epopeya, las religiones no musulmanas eran respetadas y aún hoy se puede afirmar que el Kurdistán sigue siendo un reducto donde se conserva, aunque con magnitudes más reducidas, esa diversidad religiosa.

DIVERSIDAD RELIGIOSA

Es un hecho que tanto ayer como hoy los kurdos son mayoritariamente musulmanes, concretamente suníes, pero también es cierto que existen interpretaciones del islam muy distintas, sin olvidar que, incluso dentro de los que genéricamente se consideran musulmanes, encontramos un significativo número de no practicantes, de personas con posiciones agnósticas, mientras otras consideran al islam el peor de los males que ha podido sufrir el pueblo kurdo por no admitir la división cultural entre sus fieles o quienes directamente predican el retorno al mazdeísmo originario. Hay quien se atreve a cuantificar estos sectores contestatarios dentro del islam mayoritario entre un 20 y un 30 por ciento del total. Pero, aun refiriéndonos a quienes lo practican con fe profunda, habría que destacar las influyentes hermandades o cofradías de extracción sufí, enemigas de mezclar religión y política, para las que el islam es una vía de conexión espiritual y

personal con la divinidad, quedando la fe al margen de cualquier opción política. Concretamente, en el Kurdistán, las congregaciones naqsbandi y qaderi tienen cientos de miles de seguidores que, por lo general, son vistos como herejes por los grupos integristas.

La otra gran corriente musulmana, el chiísmo, está extendida sobre todo al sur de la ciudad de Kermanshah, en el Kurdistán iraní, y tiene también presencia dentro de los kurdos de Irak tanto en torno a la ciudad de Mosul, entre los shabaks, como en la comunidad feyli, un importante subgrupo del pueblo kurdo que controlaba un céntrico distrito comercial de Bagdad durante el régimen de Sadam Husein y que tiene aún una fuerte implantación en la franja fronteriza con Irán entre las ciudades de Kanaquín, Mandali y Badra. La adscripción de los alevis al islam es mucho más discutible, ya que dentro de esta religión de la Anatolia Oriental existe un debate sobre su verdadero origen. Los alevis en Turquía superan los 10 millones de almas, son mayoritariamente kurdos, aunque también hay turcos y turcomanos, y se reparten por la región de Dersim y en populosos barrios de Maras, Adana, Mersin o Istanbul. También llamados kizilbash (*cabezas rojas*), no tienen mezquitas, no realizan las cinco plegarias diarias, tampoco respetan el Ramadán ni viajan, como es preceptivo, al menos una vez en la vida, a La Meca; las mujeres no usan velo, participan con los hombres en las actividades culturales y folclóricas y pueden consumir alcohol. Para los alevis, el peor escenario político sería la instauración del islam como religión de Estado, ya que saben perfectamente que, en tanto que herejes, iban a ser las primeras víctimas del integrismo. En Turquía suelen ser usuales las amenazas y ataques de fundamentalistas suníes contra casas y comercios alevis, habiendo llegado en la ciudad de Sivas, en el año 1993, a prender fuego al hotel en que se hospedaban los participantes de un festival cultural, provocando la muerte de 35 de sus participantes.

Un sincretismo menos disimulado es el de los yezidis, *adoradores del diablo* para los fundamentalistas. Con escasa presencia en Turquía e Irán, habitan en Siria, al sur de la ciudad de Hasaka, formando amplios agrupamientos en Sinyar y Seihan, regiones de Irak, respectivamente, al este y oeste de Mosul, y en las repúblicas exsoviéticas de Armenia y Georgia: en total, en torno al millón de fieles. Son los propios yezidis los que se definen como

herederos directos del mazdeísmo zoroastriano y quienes niegan su adscripción al islam. Según el antropólogo yezidi Jeder Suleiman, el origen de esta creencia hay que situarlo en las comunidades mazdeístas del norte de Irak que adoptaron elementos de las religiones dominantes que iban llegando a Oriente Medio: primero del judaísmo, después del cristianismo, que se expandió rápidamente por toda Mesopotamia, y finalmente del islam a partir del siglo VII. Al igual que los zoroastrianos, para ellos el fuego, el agua y las plantas tienen valor sagrado, aceptan la reencarnación y una especie de panteísmo que pone en comunicación las almas de sus fieles. La acusación peyorativa de ser *adoradores del diablo* tiene su fundamento en la negación del infierno. Los yezidis creen que el infierno no existe y, por lo tanto, tampoco hay condena tras la muerte; Luzbel, el Ángel Caído, se arrepintió de su acto de soberbia y recibió el perdón de Dios, siendo nombrado guardián de los templos; por esta razón, a veces aparece representado por una serpiente negra esculpida junto a la puerta, como ocurre en el santuario central de Lalesh. Al no existir condena tras la muerte, la persona que no ha actuado correctamente tiene derecho a reencarnarse en otro ser y corregir su conducta en la nueva vida.

En la reencarnación, hasta en un millar de ocasiones, creen también los kakais o *ahl-i haq*. Tampoco niegan su carácter sincrético y su relación con la antigua religión de los medos. El número de sus seguidores puede ser mayor que el de los yezidis, sobrepasando los dos millones de fieles en la zona más meridional del Kurdistán. Fundamentalmente estarían distribuidos en una franja de territorio que se extendería desde Kirkuk, en el Kurdistán iraquí, hasta Kermanshah, en Irán, teniendo especial cohesión demográfica en la rica comarca de Hawramán, a caballo entre estos dos países.

Los cristianos asirios (ortodoxos) o caldeos (católicos) usan todavía el arameo, la lengua franca en la época de Jesucristo, como idioma litúrgico. Dentro del Kurdistán turco existen núcleos compactos en la región de Turabdin (Montes Sagrados), entre las ciudades de Mardin y Midyat. Al noroeste de Irán se encuentran en torno a la ciudad de Urmie, y en Siria ocupan la cuenca del río Habur y barrios enteros en las ciudades de Hasaka, Qamisli y Derik. Dentro de Irak, el cristianismo sigue siendo importante en Mosul, la

planicie de Nínive y las ciudades kurdas de Zajo, Dahok, Amadiya, Koya y Arbil, donde está su principal concentración demográfica en el distrito de Ainkawa, cerca del aeropuerto internacional.

Quien prácticamente ha desaparecido del Kurdistán es la comunidad judía, que tuvo una presencia importante hasta comienzos de los años cincuenta del siglo pasado. Benjamín de Tudela, docto rabino de esta localidad navarra, asegura en su *Libro de viajes* que, cuando llegó hacia 1165 a Amadiya en busca de los descendientes de las deportaciones llevadas a cabo por los reyes asirios Salmanasar y Sargón, contabilizó un centenar de comunidades hebreas con un total de 25 000 habitantes. Al constituirse el Estado de Israel en el año 1948, todavía quedaban en las provincias de Mosul, Kirkuk, Arbil y Suleimaniya unas 250 comunidades judías y más de 30 000 almas. Solo en la ciudad de Halabja, a comienzos del siglo XX, los judíos eran un tercio de la población, conviviendo con musulmanes, cristianos y kakais. Prácticamente todos los judíos kurdos emigraron con lo puesto a Israel entre 1948 y 1951 o bien fueron expulsados en los siguientes años por el Gobierno del Baath, de clara orientación panárabe y antisionista. En la actualidad se calcula que en Israel hay unos 200 000 descendientes de aquellos judíos que vivían en Turquía, Irán o Irak, contando entre ellos personalidades reconocidas internacionalmente, como la cantante Iliana Elia o el general Isaac Mordechai, que fue ministro de Defensa con Benjamin Netanyahu.

UNA LENGUA INDOEUROPEA

Además de suponer la primera apuesta por un Estado independiente y recordarnos que esta diversidad religiosa en Oriente Medio ha sido la norma más que la excepción, *Mem-u-Zin* también ha pasado a la historia por ser la primera obra literaria escrita en kurdo, rompiendo así la costumbre de hacerlo en las *lenguas nobles* de la época, en árabe, persa o turco, como era usual entre los intelectuales kurdos hasta la aparición de Ehmede Xani. El autor explica al final de la obra las razones que le han llevado a dar este cambio de rumbo que, para este pueblo, sería tan trascendental

como su propio llamamiento a la unidad en torno a un proyecto político común:

> He elegido nuestra lengua, en contra de la costumbre hasta ahora de escribir en árabe, persa o turco, para que no digan que los kurdos son unos ignorantes, que todos los pueblos tienen libros menos los kurdos, para que nadie pueda decir que los kurdos no saben escribir del amor, que no saben hablar de filosofía. Los kurdos no son un pueblo inmaduro, no son ignorantes, son solamente un pueblo humilde, sencillo, que no ha encontrado todavía un líder con capacidad para dirigirlos; un protector que desarrolle las artes, la ciencia, la filosofía, la poesía, la literatura, la mística y la teología, las gacetas de noticias… si todas estas cosas fueran dirigidas por un líder con poder, la poesía kurda ondearía en la cúspide del universo.

Xani escribió concretamente en kermanji porque esta variante del kurdo era la que se hablaba tanto en Hakkari y Cizre como en Bayazit, la ciudad fortificada frente al monte Ararat donde falleció y donde se sigue conservando su venerado mausoleo. El kermanji es la versión mayoritaria del idioma kurdo, extendida por toda la zona norte del Kurdistán, es decir, en Turquía y Siria, además de las comarcas de Irak e Irán colindantes con la frontera turca. El sorani, el otro gran dialecto, se habla mayoritariamente en Irak e Irán. Aún habría que señalar otras dos modalidades relevantes: el zaza o demili, en la parte más septentrional del Kurdistán, habitada por los kurdos alevis, y el hawramani o gorani, entre las ciudades de Suleimaniya (Irak) y Kermanshah (Irán). De acuerdo con los estudios filológicos, el zaza y el hawramani, más que dialectos, habría que considerarlos idiomas diferenciados, ya que proceden, como las dos variantes mayoritarias, directamente del protokurdo hablado por los medos.

Por lo general, el kermanji y el zaza utilizan la grafía latina, mientras que en el sorani y hawramani se siguen usando los caracteres árabes. Todos ellos pertenecen a la rama indo-irania, junto al persa, el tayiko, el baluche, las lenguas hindúes e incluso el

romaní o gitano, dentro del gran árbol lingüístico indoeuropeo. No existe, por lo tanto y en contra de lo que generalmente se cree, ninguna relación, a nivel sintáctico, morfológico o etimológico, entre el kurdo y el árabe, que pertenece al grupo de las lenguas semíticas, ni con el turco, que es una lengua uralo-altaica. Esta es la razón por la que existen tantas coincidencias entre palabras kurdas con términos en griego, latín, inglés, castellano o alemán. Un ejemplo claro se puede apreciar en los números: *du* («dos»), *penj* («cinco»), *shas* («seis»), *heft* («siete»), *nu* («nueve») o *de* («diez»). Muchas otras palabras de uso cotidiano demuestran este mismo origen etimológico, pero sería abusivo e innecesario reproducir una lista que se haría interminable. Sin embargo, no está de más colocar algunos ejemplos significativos que aparecen en este libro. *Awa* («agua») es uno de ellos; otro es *Dubez* («Dos Peces»), memorial del genocidio sufrido por los kurdos iraquíes bajo el régimen de Sadam Husein; *Ziryab* o *Zeryaw* («oro líquido» o «agua de oro») o *Penj-win* («cinco familias judías»). Pero tal vez el ejemplo más claro, sobre todo debido a la popularidad que ha adquirido este término en la lucha contra el yihadismo, sea *peshmerga*, con el que generalmente se denomina a los combatientes kurdos. Se trata de una palabra compuesta por *pesh* («pasear», «caminar») y *merga* («morgue» o «muerte») y, literalmente, quiere decir «el que camina frente a la muerte».

El impulso dado a la literatura por Malaye Ciziri
(1570-1640),
Faqi Tayran
(1590-1660)
y Ehmede Xani
(1650-1707)
en el antiguo principado de Botán pasó después al Kurdistán iraquí con la fundación de la ciudad de Suleimaniya. Khana Qubadi
(1700-1759),
Mawlana Khalid
(1777-1821)
y Muhamad Osmal Balkhi *Mahwi*
(1830-1909)
tomarían el testigo de Botán, utilizando el sorani o gorani como

lengua vehicular, aunque influidos igualmente por un sufismo comparable al misticismo de santa Teresa de Jesús o san Juan de la Cruz.

Ambos focos de irradiación cultural tuvieron como eje central la poesía, que, a su vez, se basaba en la tradición de los *dengbej*, los trovadores que improvisaban canciones líricas dedicadas al amor o a ensalzar gestas heroicas. Los *dengbej* siguen siendo hoy en día un componente clave de la cultura popular kurda y no suele ser extraña la celebración en salas o centros públicos de competiciones entre distintos *dengbej* que, de forma similar a los *bertsolaris* vascos, van improvisando correlativamente poemas sobre un tema social, político, histórico o amoroso previamente establecido.

LA LITERATURA MODERNA

Este largo periodo de literatura clásica sufrirá un cambio trascendental a partir de la figura de Abdulá Goran
(1904-1962),
seguido después por Sherko Bekas
(1940-2013),
quien renovará la poesía al romper con la métrica tradicional y abrir las puertas a composiciones más libres y creativas en consonancia con las tendencias literarias modernas. Ereb Shamilov
(1897-1978)
fue, por su parte, uno de los primeros y destacados autores en prosa. De familia yezidi, escribió *El pastor kurdo* y noveló en 1966 el relato popular de Dimdim en *El castillo de Dimdim*, que sería reeditado en Italia el año 1999. Tanto Goran como Shamilov y Bekas se distinguieron igualmente por su compromiso político, lo mismo que Yasar Kemal, novelista turco de origen kurdo y candidato en varias ocasiones al Premio Nobel de Literatura.

Yasar Kemal estuvo encarcelado por defender los derechos del pueblo kurdo y llegó a autoexiliarse en Europa pese a tener erigida, aún en vida, una estatua en el paseo marítimo de Istanbul. El compromiso político acompañó a otros grandes escritores, sobresaliendo especialmente Ibrahim Ahmad

(1914-2000),
fundador de la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK) junto a Jalal Talabani, presidente de Irak tras la invasión angloamericana de 2003. Impulsor de la revista *Gelawej*, que da nombre a un festival literario que todavía se celebraba en Suleimaniya, de su obra destacan las novelas *Koreweri* (Miseria, 1959), *Jani Gel* (El dolor del pueblo, 1972) y *Dirk u Gul* (La espina y la flor, 1991). Un año después, en 1992, era asesinado Musa Anter, en Diyarbakir; había nacido en 1920 y era uno de los principales antropólogos e historiadores del pueblo kurdo. Autor de la novela *Birina Res* («La herida negra»), estaba investigando la relación entre el matriarcado de las tribus kurdas y el mito de las amazonas, las mujeres guerreras que Herodoto situaba en Asia Menor, cuando fue secuestrado, al parecer, por sicarios vinculados a los servicios secretos, que abandonaron su cuerpo sin vida con un tiro en la cabeza.

Algunas de las novelas kurdas contemporáneas han sido publicadas en castellano, como ocurre con *El Halcón* y *El retorno del Halcón*, en las que Yasar Kemal relata las aventuras de Mehmet el Flaco, que se desarrollan geográficamente en el Kurdistán. Lo mismo se puede decir del valioso trabajo de prosa poética *Las plumas*, de Salim Barakat, o *El fusil de mi padre*, del también director de cine Hiner Salim Hiner. Salim se llevó el premio San Marcos del Festival de Venecia 2003 con la película *Vodka y limón*, aunque los directores más representativos del denominado cine kurdo serían Yilmaz Guney —*Yol* (El camino)—, Palma de Oro en el Festival de Cannes el año 1982, y Bahman Ghobadi, doble Concha de Oro del Festival de San Sebastián los años 2004 y 2006 por las películas *Las tortugas también vuelan* y *Half Moon*. Incluso Musa Anter, antes de su asesinato, hizo su propia incursión en el mundo del cine al participar como asesor y coguionista precisamente en una versión cinematográfica de *Mem-u-Zin*.

En el Kurdistán todo el mundo sabe que *Mem-u-Zin* forma parte de la leyenda y que probablemente esa historia de amor nunca existió tal y como la contaron Ehmede Xani o Musa Anter, pero para todos aquel mito, como el del herrero Kawa y el Newruz, simbolizan la conciencia colectiva de pertenecer a un mismo

pueblo, y esto es tan real que hasta han enterrado a Mem y a Zin en un santuario que lleva su nombre justo al entrar en Cizre por la carretera de Nusaybin. Siempre hay alguien visitando esta pequeña cripta subterránea donde descansan eternamente juntos los dos amantes, cuya tragedia literaria sirvió para que todo un pueblo tomara conciencia del lugar que le corresponde en la historia.

CAPÍTULO 3

EL CORAZÓN DEL CRECIENTE FÉRTIL

No existe un consenso científico sobre el momento ni el lugar exactos del *big bang* indoeuropeo, de la gran dispersión de los pueblos que, como los celtas, germanos, bálticos, eslavos, griegos o itálicos, terminaron formando la actual Europa. Pero, sin embargo, es de aceptación general que esa explosión étnica, probablemente motivada por las duras condiciones de vida, se habría producido en los alrededores del mar Negro y también se cree que otro gran grupo de esos pueblos, el denominado indoiranio, se habría dirigido, hacia el año 4000 a. C., en sentido contrario, hacia el este, rebasando por ambas márgenes el mar Caspio. De este segundo bloque, los hindúes se establecieron en la actual península del Indostán mientras que los iranios habrían ocupado el territorio comprendido hoy por Paquistán, Afganistán, Irán y lo que se denomina la Alta Mesopotamia. Igualmente se tiene constancia de que algunos de estos iranios ya se habrían dotado, entre el 3000 y el 2000 a. C., de un mínima estructura política, como es el caso de los gutis. A los gutis habría que sumar después los hurritas, maneos, armarili e incluso los escitas, asimismo iranios, asentados en el Cáucaso y la Anatolia Oriental, de los que se asegura que las mujeres (amazonas) combatían junto a los hombres.

De este conglomerado de pueblos iranios y locales surgirían los medos, es decir, los antecesores de los kurdos, y su poderoso

imperio, cuyo núcleo central se encontraba en el macizo montañoso Taurus-Zagros, verdadero corazón del Creciente Fértil, cuya importancia geoestratégica no dejaría de aumentar hasta la actualidad. Ya los reyes acadios Sergón y Naransím, hacia el 2000 a. C., comprendieron la necesidad de controlar estas montañas, realizando campañas militares para mantener a raya a esas tribus montaraces. Desde las primeras rutas comerciales en el periodo neolítico hasta las actuales guerras de Siria e Irak, pasando por el control de la Calzada Real persa, las Guerras Médicas, las campañas de griegos y macedonios con Alejandro Magno, la Ruta de la Seda, el ferrocarril Istanbul-Bagdad o el trazado de la ruta Hamilton, buena parte de los acontecimientos registrados en esa parte del mundo responden al mismo valor geográfico cuyo dominio han disputado imperios y potencias internacionales.

A ello hay que añadir, además, que en torno a las montañas del Kurdistán se encuentran no solo las mayores reservas de petróleo y gas de Irak, Siria y Turquía y una parte significativa de las de Irán, sino prácticamente todo el agua de la región, un bien incluso más vital para estos desertizados países que la propia y lucrativa explotación de sus impresionantes recursos energéticos. De esos montes parten las principales arterias fluviales que hacen posible la vida: los bíblicos Tigris y Éufrates y sus afluentes —Habur, Gran Zab, Pequeño Zab y Diyala—, ríos que hoy alimentan la mayor parte de los pantanos de Turquía, Siria e Irak, algunos de los cuales, como los de Ataturk (Turquía) o Mosul (Irak) están entre los de mayor capacidad del planeta. El hecho de haberse asentado hace aproximadamente 4000 años sobre tal conjunción de intereses se ha convertido en una verdadera maldición para el pueblo más antiguo de la Alta Mesopotamia —persas, árabes y turcos aparecieron en la zona mucho después—, ya que no solo ha sido, en definitiva, la causa de su división en cuatro partes, sino que los grandes poderes de la zona, en uno u otro momento, han buscado su exterminio al considerarlo una amenaza para la estabilidad de los Estados actuales.

EL GENOCIDIO ARMENIO

También y para su desgracia, pese a la voz de alarma dada por Ehmede Xani, clanes, tribus y principados siguieron viviendo de espaldas a la historia, encerrados en sí mismos, con su antiquísima lengua, los cánticos poéticos de los *dengbej*, sus ancestrales tradiciones y leyendas, sin percibir que, a su alrededor, se formaban las nuevas naciones. Prácticamente hasta la desarticulación del imperio, siguieron ofreciendo sus servicios a los otomanos como lo habían hecho en la batalla de Chaldirán en 1514. Y uno de los últimos fue combatir en la Primera Guerra Mundial y participar en el genocidio armenio siguiendo los planes del Estado Mayor Otomano. La población cristiana —armenios y asirio-caldeos— era considerada partidaria de las potencias occidentales, una especie de quinta columna de Rusia en el frente oriental, por lo que los mandos militares, con asesoramiento germano, decidieron eliminar a este enemigo potencial. La participación kurda en las masacres todavía les es recriminada con acritud por los descendientes de las víctimas, y los representantes políticos de los kurdos, como Ahmet Turk y Abdullah Demirbash, han pedido públicamente perdón por lo que hicieron sus antepasados. En su afán de perdón, incluso les han ayudado a reconstruir las iglesias destruidas, y el Ayuntamiento de Diyarbakir ha pedido formalmente a los «hermanos armenios» que vuelvan a las ciudades de las que tuvieron que huir. Es suficientemente conocido que tribus kurdas tomaron parte en aquella vasta operación de exterminio que, según se dice, inspiró a Hitler para su solución final, pero mucho menos conocido es que otras tribus y muchas familias a título particular protegieron a sus vecinos cristianos, les ayudaron a escapar o acogieron en sus casas a unos huérfanos que, en caso contrario, habrían tenido el mismo final.

El dirigente kurdo Ahmet Turk acostumbra a poner el ejemplo de su propia familia, que defendió a sus vecinos asirios en la zona de Mardin; Aram Tigran, uno de los más famosos cantantes armenios, era originario de Diyarbakir y pertenecía a una familia que sobrevivió al genocidio. Aram Tigran solía cantar en lengua kurda en agradecimiento a la ayuda recibida en aquellos duros momentos. A las puertas de la muerte, pidió ser enterrado en su ciudad natal, pero el ayuntamiento no pudo cumplir su última voluntad al prohibir el entierro las autoridades turcas. En

septiembre de 2015, en el marco del centenario del genocidio, la comunidad asirio-caldea de Midyat conmemoró la gesta del imán local Fethulah Hamidi, que en el pueblo de Ayinvert se enfrentó a los atacantes, salvando la vida de 200 personas. Más sobresaliente fue aún la actitud de los kurdos alevis en Dersim, quienes, según el estremecedor testimonio del cónsul norteamericano Laslie A. Davis, organizaron una auténtica red de evasión, cobrando sustanciosas sumas a quienes podían hacerlo y cantidades menores a quienes no tenían dinero, para guiarlos por rutas nocturnas hasta las zonas bajo control ruso.

MUSTAFÁ KEMAL «ATATURK»

A estas alturas está suficientemente demostrado que el genocidio estaba implícito en el proyecto político de los Jóvenes Turcos, la vanguardia del partido Unión y Progreso, consistente en construir una gran nación turca que resurgiera de las cenizas del Imperio otomano. Inicialmente, a finales del siglo XIX y siguiendo las corrientes modernizadoras del nacionalismo romántico europeo, los Jóvenes Turcos defendieron un proyecto multicultural para transformar el obsoleto sultanato de Abdul Hamid II en una monarquía parlamentaria. Entre sus cuadros y dirigentes había tanto turcos como judíos, kurdos, griegos e incluso armenios. De hecho, en las elecciones de 1908 todavía fue elegida una docena de representantes armenios. Pero esta concepción democrática entró en crisis con la humillante derrota en la guerra de los Balcanes
(1912-1913)
frente a Grecia, Serbia, Bulgaria y Montenegro. La necesidad de replantear un proyecto nacional basándose en la turquicidad no dejaba espacio ni para griegos ni para armenios. El golpe de Estado de 1913 y la entrada después en la Gran Guerra al lado del Imperio austro-húngaro proporcionó a los Jóvenes Turcos la oportunidad y, sobre todo, el instrumento —el ejército— para llevar a cabo su nuevo proyecto político. Dirigentes de Unión y Progreso como Enver Bey, Bahatin Sukir, Ziya Gokalp o el doctor Nazim Bey introdujeron la idea panturiana de crear una gran nación turca en

Asia, incluyendo a todos los pueblos uralo-altaicos, una idea respaldada por el Estado Mayor alemán, ya que suponía amenazar directamente las amplias posesiones británicas en la India.

Aunque las órdenes del Estado Mayor se referían formalmente a una deportación masiva, a la hora de llevarla a cabo las órdenes se transformaron en una sucesión de masacres que costó la vida a millón y medio de personas, fundamentalmente armenios, pero también cristianos asirios y yezidis. En esos planes homogeneizadores de Unión y Progreso, a los griegos les estaba reservada la expulsión de las costas del mar Egeo y a los kurdos y alevis, la asimilación forzosa a la nueva e indiscutible turquicidad. Respecto a los kurdos, los dirigentes kemalistas guardaron las formas hasta la proclamación de la república en 1923, ya que les necesitaban como fuerza de choque. En 1914, al comenzar la Gran Guerra, Mustafá Kemal utilizaba sin reparo la palabra Kurdistán y en octubre de 1919 reconocía en el Protocolo de Amasya el derecho a conservar su tradicional autonomía, una autonomía provincial que quedaría recogida en el artículo 11 de la Constitución de 1921. Todavía durante las negociaciones de Lausana, que concluirían con el tratado del 24 de julio de 1923, tanto Ataturk como Ismet Inonu, su mano derecha, acudían en representación de «turcos y kurdos». Sin embargo, el mismo 29 de octubre de ese año en que se proclama la república, prácticamente en secreto, se suprime el artículo 11 de la Constitución sobre la descentralización provincial y Turquía pasa a ser un Estado rígidamente unitario. A partir de ese momento, las palabras «kurdo» y «Kurdistán» no solamente desaparecen de libros, periódicos y nomenclaturas urbanas, sino que es prohibida incluso su pronunciación en público. El Kurdistán ya no existirá, los kurdos tampoco y su lengua irania pasaba a ser un turco contaminado por dialectos locales y reminiscencias dejadas por el persa en la parte más oriental de la Anatolia.

Ataturk se sentía fuerte porque, en realidad, el Tratado de Lausana suponía un reconocimiento internacional de su nuevo proyecto político, pero, en la práctica, el Tratado de Lausana era una traición por parte de Francia e Inglaterra a las minorías griega, armenia, kurda, asiria y yezidi respecto al Tratado de Sèvres del 10 de agosto de 1920, donde se plasmaba la Doctrina Wilson sobre el derecho de autodeterminación de esos pueblos. Según Sèvres, en la

costa del Egeo se mantenía una entidad griega, en el este de la Anatolia surgía Armenia como nuevo país, mientras que los kurdos debían decidir si deseaban o no un Estado independiente. Sin embargo, la Revolución bolchevique cambiaría radicalmente el escenario. Ataturk podía dar la espalda a Europa y redirigir su proyecto hacia Asia, como habían defendido los entusiastas dirigentes panturianos de Unión y Progreso. Concretamente, ahora, en las negociaciones de Lausana con Francia e Inglaterra, amenazó con echarse en brazos de los bolcheviques si no aceptaban sus condiciones. Aparte de evitar la expansión de la revolución soviética por Asia Menor, el nuevo acuerdo, conseguido a costa de sacrificar la diversidad cultural y religiosa, les permitía conservar las zonas de influencia establecidas en los acuerdos secretos de Sykes-Picot el año 1916; es decir, al sur de la nueva frontera de Turquía se mantenía el protectorado francés, del que surgirían los países de Siria y el Líbano, mientras que Inglaterra se quedaba con el resto de Oriente Medio, es decir, el actual Irak, Kuwait, Jordania, Palestina e Israel.

El único escollo importante que quedó sin resolver en el Tratado de Lausana fue la cuestión del Vilayato de Mosul, provincia otomana a la que pertenecía la ciudad kurda de Kirkuk y donde el año 1918 los ingenieros británicos habían descubierto importantes pozos de petróleo. Finalmente, en 1926, un acuerdo complementario entre Turquía, el nuevo Reino de Irak e Inglaterra lo dejó en manos británicas y una nueva empresa, la Irak Petroleum Company, se encargó de la extracción y comercialización del petróleo con participación mayoritaria del Reino Unido, mientras que Francia y Estados Unidos se quedaban con un 21 por ciento cada uno. De nuevo, se olvidó la famosa Doctrina Wilson, ya que los kurdos de Irak se quedaron igualmente sin ejercer el derecho de autodeterminación, tal y como se les había prometido.

El Kurdistán, por lo tanto, quedaba definitivamente dividido por las fronteras establecidas en Lausana en cuatro partes (Turquía, Irán, Irak y Siria), quedando aislado un pequeño territorio entre Armenia y Azerbaiyán, en torno a la ciudad de Lachín, que recibiría el nombre de Kurdistán Rojo y que prácticamente desaparecería durante la guerra de los años noventa entre esos dos países. Dentro de la República turca quedaba prácticamente la mitad del

Kurdistán, en torno a los 200 000 kilómetros cuadrados y 14 provincias con clara mayoría de población kurda (Hakkari, Van, Agri, Igdir, Mus, Bitlis, Siirt, Sirnak, Mardin, Batman, Diyarbakir, Mus, Bingol y Tunceli); otras nueve (Kars, Erzurum, Erzincan, Elazig, Malatya, Adiyaman, Urfa, Kilis y Antep) con una presencia significativa. Además, en torno a Ankara quedaban importantes bolsas de población, igual que en las metrópolis de Adana, Mersin y, sobre todo, Istanbul, donde en la actualidad se calcula que viven unos tres millones de kurdos. En total, en el Kurdistán norte (Bakur, usando la terminología kurda), viven hoy unos 20 millones de personas, lo que supone, aproximadamente, la cuarta parte de la población total y una proporción semejante respecto al conjunto del territorio de Turquía. Bakur limita al este con la Armenia exsoviética y el Kurdistán iraní (Rojelat), y hacia el sur con Rojava (Kurdistán sirio) y la región autónoma del Kurdistán de Irak (Basur).

Esta parte de Turquía, especialmente montañosa, está considerada una de las primeras zonas del Creciente Fértil donde se produjo la revolución agrícola y, por lo tanto, el paso a la civilización. Es muy significativo que en esta región estén los dos lugares —Ararat y Çudí— donde, de acuerdo con la tradición bíblica y coránica, se posó el Arca de Noé tras el Diluvio Universal; se ha encontrado el primer templo —Gobekli Tepe— con huellas de ritos religiosos; una de las primeras aldeas estables del Neolítico —Çayonu— y la tierra natal de Abraham —Urfa—. Otros lugares no menos significativos recuerdan la importancia histórica de la región. La fortaleza de Van, erigida sobre la actual y turística ciudad al borde del lago homónimo, fue capital del reino de Urartu; las impresionantes estatuas de Nemrud Dagi recuerdan la influencia helénica en el reino de Comagene, y Zeugma, la ciudad ahora sumergida bajo las aguas del pantano Ataturk, prueba la expansión del Imperio romano en Oriente. Las murallas de basalto negro que rodean Diyarbakir, levantadas por los bizantinos en el siglo IV, muestran que fue un punto clave para controlar la Alta Mesopotamia. Mardin y Nusaybin fueron, además de eslabones en la Ruta de la Seda, avanzados focos para la expansión del cristianismo por Oriente Medio, mientras que Hasankeyf, igualmente amenazada por el pantano de Ilisu, está considerada

uno de los principales centros culturales del Imperio ayubida.

Clave en la producción agrícola de Turquía, el Gobierno central ha puesto en marcha el Proyecto del Sudeste de Anatolia, más conocido por las siglas GAP (Guneydogu Anadolu Projesi), un vasto programa para la construcción de 22 pantanos que deberían multiplicar el desarrollo de toda la región, de la que se extrae, en Batman, prácticamente toda la producción petrolífera del país. Pese a ello y a su indiscutible atractivo turístico y medioambiental, el Kurdistán turco es una de las regiones más subdesarrolladas de Turquía, con unos índices de pobreza y analfabetismo muy superiores a los del resto del país, habiéndose considerado a los kurdos con demasiada frecuencia ciudadanos de segunda categoría. Teniendo en cuenta sus elevados índices de natalidad, algunos cálculos demográficos señalan que a mediados del siglo XXI la población kurda de Turquía podría acercarse al 50 por ciento del total.

EL KURDISTÁN IRANÍ

Si en el momento de publicarse este libro la palabra «Kurdistán» sigue estando prohibida en Turquía y la lengua kurda apenas es reconocida tras décadas de negar su existencia, no ocurre lo mismo en Irán, entre otras razones porque el kurdo y el farsi (persa) comparten la misma rama de las lenguas iranias y, por lo tanto, étnicamente kurdos y persas son parientes cercanos. En Irán, tanto bajo la dictadura monárquica del *sha* Reza Pahlevi como bajo la integrista instaurada por el ayatolá Jomeini, siempre se ha reconocido la existencia del Kurdistán, aunque en este caso limitado a la provincia del mismo nombre con capital en Sanandaj. La población kurda iraní, sin embargo, ocupa un territorio mucho más amplio en el noroeste del país, junto a las fronteras con Irak y Turquía, comprendiendo además del Kurdistán oficial toda la provincia de Kermanshah, el Azerbaiyán Occidental y la parte norte de Ilam. En total, Rojelat (el Kurdistán este o iraní) ocupa una superficie aproximada de 120 000 kilómetros cuadrados y tiene entre nueve y diez millones de habitantes. Aquí se encuentran

ciudades tan importantes como la populosa e industrial Kermanshah, Sanandaj y Mahabad, donde se proclamó en 1946 la primera república kurda independiente. Otras ciudades importantes son Baneh, Paveh, Sardasht y Saquez. Como en el caso de Turquía y debido a su abundancia acuífera, buena parte de las hortalizas y frutas que abastecen los mercados iraníes proceden del Kurdistán, donde también se encuentran, en Qasr-e-Shirin, uno de los principales centros de extracción de gas.

Otra de las características del Kurdistán iraní es el cuidado con que sus pobladores conservan la fisonomía de su peculiar hábitat, sus aldeas y pueblos, formados por pequeños y compactos agrupamientos de casas cúbicas que descienden escalonadamente por las laderas, y la pulcritud con que, tanto hombres como mujeres, lucen sus trajes tradicionales. Igualmente son numerosas las referencias zoroastrianas que se conservan en muchos lugares, como los relieves de Behistún, en las afueras de Kermanshah, el templo sagrado de
Taq-e
Soleymán o el festival de Uraman Takth, localidad cuyas casas parecen estar literalmente colgadas de la montaña que todos los años conmemora en febrero la boda entre un sacerdote mazdeísta con la hija del rey de Bukhara por haberle salvado milagrosamente la vida en el siglo VIII.

Aún hay en Irán otro enclave kurdo en la provincia de Jorasán, en el extremo nororiental del país, a más de 1000 kilómetros de distancia, limitando con el vecino Turkmenistán. Se trata de unos dos millones de personas descendientes de tribus trasladadas desde el Kurdistán hasta esta parte ya considerada Asia Central a comienzos del siglo XVII. Parte de estas tribus fueron reasentadas aquí debido a su carácter belicoso para frenar las invasiones de uzbekos y turcomanos; otras fueron deportadas por rechazar el dominio persa tras la batalla de Chaldirán o haber participado en la revuelta de Dimdim. Pese a la lejanía y al tiempo transcurrido, siguen conservando la lengua, la indumentaria, las tradiciones e incluso el característico diseño geométrico de sus alfombras, además de tener sus propios representantes en el Majlis o Parlamento iraní.

El Kurdistán iraquí ocupa un lugar central respecto a los otros tres, ya que limita al este con la zona kurda de Irán, al norte con la de Turquía y al oeste con la siria. Administrada desde la guerra del Golfo de 1991 por el Gobierno Regional del Kurdistán, con capital en Arbil, constitucionalmente forma una federación con el resto de Irak, tiene una superficie de unos 75 000 kilómetros cuadrados, está dividido en tres provincias —Arbil, Dahok y Suleimaniya— y cuenta con unos cinco millones de habitantes, lo cual supone, aproximadamente, el 20 por ciento de la superficie y de la población total de Irak.

También se puede afirmar que esta parte del Kurdistán ha vivido uno de los episodios más traumáticos de este pueblo debido a la campaña masiva de exterminio puesta en marcha por el régimen de Sadam Husein durante los años ochenta. Buena parte del constante enfrentamiento con el Gobierno de Bagdad se debe a la llamada cuestión de Kirkuk, considerada por las organizaciones kurdas la capital del Kurdistán y donde, como ya se ha mencionado, se descubrieron tras la Primera Guerra Mundial grandes reservas de petróleo. Habitada mayoritariamente por kurdos, pero también con importantes minorías (turcomanos, árabes y cristianos asirio-caldeos), su pertenencia o no a la región kurda ha dado al traste con todas las negociaciones entre los partidos políticos kurdos con los distintos gobiernos iraquíes. Algo parecido ocurre con otras zonas disputadas por ambas partes, concretamente con las llanuras de Sinyar, Harir y Makhmur, debido a que son consideradas el granero de Irak por su gran producción cerealista, y con Kanaquín, importante nudo de comunicaciones entre Mesopotamia y la meseta iraní. La deserción generalizada del ejército iraquí durante la ofensiva del Estado Islámico en el verano de 2014 presentó una ocasión de oro al Gobierno de Arbil para recuperar prácticamente todos estos territorios, quedando solamente fuera de su jurisdicción la estrecha franja situada entre las ciudades de Mandali y Badra en la frontera con Irán.

El otro gran cambio que ha sufrido el Kurdistán iraquí ha sido el reciente e intenso proceso de urbanización, que ha dejado despobladas extensas áreas rurales y ha concentrado en las tres

principales ciudades más de la mitad de la población. Miles de familias han abandonado en los últimos años sus aldeas atraídas por las generosas subvenciones, ayudas y subsidios del Gobierno Regional, cuyas arcas se han visto desbordadas por ingentes ingresos económicos de las nuevas explotaciones de gas y petróleo. Este sorprendente fenómeno se ha producido debido a que el Gobierno kurdo tiene un control efectivo sobre amplios territorios en los que nunca se había realizado prospecciones debido al permanente clima de guerra. La principal consecuencia de esta acelerada urbanización ha sido el abandono de la producción agraria y de otras tradicionales labores rurales, la práctica desaparición del pastoreo nómada, de la fabricación de alfombras y kilims, el abandono del rico patrimonio histórico y natural y, sociológicamente, la correspondiente desintegración de la estructura tribal.

EL KURDISTÁN SIRIO

Si la última crisis bélica en Oriente Medio ha dado a las fuerzas kurdas de Irak una oportunidad sin precedentes para construir una independencia *de facto*, aún más sorprendente es el protagonismo asumido por el pueblo kurdo en Siria debido a la nueva coyuntura internacional. Con apenas 20 000 kilómetros cuadrados y algo más de dos millones de habitantes, una parte de los kurdos de Siria está peor considerada, incluso, que los de Turquía, verdaderos parias en su propio país hasta el punto de que en torno a 300 000 *majtumín*, como se les denomina, ni siquiera tienen reconocida la ciudadanía y carecen de documentos de identidad, por lo que tampoco pueden tener propiedades ni disfrutar de los servicios públicos, sanitarios o educativos.

Los kurdos de Siria están distribuidos fundamentalmente por tres regiones a lo largo de la frontera turca: Afrín, la parte más occidental, próxima al mar Mediterráneo y de donde procede la práctica totalidad de la producción de olivas y aceite de Siria; Kobani, situada en la parte central de la frontera, en la ribera oriental del río Éufrates, con una gran producción de pistacho y

trigo, y la Yazira, en el extremo nororiental del país, considerado el granero de Siria por sus extensos cultivos de cereal y donde se encuentran los principales pozos petrolíferos del país. También hay distritos enteramente kurdos en la ciudad de Alepo —sobre todo el barrio de Seik Masud— y en Damasco, donde a los pies del monte Qasiun se extiende el populoso Al Akrad (Los Kurdos), nombre que procede del primer asentamiento de las tropas que acompañaban a Saladino en sus campañas contra los cruzados a finales del siglo XII y comienzos del XIII. Como la pequeña comunidad kurda del Líbano, muchos de esos kurdos son descendientes de aquellos guerreros y actualmente están totalmente arabizados debido al inexorable paso del tiempo. De ese periodo ayubida proceden algunos nombres o lugares de Siria directamente relacionados con los kurdos de Saladino, como ocurre con el Kurd Dag (Montes Kurdos) al noroeste del país, el castillo de Salahatin en la región mediterránea de Latakia, la ciudadela de Alepo y, sobre todo, el famoso Krak de los Caballeros, nombre que también procede de Al Akrad porque, inicialmente, esta impresionante fortaleza fue levantada por aquellos guerreros medievales que procedían del Kurdistán iraquí.

Prácticamente sin organizaciones políticas, sin posibilidad de un movimiento armado debido a una orografía plana y desertizada, la suerte de los kurdos de Siria cambió radicalmente cuando el año 2015 sus fuerzas de autodefensa —Unidades de Protección Popular (YPG)— se convirtieron en imprescindibles para combatir al Estado Islámico. Como ocurrió en Irak tras la guerra del Golfo de 1991 y la invasión anglo-americana de 2003, la guerra de Siria y la desintegración del ejército en muchos lugares permitieron a las YPG asumir el control directo de casi todas las poblaciones habitadas por kurdos, construyendo un sistema autonómico en colaboración con las otras minorías religiosas y culturales que también existen en Rojava.

La imagen de las jóvenes combatientes de las YPG, con sus uniformes de camuflaje, dieron la vuelta al mundo, demostrando que en Oriente Medio hay muchas mujeres dispuestas a dar la vida, pese a pertenecer a familias musulmanas, para acabar con el yihadismo. Su valor y entrega han hecho mucho más que miles de conferencias, artículos y reportajes para desmontar el estereotipo de que las sociedades islámicas están dominadas por el integrismo.

CAPÍTULO 4

LA RESISTENCIA DE UN PUEBLO

El Tratado de Lausana de 1923 suponía dar curso legal a la división en cuatro partes del Kurdistán y a dejar aparcadas para siempre las promesas de autodeterminación establecidas en los artículos 62, 63 y 64 de Sèvres (1920). A partir de ese momento, el Kurdistán experimentaría una cadena de insurrecciones por la autonomía o la independencia que todavía no se ha detenido. Es cierto que, a lo largo del siglo XIX, ya se habían registrado sublevaciones de relevancia, como la de Mohamed Bey en Rawanduz en los años treinta, la de Bedir Khan en Botán una década después y a mediados de siglo la de Jezdan Sher, con epicentro en Bitlis. Aún mayor envergadura tuvo la del cheik Obeidullah en 1880, intentando crear un Estado independiente entre Van y Urmie. Sin embargo, estas revueltas seguían teniendo, fundamentalmente, motivaciones de carácter tribal y religioso, enfrentándose a otros clanes kurdos o persiguiendo a cristianos y yezidis. Carecían, por lo tanto, de una dirección política y de una conciencia nacional que ya habían mostrado armenios, griegos e incluso los árabes en su alianza con Thomas Edward Lawrence, el agente británico inmortalizado por Peter
O'Toole
bajo la dirección de David Lean en la película *Lawrence de Arabia*.

Lo cierto es que las primeras organizaciones políticas kurdas no surgen hasta comienzos del siglo XX, asociadas al movimiento reformista Unión y Progreso, y con el apoyo de pequeños grupos de estudiantes, intelectuales y oficiales del ejército simpatizantes de los Jóvenes Turcos. Poco antes, en abril de 1898, había aparecido en el exilio cairota, por iniciativa de la familia Bedir Khan, el primer rotativo kurdo —*Kurdistán*— para divulgar temas lingüísticos, culturales e históricos, pero sin cuestionar su adscripción al Imperio otomano. Más tarde surgirían los embriones de futuros movimientos políticos, igualmente en el entorno de los Bedir Khan o del cheik Obeidullah, entre ellos el estudiantil Hevi (Esperanza), una asociación de Ayuda Mutua y, entre 1913 y 1914, las revistas *Roj Kurd* (Día Kurdo), *Yekbun* (Unidad) y *Hetawi Kurd* (Sol Kurdo). Eran precisamente los tiempos en que los Jóvenes Turcos se disponían a dar un giro de 180 grados en su política hacia las minorías, apostando por una entidad nacional exclusivamente turca.

La contribución kurda al movimiento reformista de los Jóvenes Turcos, tanto en la guerra mundial como en la de liberación de Ataturk e incluso en el genocidio armenio, era indiscutible. Aún más destacable había sido el papel jugado por los Hamidiye, la caballería ligera organizada a semejanza de los cosacos rusos para restaurar el orden en Istanbul cuando comenzaron, a finales del XIX, los choques sectarios entre cristianos y musulmanes. Pero ahora, con el aval de Lausana, Ataturk les pagaba los servicios prestados imponiendo un sistema político unitario que suprimía la descentralización, negaba la existencia de su lengua y cultura y, además, instauraba un laicismo que chocaba con las profundas creencias religiosas de los kurdos. Consecuencia directa del engaño y frustración fue la aparición de movimientos —Renacimiento Kurdo y Azadi (Libertad)— que ya planteaban crear un Kurdistán libre y que cuajaron no solo entre estudiantes e intelectuales, sino también entre oficiales del ejército y de los Hamidiye que se sentían traicionados. En este clima de descontento, se registró un grave incidente en una boda cerca de Diyarbakir cuando varios soldados turcos abusaron de unas jóvenes. Para muchos kurdos, aquello era la gota que colmaba un vaso lleno de agravios.

El cheik Said, líder espiritual de los naqsbandi, exigió el respeto a los derechos nacionales de los kurdos y la restauración del Califato apoyando al hijo del sultán Abdulhamid como sucesor al trono; y en febrero de 1925 se puso al frente de la primera gran revuelta contra la República kemalista. El movimiento contó de inmediato con el respaldo de los zaza, kurdos mayoritariamente alevis a los que pertenecía Said; también de algunas tribus kermanji de la zona de Diyarbakir y otros clanes que, como los Jibran, se distinguían por sus ideas nacionalistas. También se le unieron las organizaciones Azadi y Renacimiento Kurdo, incluidos algunos mandos militares y de los Hamidiye. Entre los oficiales descontentos estaba Ihsan Noury, militar profesional, exmiembro de los Jóvenes Turcos y distinguido por su participación en la Primera Guerra Mundial. Noury ya se había amotinado en 1924 al frente de dos batallones de la Segunda División en Beit al Saab. Desde su exilio en Bagdad, apoyó la revuelta y realizó llamamientos a proclamar la independencia del Kurdistán.

La prensa y miles de panfletos distribuidos por las autoridades kemalistas se afanaron en tachar al cheik Said de ser un agente al servicio del colonialismo británico que había urdido una conspiración para destruir la República aliándose con cristianos asirios y armenios. El 26 de febrero, el periódico londinense *The Times* informaba de la campaña propagandística de desprestigio contra los rebeldes; Ankara les tachaba de «reaccionarios e ignorantes cegados por el fanatismo», subrayando que nada tenían que ver con un hipotético movimiento nacional kurdo.

Las fuerzas de Said llegaron a sobrepasar los 10 000 combatientes y no tardaron en hacerse con ciudades importantes como Elazig, Bingol, Bitlis, Mus, Palu, Silvan y Hani. A comienzos de marzo de 1925, se lanzaron al asalto de la guarnición turca de Diyarbakir, pero fueron repetidamente rechazados. Este fracaso, la llegada de refuerzos a través de la línea férrea bajo control francés en el norte de Siria, el uso de la aviación y la negativa de los alevis de Dersim a unirse a la rebelión provocaron el progresivo declive del movimiento. La prensa turca informaba a finales de marzo de que los rebeldes habían quedado aislados en una zona comprendida

entre las localidades de Piran, Egil, Lice, Silvan, Palu y Hani. El 22 de abril, una comunicación de sir Ronald Lindsay, embajador británico, daba prácticamente por acabada la rebelión, pero advertía, de forma premonitoria, que si la dura represión había resuelto por el momento el problema, las relaciones entre turcos y kurdos ya no serían las mismas en el futuro. Para entonces, Said ya había sido apresado junto a 25 de sus colaboradores, que fueron llevados a Diyarbakir para ser condenados a muerte y ahorcados a finales de junio.

La represión que siguió a la derrota aún fue más dura. Los servicios de información británicos se refieren a la instauración de una administración «militar tiránica», con las escuelas y mercados cerrados; se prohibió a los agricultores vender sus productos en las ciudades y cientos de personas y jefes locales simplemente «desaparecieron». Solo en la ciudad de Diyarbakir, después de la ejecución colectiva del cheik Said y sus compañeros, fueron ahorcadas cerca de 300 personas; en las zonas donde la rebelión había cuajado, muchos pueblos fueron quemados y arrasados, y sus habitantes, por miles, obligados a emigrar hacia la Anatolia Occidental. Quienes lograron huir, se refugiaron en las zonas de Irak, Siria y Líbano bajo control de Francia e Inglaterra. Utilizando como excusa la revuelta, el Gobierno de Mustafá Kemal decretó la Ley para el Mantenimiento del Orden que puso punto final a la existencia de partidos políticos y a la libertad de prensa. Cualquier actividad, vocablo o término geográfico, como los nombres de los pueblos, relacionado con la lengua o la cultura kurda dejó de existir oficialmente. Hoy, en Turquía, se sigue conmemorando aquella gran revuelta y los descendientes de Said mantienen su legado político-religioso mucho más próximo a una idea de justicia social que a la etiqueta de reaccionario y fundamentalista que le había colocado la propaganda kemalista.

LA REPÚBLICA DE ARARAT

Algunos dirigentes que lograron escapar fundaron el año 1927 en el exilio libanés Khoybun (Independencia), el primer partido kurdo

propiamente dicho. Aunque circunscrito a los ámbitos elitistas e intelectuales, Khoybun tuvo la iniciativa de crear la bandera con tres franjas horizontales —roja, blanca y verde— y un sol central que se convertiría en la enseña nacional de los kurdos. Khoybun organizó una nueva sublevación en la zona del monte Ararat con el expreso objetivo de proclamar la independencia, encargando a Ihsan Noury la organización militar. La llamada República de Ararat existió entre 1927 y 1930, pero, salvo un periodo en que logró ocupar las ciudades de Bitlis y Van, sus dominios no iban más allá de la comarca del Ararat. Según informaba en julio de 1930 *The Times*, las fuerzas armadas de Noury estaban estructuradas profesionalmente y los soldados llevaban como distintivo un brazalete blanco, rojo y verde. En el verano de 1930, Ihsan Noury no pudo hacer frente a la ofensiva del ejército turco y se refugió en Irán, donde moriría el año 1976 en un accidente de circulación. Una fotografía suya, con su esposa, Yashar Janum, vestida a la moda europea de los *felices años 20*, da una idea de la influencia que ya tenían las ideas progresistas en el movimiento de liberación kurdo. Tras esta nueva sublevación, Irán y Turquía llegaron a un acuerdo para modificar las fronteras con objeto de controlar con mayor facilidad nuevos estallidos insurreccionales.

Aunque la revuelta había contado con la participación de kizilbash, sin embargo, los alevis de Dersim se negaron a apoyarla, igual que habían hecho con la de Said. Dersim, palabra kurda que significa Puerta de Plata, forma un macizo montañoso entre las provincias de Elazig, Erzincan, Erzurum y Bingol, cuyas cumbres están buena parte del año nevadas; esta zona de la Anatolia Central es considerada el foco central de la religión alevi. Aquí seguían viviendo unas 70 000 personas con sus ancestrales costumbres, sin apenas contacto con las autoridades, conservando sus armas, sin pagar impuestos y sin que los hijos fueran al servicio militar. Se trataba de una excepcionalidad que un Estado centralista y modernizador no podía tolerar. A mediados de los años treinta se exigió el pago de impuestos, el reclutamiento militar de los jóvenes y la entrega de las armas de fuego. Hubo tribus que obedecieron, pero otras, lideradas por Seyid Riza, rechazaron la intromisión del Estado en sus vidas. En marzo de 1937, dos infraestructuras que significaban la llegada de la moderna civilización —un nuevo

puente y los postes para el tendido telefónico— aparecieron destruidas, hechos que las autoridades consideraron un desafío al Estado. La llegada de fuerzas de infantería para mantener un control efectivo del territorio fue recibida con resistencia armada en una orografía de difícil acceso. El Gobierno ordenó una ofensiva general y el desalojo de toda la región, produciéndose miles de ejecuciones y deportaciones en masa a otras zonas de Turquía. Ni siquiera se libraron aquellas tribus que habían aceptado las exigencias gubernamentales. Los seguidores de Seyid Riza resistieron durante seis meses, pero, aún después de su rendición, continuaron las operaciones de limpieza hasta abril de 1938.

BERZENJI, REY DEL KURDISTÁN

En las zonas del Kurdistán bajo mandato británico también anidarían los sentimientos de frustración. Las fuerzas británicas, al finalizar la guerra mundial, habían sido bien acogidas porque representaban la liberación de los otomanos. Influyentes personalidades, como el cheik Mahmud Berzenji, destacada figura de la congregación qaderi, y la princesa Adela, gobernadora de Halabja, se entrevistaron con los representantes ingleses. Tanto el mayor Ely Bannister Soane como el mayor Edward William Charles Noel, los primeros mandos británicos que entraron en contacto con los kurdos, dieron a entender que se aplicaría el derecho de autodeterminación de acuerdo con la Doctrina Wilson. Incluso comenzaron a entrenar a la policía del futuro Estado kurdo en la ciudad de Suleimaniya, pensando en Berzenji como gobernador de esa zona. Pero, para el cheik Mahmud, ese Estado no se podía limitar a la zona de Suleimaniya; su jurisdicción debía abarcar todo el antiguo vilayato otomano de Mosul e incluso parte de territorio iraní, puesto que contaba con la fidelidad de varias tribus al otro lado de la frontera. Berzenji dejó de ser un interlocutor válido para los británicos, pero sus guerreros tomaron por sorpresa Suleimaniya y apresaron a varios oficiales ingleses. Las hostilidades se desencadenaron en mayo de 1919 y los británicos se tuvieron que emplear a fondo para controlar la situación con tropas especiales

gurkas de Nepal. El 17 de junio, Mahmud se parapetó con unos 300 combatientes en el estrecho paso de Bazyan, a medio camino entre Suleimaniya y Kirkuk, esperando un ataque frontal del general Fraser. Sin embargo, los gurkas escalaron los montes del Kara Dag y cayeron por sorpresa sobre los defensores de Bazyan, apresando a Berzenji, que se defendía herido detrás de una gran roca.

Deportado a la India, se le permitió regresar dos años después, tras fundarse el Reino de Irak, con Faisal Husein, miembro errante de la familia hachemí de Arabia, como primer monarca. Pero Mahmud no podía aceptar la sumisión a una dinastía árabe, mucho más cuando a Faisal se le entregaba el trono del nuevo reino como pago a su colaboración con Lawrence de Arabia en la guerra contra los otomanos. Por lo tanto, se autoproclamó rey del Kurdistán en 1922 y reanudó las hostilidades contra los británicos, que utilizaron de forma intensiva los bombardeos aéreos de la RAF para acabar definitivamente con Mahmud. Tras varios años de resistencia, fue apresado de nuevo y desterrado al sur del país, permitiéndosele regresar a su pueblo natal en 1941, donde murió en 1956. Hoy su mausoleo, en la Gran Mezquita de Suleimaniya, es lugar de peregrinación y la roca tras la que se parapetó en el Paso de Bazyan, convertida en monumento nacional.

Mahmud Berzenji, en los últimos años de resistencia, intentó coordinar su lucha con Ismail Agha *Simko*, que también se había propuesto crear una entidad independiente en el Kurdistán iraní. Simko era el hermano menor de Jafar Agha, otro líder tribal de la zona de Urmie que ya se había alzado en armas coincidiendo con el movimiento constitucionalista de 1905, que tenía como epicentro la ciudad de Tabriz. Jafar acudió ese mismo año a la sede del Gobierno provincial para negociar una solución al conflicto, siendo espléndidamente atendido, junto a su escolta, durante más de dos semanas. Se llegó a un acuerdo de colaboración y Jafar fue a despedirse al palacio del gobernador, entrando solo en el salón de recepciones mientras sus dos escoltas aguardaban en la antecámara. En ese momento, un oficial iraní le disparó a bocajarro, mientras otros militares se encargaban de sus acompañantes. Una estremecedora fotografía muestra los tres cuerpos, semidesnudos, colgados de los pies en la fachada principal de la sede gubernamental.

Para seguir la senda de su hermano, Simko aprovechó en 1921 la grave crisis que afectaba a todo Oriente Medio al acabar la guerra mundial. En Irán, además, se había creado un vacío de poder debido a la retirada de las fuerzas bolcheviques y al golpe de Estado que acababa de dar el general Reza Jan, fundador de la dinastía Pahlevi. Simko apenas encontró oposición para hacerse con toda la franja de territorio entre el lago Urmie y la frontera turca, desde la ciudad de Khoy, en el norte, hasta la de Saquez, en el sur. Sofocada la insurrección, se acoge a la amnistía concedida por el Gobierno iraní, volviendo a sublevarse hasta que encontró la muerte en 1930, en circunstancias nunca aclaradas, cuando negociaba con los iraníes un acuerdo de paz.

MAHABAD

En Irak, el testigo del cheik Mahmud fue recogido por la familia Barzani, muy vinculada a la orden sufí de los naqsbandi. Ahmed Barzani ya había dado quebraderos de cabeza a la recién estrenada monarquía e incluso a la República de Turquía, que veía en sus movimientos una amenaza potencial, ya que estaba aglutinando en torno de él a buena parte de las tribus de Badinán, la histórica región que se extiende por las montañas a caballo de los dos países. A partir de sus creencias sufíes, predicaba una peculiar interpretación del islam, asimilando elementos cristianos, judíos y conservacionistas. Bajo su jurisdicción, por ejemplo, estaba prohibida la tala de árboles, cazar en periodo de lactancia, usar explosivos para pescar, esquilmar las colmenas o matar serpientes no venenosas. Como a Simko, a Ahmed le siguió su hermano pequeño, Mustafa, que se convertiría un héroe legendario al dirigir la mayor guerra de liberación del pueblo kurdo, desde 1943 hasta 1975.

En una primera etapa, los *peshmergas* de Mustafa Barzani estuvieron combatiendo hasta que, en 1946, perseguidos por los ejércitos de Turquía y de Irak, se refugiaron en la República de Mahabad, proclamada a comienzos de ese año al sur del lago Urmie cuando acabó la Segunda Guerra Mundial. En Irán había vuelto a

surgir una oportunidad muy similar a la que tuvo Simko 25 años antes. Reza Jan, debido a su orientación filonazi, se vio obligado a abdicar en su hijo Reza Pahlevi, quedando la mitad meridional de la antigua Persia ocupada por ingleses y norteamericanos, mientras el norte permanecía bajo control del Ejército Rojo. La URSS aprovechó esta presencia para impulsar, con ayuda de líderes y partidos locales, sendas repúblicas democráticas autónomas en la región de Azerbaiyán, habitada por turcos azeríes y con capital en Tabriz, y en el Kurdistán, con capital en Mahabad.

Aunque ya existían los precedentes de la República de Ararat, del reino del cheik Mahmud y, pese a que Mahabad también tuvo una efímera existencia —apenas 11 meses—, este nuevo intento de autogobierno supuso un hito histórico para el pueblo kurdo. Mahabad logró mantener una administración estable sobre un vasto territorio, institucionalizó la bandera tricolor de Khoybun, compuso el himno nacional en el que se reconocen todos los kurdos y alumbró el Partido Democrático del Kurdistán (PDK), el primer partido moderno y realmente de masas; pero, sobre todo, puso en marcha un proyecto político que aglutinó a kurdos procedentes de todas las partes del Kurdistán. A Mahabad acudieron los *peshmergas* de Barzani, pero también oficiales kurdos del ejército iraquí y gentes que procedían de Turquía y Siria, atraídos por la primera oportunidad real que se presentaba en la historia para construir un país propio. La verdadera alma de aquel movimiento era un *qazi*, un docto cargo musulmán equivalente al de un obispo católico, a quien todos conocían como Qazi Mohamed. De ideas progresistas, Qazi Mohamed ya llevaba un año al frente del PDK en estrecha colaboración con los soviéticos y el 22 de enero de 1946 había proclamado solemnemente la República Kurda en la plaza de Chwar Chira (Los Cuatro Faroles). Su Gobierno tenía carteras de Defensa, Interior, Educación, Sanidad, Economía, Comercio, Justicia, Carreteras y Propaganda, y, durante sus 11 meses de existencia, declaró oficial la lengua kurda, realizó una reforma agraria repartiendo tierras a los campesinos, desarrolló el comercio con Azerbaiyán y la Unión Soviética, la mujer comenzó a tener cargos de responsabilidad y se publicaron varios periódicos como *Kurdistán, Halala (La Tulipa), publicación dedicada a la mujer,* y la revista infantil *Grugali Mindalán* (La palabra de los niños).

Pero el destino de Mahabad se estaba decidiendo a casi 10 000 kilómetros de distancia, en las recién inauguradas Naciones Unidas. La URSS tuvo que retirarse del norte de Irán bajo la presión británica y de Estados Unidos. El *sha* Reza Pahlevi, respaldado por las potencias occidentales, lanzó su reorganizado ejército contra Mahabad. Qazi Mohamed realizó un intento de negociación para conservar, al menos, la autonomía, pero el 17 de diciembre de 1946 las fuerzas del *sha* Pahlevi entraban en Mahabad saqueando y quemando cualquier símbolo, libro o publicación que tuviera que ver con la República. Los miembros del Gobierno de Qazi Mohamed que todavía estaban en la ciudad fueron detenidos y procesados. El 23 de enero de 1947, justo un año después de la proclamación de la República, Qazi Mohamed, su hermano Seif Qazi y su ministro de Defensa, Sader Qazi, son condenados a muerte y ejecutados el 30 de marzo en la misma plaza de los Cuatro Faroles donde se había proclamado el primer Estado kurdo independiente de la era contemporánea. Sus cuerpos quedaron expuestos todo el día para escarmiento general.

El general Barzani, que ya había advertido de las verdaderas intenciones del *sha*, se repliega con los suyos en las montañas y, tras varios enfrentamientos, se encamina de regreso a su feudo de Barzán. El Gobierno de Bagdad ofrece una amnistía a quienes habían abandonado Irak para unirse a la República de Mahabad, pero, desconfiando de ese ofrecimiento, decide solicitar asilo político en la URSS. El 27 de mayo, con 500 *peshmergas* y sus respectivas familias, emprende una dramática marcha por las montañas fronterizas entre Irak, Irán y Turquía, perseguido por los ejércitos de los tres países, llegando el 9 de junio al río Araxes, que formaba la frontera con la URSS. Dicen que Barzani fue el último en cruzarlo. Por su parte, los oficiales del ejército iraquí Muhamad Qudsi, Khairullah Abdukarim, Mustafa Khoshnaw e Izzat Abdulaziz, que sí se habían acogido a la amnistía gubernamental, fueron detenidos, acusados de traición y ahorcados.

Tras la ocupación de Mahabad, el PDK de Irán (PDKI) continuaría su lucha en la clandestinidad bajo la consigna «libertad para Irán, autonomía para Kurdistán», protagonizando revueltas populares a mediados de los cincuenta e iniciando en 1967 un movimiento guerrillero que en los años setenta tomaría un gran impulso bajo el liderazgo de Abdulrahman Ghasemlu. Ghasemlu, que de joven había participado en la experiencia de Mahabad, era un economista de ideas marxistas formado en las universidades de Praga y la Sorbona (París); estaba casado con la checoslovaca Helen Krulich, hablaba ocho idiomas y, bajo su dirección, el PDKI ingresó en la Internacional Socialista. El año 1979 se puso al frente de un amplio levantamiento popular contra el régimen integrista del ayatolá Jomeini, que había incumplido su promesa de concederles democracia y autonomía. El PDKI llegó a controlar de nuevo prácticamente todo el territorio kurdo de Irán, incluidas ciudades tan importantes como Sanandaj, Saquez y Sardasht. El PDKI dio un paso más adelante exigiendo un federalismo que diera la libertad no solo a los kurdos, sino a los distintos pueblos que forman Irán. Jomeini declaró «la guerra santa» al PDKI y lanzó a los *pasdaranes* (Guardianes de la Revolución) y a los *basijis* (voluntarios) contra las «zonas liberadas», teniendo que iniciar una guerra de guerrillas que dura hasta la actualidad.

Por su parte, Mustafa Barzani potenciaría la rama iraquí del PDK desde su exilio de la URSS, donde muchos de los jóvenes *peshmergas* contrajeron matrimonio con mujeres rusas. Aparte de dar al PDK de Irak una orientación próxima al marxismo, esta *sovietización* de la causa kurda ha dejado como significativa huella la popularización de la palaba *spash* (de la rusa *spasiva*) para dar las gracias. Barzani solo pudo volver a Irak cuando el 14 de julio de 1958 el general Abdulkarim Kasem dio un golpe de Estado contra la monarquía. El PDK iraquí fue legalizado, así como sus publicaciones —*Jabat* (Lucha), *Azadi* (Libertad), *Hetaw* (Sol), *Jim* (Vida) o *Kurdistán*—, y Barzani fue recibido en Bagdad como héroe nacional. Sin embargo, el Gobierno de Kasem comenzó una deriva panarabista y terminó prohibiendo la prensa kurda. La ruptura definitiva se produjo en la primavera de 1961, momento en que comenzaría lo que Barzani denominó «la revolución kurda». Los

peshmergas del general Barzani pusieron en jaque primero a las tropas de Kasem, después a las de Abdul Salam Aref, que había derrocado y asesinado a Kasem en 1963, y finalmente al Baath de Sadam Husein.

Apoyado por el *sha* de Irán y Estados Unidos, formó un verdadero ejército con varias divisiones y unidades de artillería asesoradas por oficiales iraníes. Hubo varios intentos de negociación para resolver el conflicto armado concediendo la autonomía, pero todas las rondas negociadoras tropezaban en la misma piedra: Kirkuk; para los kurdos, esta ciudad de mayoría kurda, pero con importantes minorías árabes, turcomanas y asirias, era su capital histórica; para Bagdad, una plaza irrenunciable debido a que su subsuelo atesoraba el 5 por ciento de las reservas de petróleo de todo el planeta. Barzani puso en marcha un sistema educativo, el control de su administración se extendía por 35 000 kilómetros cuadrados y lanzó al aire la emisora La Voz del Kurdistán. Pero todo se vino abajo cuando el 4 de marzo de 1975, aprovechando una cumbre de la OPEP, Sadam Husein suscribió con el *sha* de Persia los llamados «acuerdos de Argel», auspiciados por Henry Kissinger, el jefe del Departamento de Estado norteamericano. Con estos acuerdos, Irak reconocía los dominios territoriales reclamados por Irán en el estuario de Shat al Arab, es decir, la desembocadura del Tigris y el Éufrates en el golfo Pérsico; a cambio, el monarca persa se comprometía a estrangular la revolución kurda, cortándole todos los suministros. En pocos días, los frentes se desplomaron y lo construido durante 14 años se desintegró como un castillo de arena; el 21 de marzo La Voz del Kurdistán dejaba de emitir y el 30, el legendario Mustafa Barzani cruzaba la frontera iraní camino del exilio en Estados Unidos, donde moriría cuatro años después.

CAPÍTULO 5

AL BORDE DEL EXTERMINIO

La sucesión de sublevaciones reclamando la autonomía, el federalismo o la independencia terminaron haciendo de la cuestión kurda un asunto de primer orden en cada uno de los cuatro países que dividían el Kurdistán. Para Turquía suponía una seria amenaza para la unidad nacional, mientras que para los regímenes baasistas de Irak y Siria estas reivindicaciones impactaban en plena línea de flotación de su ideología panarabista. En la República Islámica de Irán los seguidores del PDKI eran los primeros en desafiar el modelo integrista del ayatolá Jomeini. Se trataba, por lo tanto, de un problema interno clave para países que, a su vez, jugaban un papel fundamental en Oriente Medio, llegando a convertirse en verdaderos gendarmes regionales de las grandes potencias. Así había ocurrido durante años con el *sha* de Persia respecto a Estados Unidos, o con el régimen sirio de Hafez al Asad ante la Unión Soviética; aún más clara era la función defensiva de Turquía dentro de la OTAN. La Anatolia, en realidad, funcionaba como un gigantesco portaviones terrestre de la Alianza Atlántica en pleno Oriente Medio.

Objetivamente, la aparición del nuevo y grave problema kurdo ponía en riesgo la estabilidad de toda la región y, por ese motivo y pese a representar modelos políticos no solo antagónicos sino literalmente beligerantes, estas cuatro potencias realizaron, durante

décadas, cumbres regionales para tenerlo bajo control. Resultado, por ejemplo, de estos encuentros fue la llamada persecución en caliente, según la cual un ejército podía perseguir a las guerrillas kurdas dentro de otro país sin autorización previa y sin que tal incursión supusiera una violación de la soberanía nacional. Sus alianzas con las potencias mundiales, y el que un hipotético Kurdistán independiente hiciera añicos el mapa de la región con mayor valor geoestratégico del planeta, ha hecho posible que organizaciones internacionales como las Naciones Unidas, la OTAN, la Unión Europea o la Liga Árabe hayan permitido, cuando no colaborado directa o indirectamente, campañas represivas que, de acuerdo con el derecho internacional, podrían ser calificadas de limpieza étnica o genocidio. De una u otra forma, en uno u otro momento, con apoyo explícito o implícito y en todo caso con un cómplice silencio internacional, estos cuatro países buscaron como solución final el exterminio del pueblo kurdo.

EL CARRUAJE NEGRO

La primera vez que se utilizó el término genocidio de acuerdo con los parámetros del derecho internacional fue en Dersim (1937-1938), desencadenando en Turquía un amplio debate público que ha llegado al Parlamento y al Gobierno de Ankara. Historiadores y organizaciones cívicas han aportado en los últimos años documentos y testimonios tanto de víctimas como de victimarios que hacen difícilmente discutible el carácter genocida de aquella campaña militar, siendo así finalmente reconocido por el Gabinete de Tayip Erdogán. Entre esos testimonios, los hay que dan todo lujo de detalles sobre lo ocurrido, como un padre y un hijo que, conscientes de lo que les espera, afrontan la muerte asidos de la mano al borde de un barranco sobre el río Munzur donde van a ser tiroteados. El hijo, que no fue alcanzado mortalmente, logró saltar al cauce y ocultarse hasta que los soldados, cansados de buscarlo, abandonaron el lugar. O el de un soldado kurdo que advierte a los apresados de su fatal destino simulando una canción que los otros

compañeros de armas no podían entender. Por su parte, Eskery Akyon, del Segundo Batallón de Diyarbakir, con sus más de 100 años, todavía recordaba con lucidez cómo quemaban con queroseno las casas con las familias dentro, cómo lanzaban fuego dentro de las cuevas donde se habían guarnecido, cómo morían en ellas cientos de personas de toda edad y condición, y cómo los soldados se llevaban a las mujeres para violarlas antes de matarlas. El cineasta Ozgur Findik utilizó estos nuevos testimonios para realizar en mayo de 2011 un documental al que tituló *Kara Vagon* (El carruaje negro). Era la primera vez que los deportados, embarcados en tren, veían este medio de locomoción; por eso lo llamaron *kara vagon*. Este documental aporta, además, información acerca de los armenios que vivían entre los alevis de Dersim, probablemente huidos del genocidio de 1915. Incluso se da una minuciosa explicación del trato que recibían los armenios por parte de los soldados: por ejemplo, los circuncidaban para hacerlos musulmanes o les gritaban: «¡Ateos kizilbash!», «¡armenios!». Teniendo en cuenta estos datos, también se podría interpretar que el de Dersim fue, en realidad, la fase final, el epílogo del genocidio de 1915.

No existen cifras exactas, pero se calcula que al menos 50 000 de las 70 000 que vivían en este remoto lugar de la Anatolia Central murieron y que la región, siguiendo directrices oficiales, quedó totalmente despoblada hasta que en los años cincuenta los deportados y sus descendientes fueron autorizados a volver. Oficialmente, el nombre kurdo de Dersim fue sustituido por el turco de Tunceli, literalmente: Puño de Bronce. Con Dersim acababa la época de las grandes rebeliones contra el establecimiento de la República unitaria de Mustafá Kemal. A partir de ese momento, el pueblo kurdo, su lengua, topónimos, cultura y patrimonio histórico dejaban de existir oficialmente y los movimientos reivindicativos no volverían a reaparecer hasta mediados de los años sesenta. Pero eso no quiere decir que los gobiernos kemalistas se hicieran con el control del Kurdistán. En 1962, Hifzi Oguz Bekata, ministro de Estado (Interior), decía que estas tierras solamente formaban parte de Turquía «en los mapas», porque «tanto la presencia estatal como de los valores turcos son precarias e incluso inexistentes». «Estas zonas difíciles y montañosas», decía, «no provocan más que gastos al Estado sin aportar nada […] pero hay una solución tan eficaz

como el filo de una espada, tan clarividente como el huevo de Cristóbal Colón: instalar allí, con sus armas, a inmigrantes kazajos y kirguisos».

LIMPIEZA ÉTNICA

Tendrían que pasar otras tres décadas para que, a comienzos de los noventa, se pusieran de nuevo en marcha campañas de limpieza étnica. Ahora, el Estado turco tenía que aislar y asfixiar a las guerrillas del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), que se había alzado en armas en 1984, bloqueando cualquier forma de apoyo por parte de la población. Aunque se sabe que el Consejo de Seguridad Nacional bajo la presidencia de Turgut Ozal ya estudió en 1990 medidas en este sentido, no sería hasta tres años después cuando comenzaría a reconocerse públicamente la destrucción y evacuación masiva de pueblos para atajar la insurgencia, pese a que oficialmente se seguía negando tal hecho. El 28 de julio de 1997, Seyit Hasim Hasimi, portavoz de una comisión parlamentaria formada expresamente para estudiar estas denuncias, confirmó que más de 3000 pueblos, aldeas y caseríos habían sido destruidos y desalojados por el ejército, provocando el éxodo de unas 400 000 personas. Se trata, obviamente, de cifras aceptadas oficialmente que las organizaciones kurdas y asociaciones de derechos humanos amplían considerablemente. Las operaciones militares llegaron a provocar el desalojo de miles de personas en ciudades importantes, como ocurrió el mes de agosto de 1992 en Sirnak. En esta localidad, que después se convertiría en capital provincial, un miembro de los «guardianes de aldea», milicias civiles que colaboraban con el Gobierno, llamó a un general quejándose de que la artillería también estaba disparando contra sus casas. La respuesta del mando militar fue: «La cría de una serpiente es una serpiente; todos sois kurdos».

Hay que destacar que, justo en este periodo, la empresa aeronáutica CASA, con la expresa autorización del Gobierno español, vendió a Turquía 50 aviones
CN-235

para uso militar y su oficina en Ankara explicó que técnicos españoles reparaban estos aparatos, destinados fundamentalmente al transporte de tropas, cuando se producía algún percance mecánico durante los operativos. No era esta la única cooperación indirecta de España en la brutal represión contra la población civil, porque durante años también se suministraron armas ligeras, como las pistolas de reglamento Llama, munición, repuestos de artillería y sistemas infrarrojos, que indudablemente se utilizaron contra civiles y guerrilleros kurdos.

Igual que harían los gobiernos baasistas de Siria e Irak, en Turquía las políticas de limpieza étnica eran camufladas con programas de desarrollo económico y modernización social que, a fin de cuentas, suponían una radical transformación demográfica en determinadas zonas. Es muy significativo en este sentido que también en esa época el presidente Turgut Ozal, durante una visita a Uledere, dijera a sus habitantes que «tarde o temprano» tendrían que abandonar esta región para asentarse bien en la parte occidental de Turquía o «en la región del GAP». Este presidente, que falleció en circunstancias nunca aclaradas el 17 de abril de 1993, se refería a ese ambicioso y vasto proyecto oficialmente elaborado para llevar el desarrollo económico a nueve provincias del sudeste y mejorar las condiciones de vida de nueve millones de personas. Para ello, se planificó la construcción de 22 pantanos con 17 centrales eléctricas y una red de canales que permitirían el riego de 1.700 000 hectáreas de tierra para el cultivo. La trampa consistía, como había reconocido explícitamente Ozal en su visita a Uledere (Sirnak), en incentivar la emigración en las conflictivas e incontrolables zonas de montaña hacia las grandes ciudades o nuevos centros industriales, provocando el desarraigo de su entorno natural. Aún más sospechoso es que algunos de estos proyectos, como el del pantano de Ilisu, sepultara bajo su manto de agua Hasankeyf, una de las ciudades de mayor valor histórico y patrimonial para el pueblo kurdo; también provocó las mismas quejas el proyecto de construir pequeños pantanos a lo largo de río Munzur en Dersim, haciendo desaparecer para siempre los santuarios naturales de la religión alevi. Estos hechos profundizaban aún más en el abandono de esas zonas de montaña, como lo demostraría el informe publicado en enero de 2016 por el Instituto

Turco de Estudios Económicos, que colocaba a las provincias kurdas, sobre todo a Mus, Hakkari, Sirnak, Igdir, Agri, Mardin y Dersim, en los puestos más bajos de los indicadores sociales.

EL CINTURÓN ÁRABE

Por lo que se refiere a Irak y Siria, Ismet Cheriff Vanly, uno de los principales historiadores del pueblo kurdo, señala cómo la asimilación cultural, voluntaria o forzada, está en los fundamentos del Partido Árabe Socialista del Renacimiento (Baath), que gobernaría estos dos países durante toda la segunda mitad del siglo XX. Citando a Michel Aflak, uno de sus fundadores, de religión cristiana, Vanly asegura que la posición del Baath respecto a la cuestión kurda era intentar primero una asimilación voluntaria y que, en caso de no aceptarla, los kurdos tendrían que abandonar la *patria árabe*, entidad supranacional que, de acuerdo con esta ideología panarabista, se extendía desde el océano Atlántico hasta el golfo Pérsico. Pese a ello, los dos dictadores baasistas, Hafez al Asad y Sadam Husein, aun perteneciendo teóricamente a la misma formación política, enfocaron esta asimilación de forma distinta. De hecho, terminaron siendo enemigos irreconciliables. En Siria se aprovechó la actualización del censo el año 1962 para borrar del registro oficial a 120 000 kurdos. No se les reconoció la ciudadanía por entender que procedían de otros países, fundamentalmente de Turquía, o por no demostrar documentalmente haber nacido en territorio sirio, razón por la que pasaron a ser *majtumín* (indocumentados). Al año siguiente, el oficial de los servicios secretos Mohamed Talab Hilal elaboró un amplio informe en el que detallaba medidas concretas para resolver el problema. En resumidas cuentas, proponía sustituir la población kurda por árabes en una franja de terreno de unos 280 kilómetros de largo por 10 de ancho, desplazando unas 140 000 personas de más de 300 pueblos. Este plan recibió el nombre de Cinturón Árabe y también se disfrazó con un ropaje modernizador y socialista al incluir el establecimiento de nuevas explotaciones agrícolas cooperativas. Tras varios aplazamientos por motivos técnicos, el plan se puso en marcha a

comienzos de los años setenta; en 1975 ya se habían traslado 4000 familias árabes de la tribu Walda e instalado medio centenar de granjas-modelo, según describe el profesor Jordi Tejel en su estudio *Kurds, History, Politics and Society Syria's*
.

Poco después, Hafez al Asad ponía fin a esta campaña de arabización. Aparte de la resistencia por parte de los kurdos, en este periodo el régimen baasista sirio se enfrentaba ya a la amenaza del integrismo islámico y los Asad, líderes de la minoría alawi, necesitaban el apoyo del resto de las minorías religiosas y étnicas —kurdos, cristianos y drusos, fundamentalmente— para reforzar la base social del régimen ante una población mayoritariamente suní que podía respaldar la creciente actividad de los Hermanos Musulmanes. Sin embargo, pese a este importante cambio de actitud de Hafez al Asad, el Baath sirio mantuvo su negativa a reconocer cualquier derecho político diferenciador, tolerando, en cambio, el uso de la lengua, el folclore y el mantenimiento de ciertas costumbres y celebraciones siempre que no se hiciera un uso ostentoso o político de las mismas. A finales del siglo XX, por ejemplo, se podía celebrar una boda con música kurda, pero no era posible que un restaurante público tuviera esa misma música como sonido ambiente.

CAMPAÑA ANFAL

En Irak, también en los sesenta, se habían iniciado políticas gubernamentales tendentes a dificultar y debilitar un movimiento político liderado por Mustafá Barzani y el Partido Democrático del Kurdistán (PDK). Kasem, como se ha citado anteriormente, ya se había enfrentado al PDK suprimiendo sus publicaciones, pero será a partir de que la rama iraquí del Baath asuma plenamente el poder, tras asesinar al general Kasem, cuando se recrudecerán las campañas de destrucción de pueblos, incluso realizando los primeros bombardeos químicos, tal y como ocurrió en Badinan y Penjwin. Sin embargo y paradójicamente, no se puede hablar de

verdadera limpieza étnica hasta la aprobación de la ley de Autonomía en el año 1970, un acuerdo alcanzado el 10 de marzo con la participación de Mustafá Barzani y Sadam Husein, entonces vicepresidente de Irak, poniendo así fin a una década de combates. De forma inmediata, se comenzaron a aplicar algunos puntos del acuerdo, pero quedó para la elaboración de los respectivos censos la inclusión de algunos territorios disputados por las dos partes. En este sentido, el estatuto autonómico establecía que las zonas mayoritariamente kurdas quedarían adscritas a la autonomía, pero, en las regiones cuestionadas, era necesario elaborar previamente un censo actualizado para llevar a cabo un referéndum. Entre estas zonas estaban Sinyar y las llanuras de Harir, que constituían el granero de Irak; las de Zajo y Kanaquín, dos pasos estratégicos que conectaban Irak por carretera, respectivamente, con Turquía/Europa y con Irán/Asia Central, pero, sobre todo, desde Bagdad se negaba la adscripción de Kirkuk, ya que en su subsuelo se encontraban las mayores reservas petrolíferas. Tal y como reconocería años después Tarek Aziz, miembro del Consejo Revolucionario del Baath y ministro de Exteriores con Sadam Husein, la elaboración de los censos fue varias veces aplazada premeditadamente para que no se celebraran los referendos y quedaran fuera de la autonomía, lo que, en definitiva, provocó la reanudación de las hostilidades entre los *peshmergas* de Barzani y el ejército iraquí.

A partir de entonces, comenzó una campaña de arabización que se aplicó sobre todo a las zonas disputadas, de forma especial en Kirkuk y comarcas próximas. Un informe elaborado por Nuri Talabani, jurista y profesor de la Universidad de Arbil, con el aval de lord Eric Avebury, fundador de la Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de los Lores, explicaba con detalle, a mediados de los años noventa, los procedimientos administrativos utilizados por el Ayuntamiento de Kirkuk para acelerar la inversión demográfica. Entre estos procedimientos destacaban el abandono de los servicios municipales en los distritos mayoritariamente kurdos; el derribo de manzanas enteras para la construcción de nuevas y amplias avenidas; dificultades legales para la adquisición de viviendas y, por el contrario, facilidades para su venta; despido de funcionarios y deportación de aquellas familias, a las que también

se les expropiaba sus viviendas, cuyos miembros hubieran cometido delitos políticos. Por encima de todas ellas, la campaña de «Los 10 000 dinares», llamada así porque se ofrecía esta cantidad, además de trabajo y casa, a los recién casados que, siendo de otras zonas de Irak, decidieran trasladarse a vivir a Kirkuk. Entre septiembre de 1997 y julio de 1998, fue vaciada de viviendas la ciudadela de Kirkuk, es decir, la ciudad histórica, que conservaba parte de su recinto amurallado, como lo muestra claramente la comparación de las fotografías aéreas correspondientes a esas fechas. La medida se justificó porque se pensaba remodelar el casco antiguo para su aprovechamiento turístico, cuando el verdadero y simple motivo era el desplazamiento de sus habitantes, que, así, se verían obligados a marcharse de la ciudad.

A estas medidas había que sumar otras, si es posible, más duras y arbitrarias, como la detención por ir vestido por la calle con la ropa tradicional kurda, algo que los servicios secretos consideraban una provocación. Muchas de estas personas desaparecían y resultaba imposible saber qué había sido de ellas. Esta política siguió aplicándose incluso después de la primera invasión norteamericana, la de 1990, tal y como recogieron durante la última década del siglo XX numerosas denuncias realizadas por el Partido Comunista de Irak, una de las pocas organizaciones clandestinas que, debido a sus contactos en la Administración y las fuerzas armadas, tenía capacidad para elaborar informes verosímiles que facilitaban gran cantidad de detalles como nombres, apellidos, edades y lugares de ejecución. Cuando se desencadenó la invasión de 2003, que finalmente derribó a Sadam Husein, y las fuerzas kurdas tomaron el control de la ciudad, en los cementerios se podían ver decenas de tumbas anónimas, sobre las que se habían colocado, sujetas con piedras, las ropas de esa persona desconocida por si alguien encontraba algún detalle que permitiera identificarla. En el resto del Kurdistán iraquí, las operaciones de limpieza étnica se convirtieron en genocidio cuando en 1987 el mando supremo del ejército diseñó la denominada Ofensiva o Campaña Anfal, nombre extraído de un versículo del Corán con el que se justifica el saqueo y aniquilación de los infieles que se levantaron contra Mahoma. Lo que en realidad suponía un exterminio en masa se disfrazó como una ofensiva militar contra las milicias kurdas que, en la guerra

entre Irak e Irán, se habían aliado con los iraníes.

La ofensiva Anfal fue encargada por Sadam Husein a su primo Alí Hasan al Mayid, más conocido como Alí el Químico o el Carnicero del Kurdistán. Estaba dividida en seis fases y el objetivo era despoblar vastas zonas de territorio realizando traslados colectivos y ejecutando a sus habitantes. Uno de los casos más claros y documentados de esta operación es el de Kader Karam, una comarca situada al sudeste de Kirkuk. En las dos primeras semanas de abril de 1988, no menos de 8000 personas pertenecientes a un centenar de localidades fueron transportadas en camiones y autobuses hasta la antigua base militar de Dubez (Dos Peces), que funcionó como campo de distribución; los hombres fueron separados de las mujeres y los niños; primero se llevaron a los varones adultos a los lugares de ejecución para impedir que se rebelaran al ver que iban a matar a sus mujeres e hijos. Los habitantes de esta localidad conocen perfectamente lo ocurrido porque lograron sobornar a los soldados para que les dejaran desenterrar y dar una adecuada sepultura a 200 niños fallecidos debido a diferentes causas durante el traslado y que habían sido amontonados en una fosa común a las afueras del pueblo. Durante años, hasta que el Gobierno de Arbil los volvió a trasladar a otro lugar más digno, estas 200 pequeñas tumbas ocuparon un solar en medio del pueblo sin que nadie supiera el menor detalle sobre su identidad, ya que todos sus familiares habían sido ejecutados.

LA GERNIKA DE LOS KURDOS

También existen unos cuantos testimonios de personas que, tras ser tiroteadas e incluso habiendo caído como los demás a las fosas comunes, sobrevivieron y lograron ponerse a salvo. Esto le ocurrió al joven Anuar, cuya familia vivía en un campo de refugiados de Chamchamal. Herido en una pierna, tuvo la fortuna de que los soldados decidieron cubrir la fosa común a la mañana siguiente, dándole así tiempo a escapar del lugar y ser atendido por una familia de granjeros que, a su vez, corrieron el riesgo de llevarle a Bagdad, donde unos primos le pusieron a salvo en zonas bajo

control de las fuerzas kurdas. Distintos informes elaborados por los grupos kurdos y también por organizaciones humanitarias internacionales, como Human Rights Watch, permiten concluir que en torno a unas 180 000 personas habrían sido asesinadas durante los años ochenta. El ingeniero Shors Mustafa Rasul detalló un total de 3669 localidades destruidas, lo que supuso también la pérdida de 2475 mezquitas, 280 centros médicos y la deportación de unas 200 000 familias.

Entre esas muertes y pueblos destruidos, se incluían 200 localidades bombardeadas con armas químicas, de acuerdo con las conclusiones a las que había llegado Christina Gosden, investigadora de la Facultad de Medicina de Liverpool, que realizó un amplio trabajo sobre el terreno, declarando ante el Congreso de los Estados Unidos sobre las secuelas físicas y enfermedades que este tipo de armas puede causar entre la población. Halabja, la *Hiroshima de Oriente Medio*, la *Gernika de los kurdos*, se convertiría en símbolo de los bombardeos químicos de Sadam Husein. Entre los días 16 y 17 de marzo, la aviación iraquí atacó la ciudad con todo tipo de armas, sobre todo químicas, que causaron en torno a 5000 muertes, mientras que otras 10 000 personas quedarían con graves afecciones en la piel, vías respiratorias y varios tipos de cáncer que aparecerían con el paso del tiempo. En esos años, varios países europeos, entre ellos Francia y España, así como Estados Unidos, respaldaban al Gobierno de Sadam Husein frente al Irán jomeinista; el Departamento de Estado llegó a declarar públicamente que el bombardeo de Halabja había sido obra de los iraníes, extremo este desmentido tanto por supervivientes como por las fuerzas kurdas que, con ayuda de los *pasdaranes*, hacía tres días que habían ocupado la ciudad. Hasta el propio mando iraquí reconoció el 19 de marzo que había obtenido un «importante éxito militar» en Halabja y Jormal. Lo ocurrido en Halabja es una buena muestra del tipo de colaboración en el genocidio por parte de las potencias occidentales: los aviones utilizados en el bombardeo eran de fabricación soviética y francesa, franceses eran también los misiles Exocet, muchas de las carcasas de las bombas habían sido vendidas por España y la URSS, los productos químicos que formaban su carga letal habían sido enviados por empresas alemanas y holandesas, y la información táctica para las ofensivas

del mando iraquí procedía de los aviones-radar Awacs norteamericanos.

EL CARNICERO DEL KURDISTÁN

Un año después, en 1989, concluida ya la guerra con Irán, Taha Yasin Ramadán, vicepresidente de Irak, declaró en una conferencia pública ante la prensa internacional que «de aquí a 1992, los kurdos serán una minoría en el Kurdistán» y que, para empezar, el Gobierno iba a despoblar una franja de 1200 kilómetros de largo por 30 de ancho a lo largo de la frontera con Turquía e Irak, con la consiguiente destrucción de todos los núcleos urbanos, fueran del tamaño que fueran, y la deportación de sus habitantes. Efectivamente, el proyecto se puso en marcha, pero quedó interrumpido al producirse en agosto de 1990 la invasión de Irak, momento en que las fuerzas kurdas volvieron a hacerse con el control no solo del territorio admitido en la autonomía de 1970, sino también del vital paso fronterizo con Turquía y de las amplias planicies de Harir.

Quien también se granjeó el título de Carnicero del Kurdistán fue el ayatolá Sadegh Khalkhali, persona de confianza de Jomeini y jefe de los Tribunales Revolucionarios de Irán, que fue enviado en verano de 1979 al Kurdistán para reprimir con la mayor dureza la sublevación del PDKI. La organización dirigida por Abdulrahman Ghasemlu se había levantado en armas exigiendo la autonomía prometida por Jomeini. El PDKI llegó a controlar amplios territorios e importantes ciudades, como Mahabad, Sanandaj, Saquez, Shardast y Bukán. Tras fracasar un intento de mediación a través del ayatolá progresista Telegani, Jomeini respondió lanzando contra ellos todas las fuerzas a su disposición, incluidos los restos de la aviación de combate del *sha*, que había rendido pleitesía al poder de los ayatolás. Khalkhali se jactó en este periodo de haber ejecutado hasta «60 kurdos al día» y el número de sentencias de muerte tras parodias de juicio que apenas duraban unos minutos se pueden contar por cientos. La República Islámica no ocultaba estas ejecuciones; al contrario, las divulgaba para escarmiento general y

permitía a los periodistas internacionales fotografiarlas. De hecho, una de ellas, que fue portada en el *New York Times* el 29 de agosto de 1979, recibió el Premio Pulitzer el año 1980, el máximo galardón que puede recibir una fotografía por su valor informativo. En esa instantánea, distribuida por la agencia UPI, se puede ver a siete rebeldes kurdos y a dos oficiales del ejército iraní justo en el momento en que se desploman tras recibir la descarga de fusilería. En otra de estas imágenes, en este caso tomada en las pistas del aeropuerto de Sanandaj, se aprecia un grupo de condenados que esperan el momento de la ejecución. A la izquierda de la imagen, un cuerpo tendido en el suelo, al que también apunta con su arma uno de los integristas. Esa persona era un joven kurdo llamado Hasán Nahid, que había sido apresado, malherido y que, al no poder andar, tuvo que ser transportado al lugar del sacrificio por su propio hermano Shayar, que también iba a correr la misma suerte. En la política de tierra quemada para acabar con la rebelión, se destruyó medio millar de pueblos. Un informe de la organización Human Rights Watch recogía 271 de estas localidades con sus respectivos nombres, situación geográfica y número de familias desplazadas. En total, se calcula que, entre 1979 y 1983, unos 40 000 kurdos iraníes perdieron la vida y otros tantos tuvieron que huir a Irak, mientras el Kurdistán iraní quedaba convertido en un gigantesco campo de concentración vigilado por 2000 bases militares.

CAPÍTULO 6

GUERRA SANTA

Para Jomeini, los seguidores del PDKI se habían convertido en el principal enemigo de la República Islámica porque, según declaró, se comportaban como infieles e impedían la consolidación del proyecto islamista, razón por la cual estaba justificado declararles la «guerra santa». Mientras los *peshmergas* de Ghasemlu pudieron contener a los *pasdaranes* y miembros del Komiteh, el PDKI logró establecer un sistema de autogobierno en un territorio con cerca de un millar de localidades, donde se celebraron elecciones municipales y se establecieron 543 consejos locales. También se pusieron en marcha 282 escuelas con 394 maestros que enseñaban en lengua kurda a 9684 alumnos y media docena de centros médicos asistían gratuitamente a la población, entre ellos el Hospital Revolución y los dispensarios 123, Peshmerga, Mártires, 25 Gelavej (16 de agosto), Jabat (Lucha) y Consejo Nacional de la Resistencia, además de distribuir cerca de 6000 hectáreas de tierra entre 1342 familias de campesinos pobres.

Aproximadamente hasta el año 1983, el PDKI pudo mantener zonas de territorio donde actuaban otras organizaciones tanto kurdas como iraníes. Entre ellas estaba el grupo Komala (Sociedad), partido kurdo de orientación comunista fundado en 1969 y que estaba dirigido por Ibrahim Alizadeh, o el movimiento religioso

Jabat (Lucha), del cheik Ezzedine Huseini, un clérigo musulmán que propugnaba en el Kurdistán unas ideas muy similares a las de la Teología de la Liberación en América Latina. Junto a ellos, destacaba también la presencia de los Muyahidín Jalq (Combatientes Musulmanes del Pueblo), que defendían, a semejanza del ayatolá Mahmud Telegani y del líder chií Alí Shariati, una especie de socialismo islámico incompatible con la línea integrista de Jomeini. No tardaron en enfrentarse al nuevo sistema político y cientos de sus militantes fueron detenidos, torturados, encarcelados y ejecutados. Quienes sobrevivieron pasaron a la clandestinidad o huyeron al Kurdistán, donde formaron junto al PDKI y a otras organizaciones de la oposición iraní el Consejo Nacional de la Resistencia. Algo parecido ocurrió con los izquierdistas Fedayín Jalq (Fedayines del Pueblo), que tuvieron un especial protagonismo en el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios que en febrero de 1979 terminaron colocando a Jomeini en el poder. Se suele poner como ejemplo que fueron los fedayines, y no los seguidores de Jomeini, quienes realmente dirigieron a las masas en el asalto a los cuarteles de Teherán, un hecho que inclinó definitivamente la situación a favor de la población frente al ejército del *sha*. Tras apoyar durante varios años, aunque desde un punto de vista crítico, al nuevo régimen jomeinista, a partir de 1985 esta organización, de tendencia marxista, siguió los mismos pasos que kurdos y muyahidines.

LA MUERTE DE GHASEMLU

Fue a partir de 1983 cuando el PDKI se vio obligado a retirarse de las zonas liberadas para iniciar una guerra de guerrillas que duró toda la década de los ochenta, convirtiéndose en una verdadera pesadilla para el régimen de Jomeini junto a los otros movimientos armados que todavía quedaban en algunas zonas de Azerbaiyán, montes Elburz y en varias ciudades. En 1988, concluida la guerra con Irak, Jomeini decidió resolver el problema ordenando la ejecución de todos los presos políticos, a pesar de las protestas del ayatolá Montazeri, una de las principales figuras de la Revolución

iraní y de ideas progresistas, como Telegani, entonces ya fallecido. Por esta razón, Montazeri fue condenado a prisión domiciliaria hasta el final de sus días. En apenas unas semanas, se calcula que unos 8000 militantes kurdos, fedayines, muyahidines, comunistas o simplemente liberales fueron ajusticiados de forma sumaria, sin juicio previo y con el agravante de que muchos de ellos eran menores de edad. Aún más sobrecogedor es el caso de las jóvenes que, de acuerdo con las leyes islámicas, no podían ser ejecutadas por ser vírgenes. Fueron *casadas* con sus guardianes, violadas y después asesinadas, siendo enviado a su familiares un saquito de arroz como *dote* junto al certificado de defunción.

La represión y los asesinatos no se detuvieron con esta matanza colectiva. Comandos iraníes, especialmente entrenados en la sección Al Qods de los Guardianes de la Revolución, realizarían durante años incursiones dentro de Irak y atentados en otros países de Oriente Medio, Europa o América, provocando cientos de muertes. El 13 de julio de 1989, Abdulrahman Ghasemlu, el profesor de la Sorbona que dirigía el PDKI, y dos colaboradores suyos fueron acribillados a balazos en un piso de Viena donde habían quedado con representantes de la República Islámica para iniciar conversaciones de paz. El 17 de septiembre de 1992 se repetía la escena, aunque ahora en el restaurante griego Mykonos de Berlín. A las 11 de la noche irrumpía en este local berlinés un comando terrorista que comenzó a disparar contra la mesa donde cenaban Sadegh Sharafkandi, sucesor de Ghasemlu, con otras tres personalidades del partido. Los cuatro dirigentes kurdos habían quedado con representantes de otras organizaciones para estudiar la formación de un frente unitario contra la República Islámica. Aunque en el atentado de Viena se tiene la certeza de que intervinieron directamente altos mandos jomeinistas, entre ellos Mahmud Ahmadineyad, que llegaría a ser presidente de la República Islámica, el crimen quedó impune al no haber sido capaz la policía austriaca de identificar a los responsables del atentado. Sin embargo, en el caso Mykonos se demostró la implicación de la Embajada iraní y la cúpula del régimen fue condenada por este acto terrorista, lo que obligó a Alemania y a otros países de la Unión Europea a congelar, temporalmente, las relaciones diplomáticas con Irán. Atentados semejantes ocurrieron en Irak, Francia, Turquía,

Suecia y Suiza. El PDKI asegura que un total de 200 militantes y cuadros suyos han sido asesinados en este tipo de atentados por todo el mundo.

Los Guardianes de la Revolución llegaron a invadir el Kurdistán iraquí en julio de 1996 para destruir las bases y campamentos de refugiados. Ese mes, dos columnas integradas por unos 2000 *pasdaranes* convergieron hacia la ciudad de Koya, donde se encuentra la sede central del PDKI. La resistencia presentada por los *peshmergas* y el sobrevuelo rasante de varios aviones norteamericanos obligaron a los Guardianes de la Revolución a retirarse de nuevo a Irán, llevándose vacías las jaulas que, instaladas en camiones, tenían previsto llenar como si se tratara de la película *El planeta de los simios*. El PDKI, presionado por los partidos kurdos de Irak, abandonó la lucha armada y volvió a impulsar los movimientos de protesta popular.

LAPIDACIÓN EN BUKÁN

Pese al estricto y absoluto control militar, desde entonces cualquier motivo es suficiente para encender una chispa que se extiende como un reguero de pólvora. En diciembre de ese mismo año, la población de Kermanshah se lanzó a la calle en protesta por la muerte del imán suní Mohamed Rabibi, de 64 años, conocido locutor de un canal local de televisión muy crítico con el Gobierno. Apareció muerto en extrañas circunstancias y, aunque Teherán explicó que había fallecido debido a un infarto, la población vio tras su muerte la mano del régimen. Los enfrentamientos en las calles fueron de tal violencia que el ejército tuvo que desplegar unidades blindadas, mientras las protestas se extendían a las ciudades de Ravansar, Paveh y Janrud. En el verano de 1997, le tocó el turno a Bukán, una ciudad de unos 100 000 habitantes situada a medio camino entre Sanandaj y Mahabad. En esta localidad había sido condenada a morir lapidada por adulterio la joven de 20 años Zuleija Kadjoda. Dentro de la sociedad kurda, precisamente por tener una interpretación más tolerante del islam, se puede afirmar que, salvo excepciones, no se utiliza este tipo de castigos

relacionados con una visión retrógrada de la *sharia*, como, en otro sentido, también es poco frecuente la poligamia. Por eso, la lapidación de Zuleija fue interpretada como un nuevo ataque a la identidad kurda. La ejecución fue pública, junto al río que pasa por esta ciudad. Cuando el pelotón de ejecución, integrado por una veintena de *pasdaranes* y *jash* (colaboracionistas; en kurdo, literalmente, «burros»), estaba tirando piedras a la joven, le cayó, a su vez, una lluvia de proyectiles que les lanzaban las personas allí concentradas. Los ejecutores, pensando que Zuleija ya había muerto, la desenterraron precipitadamente (estaba atrapada de la cintura para abajo) y la llevaron al depósito de cadáveres. Los choques con los *pasdaranes* se repitieron en la ciudad; testigos presenciales describieron una significativa escena frente a un ultramarinos donde una mujer gritaba enfurecida a un policía antidisturbios: «¡Me cago en el islam que habéis traído aquí!». La sorpresa llegó cuando el médico forense apreció que Zuleija no había muerto. Las autoridades chiíes dijeron que debía repetirse la ejecución, pero varios clérigos suníes recordaron que, según su tradición, si una persona sobrevive a una lapidación, debe ser perdonada. Una campaña de Amnistía Internacional y, sobre todo, las protestas contra el régimen en otras ciudades kurdas hicieron que la justicia iraní no se atreviera a repetir el proceso y Zuleija salvó la vida por segunda vez.

A comienzos de 1999, coincidiendo con el 20 aniversario de la Revolución islámica, hubo protestas contra el régimen en Sanandaj, en Mahabad a la salida de un partido de fútbol y en Marivan, donde ya había un gran descontento popular porque dos policías habían intentado abusar sexualmente de unas jóvenes. También ese año hubo manifestaciones para protestar contra el secuestro por los servicios secretos turcos en Kenia del líder kurdo de Turquía Abdulá Ocalán. En Urmie una multitud intentó asaltar el consulado mientras una docena de camiones, igualmente con matrícula de Turquía, eran apedreados junto al paso fronterizo de Bazargán. Durante estos años, las autoridades prohibían la celebración de funerales por los militantes que eran condenados a la horca acusados de *moharebeh* (enemigo de Dios) por temor a nuevas protestas. En Irán, las ejecuciones por este motivo han podido sobrepasar fácilmente la centena en los últimos 15 años. El 9 de

marzo de 2004, de forma espontánea, cientos de miles de personas se lanzaron a las calles en Mahabad, Bukán, Mariván, Sanandaj, Saquez, Sardasht, Piranshar y otras ciudades menores para celebrar que los kurdos iraquíes habían conseguido el federalismo. Al año siguiente, otra oleada de protestas sacudió el Kurdistán cuando la familia de Kemal Esferam difundió por Internet el cuerpo destrozado de este militante de la Unión Revolucionaria del Kurdistán que había sido asesinado por los *pasdaranes* y después arrastrado por las calles de Mahabad atado a un coche de la policía. Algo parecido ocurrió cuando, también en estos primeros años del siglo XXI, un oficial mató a palos a un recluta kakai por negarse a quitarse los peculiares mostachos que caracterizan a los *ahl-i haq*; el Gobierno iraní tuvo que desplazar unidades blindadas para controlar la situación.

La última oleada de estas protestas, aparentemente espontáneas, ocurrió el 7 mayo de 2015. Ese día se extendió por la ciudad de Mahabad que la joven Farinaz Khosrawani, de 25 años, había muerto al precipitarse al vacío del Hotel Tara cuando escapaba de un intento de violación por parte de un policía. En solo unas horas, el hotel fue rodeado por una multitud que se enfrentó de forma extremadamente violenta, como muestran las fotografías difundidas entonces por Internet, con unas fuerzas antidisturbios que se vieron obligadas a retirarse del lugar a la espera de refuerzos; mientras, los concentrados daban fuego al edificio, que no tardó en verse envuelto en llamas. Varios manifestantes resultaron heridos de bala, entre ellos el joven universitario Akam Telaj, que tuvo que ser trasladado de urgencia al Hospital Imam Jomeini de Urmie. En Kermanshah, Sanandaj, Sardasht, Marivan, Baneh, Bukán, Kamiarán, Oshnanuiye y Dehugolan volvieron a repetirse las manifestaciones de solidaridad con Mahabad; se calcula que alrededor de 700 personas fueron detenidas por estos incidentes. El clima de tensión se agravó aún más debido a que unidades de los Guardianes de la Revolución habían sido atacadas en las proximidades de Baneh y Simo, ya que tanto el PDKI como el PJAK (Partido de la Vida Libre del Kurdistán), una nueva organización, vinculada el PKK de Turquía, habían reiniciado la guerra de guerrillas.

Aunque parezca paradójico, en Turquía, un país regido bajo los principios seculares del kemalismo, el movimiento kurdo también ha tenido que hacer frente a su propia guerra santa, a un integrismo radical que ha sido utilizado por unos gobiernos supuestamente laicos para atajar la amenaza revolucionaria o los nacionalismos armenio y kurdo. Por eso, los militares kemalistas azuzaron a las tribus kurdas suníes contra armenios y asirio-caldeos en el genocidio de 1915 y por la misma razón insultaban a los alevis llamándoles ateos o convertían al islam, con improvisadas y sangrientas circuncisiones, a los cristianos que encontraban entre los alevis. Y por el mismo motivo no resultó extraño que fuera precisamente la Junta Militar presidida por el general kamalista Kenan Evren, autora del golpe de Estado de 1980, quien instaurara la dirección de asuntos religiosos, incluyera las clases de Corán en las escuelas públicas y, sobre todo, pusiera en marcha la mayor campaña de construcción de mezquitas en toda la historia de la República de Turquía. Tampoco tiene otro sentido que, a principios de los años noventa, comenzara a actuar Hezbolá (Partido de Dios), grupo que, pese a su nombre, no guarda ninguna relación con la conocida organización proiraní libanesa. En Turquía, estaba integrada por suníes, llegó a tener campos de entrenamiento tolerados por la policía, recibió armas del ejército compradas a saldo en los países del Este y sus milicianos, armados de kalashnikovs, recorrían libremente las calles de las ciudades kurdas lanzando al aire con megafonía sus proclamas contra «los comunistas del PKK». Eran los años en los que desde aviones militares se lanzaban octavillas afirmando que el turco era el «verdadero ejército del islam» y en los que se utilizaba cualquier medio, incluidos los asesinos a sueldo, para acabar con los militantes y simpatizantes del PKK. Fikri Saglar, diputado del histórico y socialdemócrata Partido Republicano del Pueblo (CHP), aseguró en su momento que la luz verde a las actividades de Hezbolá se había dado tras una reunión del Consejo Nacional de Seguridad en 1985, un año después de que el PKK iniciara su actividad armada (agosto de 1984). Por su parte, un destacado responsable policial de Batman, que más tarde sería destituido,

confirmó que en esta provincia existía un campo de entrenamiento, conocido por las autoridades, y que Hezbolá había recibido armas del ejército.

Cuando entre los meses de enero y febrero del año 2000 el Gobierno decidió acabar con Hezbolá, fueron detenidos en unos días cerca de 700 militantes, se localizaron decenas de pisos francos y se resolvieron 400 asesinatos que habían quedado sin aclarar. En los jardines de algunas de esas casas se descubrieron fosas comunes con un total de 59 cadáveres; en una de estas casas apareció un vídeo en el que se veía cómo se torturaba a una persona hasta la muerte. Mientras actuó, los principales objetivos de Hezbolá fueron los militantes y cuadros de las distintas organizaciones políticas, sindicales, culturales, feministas e incluso religiosas en la órbita ideológica del PKK.

Lo cierto es que en solo una década
(1984-1994),
el PKK había alcanzado una expansión y respaldo popular que ni siquiera soñaba la veintena de personas que fundaron el partido el 27 de noviembre de 1978. A mediados de los noventa, se puede decir que las estructuras apoyadas por el PKK contaban con un partido legal que lograba millones de votos, controlaban cientos de ayuntamientos, algunos de gran importancia, como el de Diyarbakir (casi un millón de habitantes), una vasta red de organizaciones socioculturales, periódicos e incluso una televisión vía satélite, Med TV, la televisión de los medos. Mientras Hezbolá y otros grupos criminales surgidos de las cloacas más tenebrosas del Estado hacían el trabajo sucio, los distintos gobiernos turcos se encargaban de perseguir y poner todas las trabas posibles para que los kurdos tuvieran representación política legal. El primer obstáculo era la propia Constitución surgida del golpe de Estado de 1980, que prohíbe la creación de partidos kurdos; en Turquía no es posible legalmente fundar un partido que lleve el nombre kurdo, como ocurre en España con el Bloque Gallego, el Partido Nacionalista Vasco o Esquerra Republicana de Catalunya. Si los kurdos quieren un partido político que les represente tienen que ponerle un nombre que no haga referencia a su identidad como pueblo diferenciado. La segunda traba, tan importante como la primera, es el elevado listón electoral para obtener representación en la Asamblea Nacional

Turca: el 10 por ciento del voto emitido a nivel nacional, lo cual equivaldría, por ejemplo, a que en España Bildu —izquierda vasca — o Esquerra Republicana —izquierda catalana— tuvieran que obtener el 10 por ciento del total de los votos para poder entrar en el Congreso, algo, a todas luces, prácticamente imposible. El tercero es la sucesiva prohibición del partido prokurdo, que, durante dos décadas, ha sido clausurado de forma consecutiva para ser refundado con otro nombre. En 1990 fue el HEP (Partido del Trabajo del Pueblo), al que siguieron DEP (Partido de la Democracia, 1993), HADEP (de la Democracia del Pueblo, 1994), DEHAP (del Pueblo Democrático, 2003), DTP (de la Sociedad Democrática, 2005), BDP (de la Paz y Democracia, 2008) y DBP (de las Regiones Democráticas, 2014), versión que, junto a su coalición con otras fuerzas progresistas turcas (HDP), se encontraba en fase de ilegalización en marzo de 2016.

PERIODISTAS ASESINADOS

Lo mismo ocurrió con el periódico *Ozgur Gundem* (Agenda Libre), que salió a la calle por primera vez en 1992. Hasta el año 2015 cambió de cabecera en 15 ocasiones al ser repetidamente clausurado. El 2 de diciembre de 1994 una potente bomba destruyó sus instalaciones cuando se llamaba *Ozgur Ulke* (País Libre). Milagrosamente no causó una carnicería porque en el momento de la explosión los trabajadores se encontraban en la zona del inmueble menos afectada; solo hubo un muerto y 21 heridos.

Otra treintena de periodistas y distribuidores han sido asesinados por desconocidos, entre ellos Hafiz Akdemir, que había publicado reportajes sobre la relación entre Hezbolá y las fuerzas armadas. Halit Gungen, de la revista *2000 Dogru* (Hacia el 2000) y Namik Taranci, del semanario *Gercek* (Realidad), fueron tiroteados por el mismo motivo. Desde el año 1996, las Madres de los Sábados, un movimiento similar a las Madres de la Plaza de Mayo de Argentina, se concentran en la avenida Istiklal de Istanbul, entre la Torre Gálata y la plaza de Taksim, reclamando el paradero de unos 500 desaparecidos, muchos de ellos tras ser apresados por la

policía.

Para derrotar al PKK en Turquía se ha recurrido a todo, incluidas ejecuciones sumarias, y también acciones que vulneraban la legalidad internacional, como fue el secuestro por parte de los servicios secretos de Abdulá Ocalán en el aeropuerto de Nairobi (Kenia), desde donde fue llevado a Turquía para ser juzgado y condenado a muerte en un proceso judicial invalidado por la Corte Europea de Derechos Humanos. Su apresamiento cuando estaba esperando para viajar a Sudáfrica provocó un movimiento de solidaridad entre los kurdos de todos los países; incluso miles de kurdos y de descendientes de kurdos salieron a las calles de Tel Aviv para denunciar una operación en la que el Mosad tuvo que negar categóricamente su participación. El juicio se repitió a instancias del tribunal europeo y el líder del PKK fue condenado a perpetuidad en la prisión militar de Imrali.

En noviembre de 2005, desde un vehículo lanzaron una bomba contra una librería de Semdinli, pero el coche fue detenido por personas que estaban en el lugar; resultaron ser miembros de la policía que luego fueron avalados por sus superiores. Ese mismo mes, fueron acribillados a tiros Ahmed Kaymaz (30 años), transportista, y Ugur Kaymaz (12), padre e hijo, cuando cargaban el camión frente a su casa en Kiziltepe antes de ponerse, de nuevo, en ruta. La policía colocó sendos fusiles de asalto junto a sus cuerpos y argumentó que había habido un tiroteo con terroristas. Casualmente llamaron como testigo a un vecino que resultó ser el profesor del niño, al que reconoció como alumno, y se negó a suscribir la versión policial. «¿Cómo un niño puede utilizar un arma de este tipo?», les respondió.

Después de tantos años anunciando continuos programas de desarrollo en las regiones del sureste, como se denomina oficial y eufemísticamente al Kurdistán, estas provincias seguían estando a la cola del desarrollo, formándose un explosivo cóctel entre subdesarrollo, abandono gubernamental, odio al Estado y separatismo que no ha hecho otra cosa que fortalecer progresivamente al PKK y a lo que Ankara considera su «brazo político». Región de profundos valores tradicionales, rurales y religiosos, desde que el Partido para el Desarrollo y la Justicia (AKP) de Tayip Erdogán ganó las elecciones generales de 2002, esta

parte de Turquía se ha debatido entre un islam fuertemente implantado en estas zonas rurales y el apoyo a los «ateos» y «comunistas» del PKK. En las últimas campañas electorales, el entonces primer ministro Erdogán llegó a acusar a Abdulá Ocalán de propugnar el abandono de la religión musulmana para volver a abrazar la fe de Zoroastro. Pero esta estrategia tampoco ha funcionado; al poner a la población entre la espada y la pared, entre la religión y la causa kurda, la población ha optado por la segunda. En las trascendentales de junio de 2015, la alianza
DBP-HDP
rebasó el inasequible listón del 10 por ciento en tres puntos porcentuales y entró en la Asamblea Nacional con un poderoso grupo de 80 parlamentarios. Tal histórico hecho desbarató los planes de Erdogán de conseguir la mayoría cualificada necesaria para cambiar la Constitución y transformar a Turquía en un sistema islámico presidencialista que presentaba —igual que había hecho Jomeini en 1979, aunque ahora dirigido por el *nuevo sultán otomano*— como modelo para todo el mundo musulmán. Esta amarga derrota llevó al Gobierno de Ankara a reanudar la guerra contra el PKK, pese a que el 28 de febrero de ese mismo año se había llegado a un acuerdo en las conversaciones del palacio de Dolmabahce para una paz definitiva. La nueva estrategia consistía en provocar un clima de violencia que permitiera responsabilizar del caos a los partidos kurdos, justificando así de nuevo su ilegalización. Desde ese mes de junio de 2015, el recrudecimiento del conflicto ha colocado a las provincias kurdas en un escenario incluso peor al de los duros años noventa, desencadenándose un clima de guerra civil en una veintena de ciudades que se negaban a reconocer la autoridad del Gobierno central tras haber proclamado el autogobierno y la formación de milicias de autodefensa.

CAPÍTULO 7

CONTRA EL ESTADO ISLÁMICO

La historia reciente del Kurdistán iraquí, desde la guerra del Golfo hasta la proclamación del califato en Mosul por el Estado Islámico en junio de 2014, en buena parte también ha estado determinada por la irrupción del integrismo. Sin lugar a dudas, en esta parte siempre han existido movimientos islamistas, pero ninguno podía siquiera soñar con hacer sombra al PDK de Barzani o a la UPK de Talabani. La invasión de Irak en agosto de 1990 por una coalición internacional liderada por Estados Unidos presentó a los kurdos una inesperada ocasión para retomar la iniciativa cuando el genocidio anunciado un año antes por Taha Yasin Ramadán se encontraba en su fase final. Ciudades enteras, como Qala Diza, Penjwin o Jormal, habían sido deshabitadas y reducidas a escombros. En otras, como ocurrió en Dahok, Rania o Rawanduz, se había comenzado a derribar algunos edificios. La promesa de una pronta liberación provocó levantamientos populares en las aglomeraciones urbanas todavía habitadas, en las localidades de nueva creación y en los campos de concentración donde se había realojado a las familias de las regiones despobladas a la fuerza. En todo el Kurdistán iraquí se creó un clima insurreccional y, al igual que ocurrió el año 1946 en Mahabad, kurdos de Turquía, Siria e Irán se unieron a la lucha de sus hermanos iraquíes, que fueron reforzados en muchos puntos por los *peshmergas* que bajaban de las montañas. Por primera vez, hubo

combates con el ejército iraquí dentro de la ciudad de Kirkuk. Sin embargo, y pese a las promesas de la alianza internacional, Estados Unidos llegó, en febrero de 1991, a un acuerdo con el Gobierno del Baath y Sadam Husein pudo continuar en el poder. Las tropas de elite del ejército iraquí —la Guardia Republicana— se aprestaron a aplastar la revuelta kurda, recuperando la capital, Arbil, y persiguiendo a la población civil, que volvió a escapar en dirección a las fronteras de Turquía e Irán, como ya había hecho en 1975 y 1988. Se calcula que un millón y medio de personas comenzó una huida desesperada perseguidas por columnas blindadas del ejército.

No era la primera vez que ocurría una catástrofe humanitaria de tal magnitud en el mundo, pero sí la primera transmitida en directo por televisiones de todos los países, desplazadas a la zona para cubrir informativamente la guerra del Golfo. Las imágenes de los niños muriendo de frío en las montañas, las interminables columnas humanas huyendo a pie sobre la nieve y los helicópteros lanzando pedazos de pan sobre multitudes hambrientas llevaron el sobrecogimiento y la consternación al corazón de millones de hogares. También por primera vez se generaba un espontáneo movimiento de solidaridad con quienes, a todas luces, eran las verdaderas víctimas de aquella guerra, cuando se suponía que el objetivo era liberar a los iraquíes de un sanguinario dictador. El índice de popularidad del presidente norteamericano, George Bush, en tanto que principal impulsor de la Tormenta del Desierto, cayó en picado de tal forma que se necesitó poner en marcha una nueva operación para impedir que Sadam culminara el genocidio.

LA BATALLA DE SHERA SWAR

Se puede decir que en esos meses de marzo y abril de 1991 el Kurdistán prácticamente había desaparecido; las ciudades habían quedado desiertas y quienes habían sobrevivido a la Campaña Anfal huían con la muerte en los talones mientras los *peshmergas* intentaban frenar el avance del ejército. En estas dramáticas circunstancias, cerca de Shaklawa, ciudad mitad cristiana, mitad musulmana, en un lugar de la carretera conocido como Shera Swar,

ocurrió un hecho que cambiaría el curso de los acontecimientos y que, a la postre, supondría el inicio del fin del régimen de Sadam. El nombre de Shera Swar, que se podría traducir como «un león a caballo», ya tenía resonancias históricas; provenía del que dio Saladino a uno de los nobles kurdos que le acompañaron durante las cruzadas por su fiereza en el combate. Sus tierras, no muy lejanas del castillo de Dwin, serían conocidas también con ese nombre. Por Shera Swar avanzaba una columna de blindados hacia donde se encontraban varios cientos de *peshmergas* de todas las tendencias —PDK, UPK, socialistas, comunistas, islámicos…—; dicen que Masud Barzani, ante la inminencia del desastre, tiró con furia su tradicional turbante rojo al suelo y se puso a gritar diciendo que prefería morir allí antes que caer de nuevo en el deshonor. Los diferentes grupos de *peshmergas* se distribuyeron por las colinas aledañas a la carretera y, cuando llegó la columna, un lanzagranadas impactó en el primer blindado, quedando así bloqueada toda la hilera de vehículos acorazados, sobre los que cayó una lluvia de proyectiles desde todos los flancos. El mando iraquí rehuyó el combate y optó por volver sobre sus pasos, retirándose hacia Arbil. La situación se repetiría en otros lugares. Por ejemplo, en Suleimaniya, entonces la ciudad más poblada del Kurdistán iraquí, en otoño de ese año 1991 se entabló una batalla urbana en la que una veintena de tanques y blindados quedaron inutilizados por los *peshmergas*. También fue asaltada la Casa Roja, principal centro de torturas y de donde habían salido cientos de militantes kurdos para ser ejecutados; unos 2000 soldados iraquíes cayeron prisioneros. A partir de este momento y gracias también al establecimiento por la ONU de una zona de exclusión aérea al norte del paralelo 36, el ejército iraquí no volvió a penetrar en las montañas del Kurdistán, que poco a poco fue recuperado por las fuerzas kurdas, incluida la capital, Arbil. Allí, en 1992, quedó constituido el Gobierno y el Parlamento autónomos tras celebrarse las primeras elecciones libres en esta región.

A partir del verano de 1991, los refugiados pudieron regresar a sus casas, pero la desolación reinaba por doquier. En muchos de estos lugares devastados no solo no había nada, sino que era necesario limpiar hasta las canalizaciones de agua de explosivos-trampa dejados por el ejército iraquí en su retirada. Así lo

comprobaron los militantes del pequeño Partido Islámico cuando intentaron poner de nuevo en funcionamiento el suministro de agua potable entre las ruinas de Penjwin. Durante la última década del siglo XX, los kurdos de Irak se dedicaron casi exclusivamente a levantar todo lo que había sido destruido y lo hicieron en las peores condiciones que uno pueda imaginar porque, durante esa época, llegaron a sufrir hasta tres bloqueos simultáneos: el embargo decretado por las Naciones Unidas para el conjunto de Irak, el bloqueo impuesto como castigo por el propio Gobierno central de Bagdad y, de forma arbitraria y aleatoria, el cierre por Turquía de la aduana de Habur, única conexión por carretera entre Irak y Europa. En estos difíciles años, los kurdos iraquíes dependían casi en su totalidad de la ayuda internacional y, en consecuencia, comenzaron a aparecer organizaciones no gubernamentales de todo el mundo, incluidas las de carácter confesional: católicas (Cáritas), protestantes (ADRA) y, especialmente, musulmanas, financiadas por las monarquías petroleras del golfo Pérsico. Era necesario importar prácticamente todo sin apenas fondos, con el agravante de que muchos materiales, sobre todo electrónicos, solamente se podían adquirir de contrabando, ya que, debido a su doble uso (civil y militar), estaban excluidos por el embargo de la ONU. En 1993, la ciudad de Dahok, entonces con unos 200 000 habitantes, por ejemplo, no podía conseguir las piezas necesarias para volver a poner en marcha su central de teléfonos. Cerca de Dahok, en Spindar, se esforzaban en reconstruir el pueblo, totalmente arrasado, utilizando materiales tradicionales —piedra para los muros y vigas de madera y launa para la techumbre—, intentando recomponer la secular y característica imagen del hábitat rural, desaparecido también con el genocidio. En Qasara, igualmente cerca de Dahok, habían optado por el cemento, más barato, y la escuela no pasaba de ser una fría y desnuda habitación con pupitres y una pizarra. Enfrente, por el contrario, se levantaba una nueva y hermosa mezquita de color blanco, con dos estilizados minaretes y adornos en verde islam. Junto a la entrada, una placa metálica de forma ovalada recordaba que había sido construida con la ayuda del Reino de Arabia Saudí. La escena se repetía en cientos de localidades reconstruidas con la ayuda internacional, donde, junto a la mezquita, no era difícil que se levantara una madrasa o escuela

coránica. Se da la circunstancia de que en muchas de estas aldeas ni siquiera existía antes este tipo de templos, ostentosos y dominantes sobre el conjunto de la población, sino que el rezo se realizaba en una casa similar a las demás, cúbica, de adobe o piedra y con pequeños ventanucos para mejorar el aislamiento del frío y el calor. En otras muchas ni siquiera esto porque sus habitantes eran yezidis, cristianos o kakais.

PETRODÓLARES SAUDÍES

Durante los años de triple embargo y aislamiento prácticamente total, la llegada de continuas remesas de petrodólares saudíes y de otras monarquías del Golfo dio un impulso inesperado a los pequeños partidos islamistas, algunos de los cuales pasaron a ser poderosas y activas organizaciones, como ocurrió con el Movimiento Islámico del Kurdistán (MIK), que, de acuerdo con los datos difundidos por Wikileaks, recibió medio millón de dólares de los monarcas wahabíes. Al preguntar a un joven de Kalar cuál era el principal efecto de esta ayuda en su localidad, lo resumió con estas palabras: «El equipo de fútbol». Ante mi perplejidad por la respuesta, explicó que, mientras el Gobierno de Arbil no podía suministrar ni siquiera cuadernos a los alumnos de la escuela, los islamistas habían regalado a cada niño una completa equipación de fútbol: camiseta, pantalones, medias y botas, además de varios balones de reglamento. Contra esto no se podía luchar. En Dahok, también en estos duros años noventa, si una persona tenía que hacerse un análisis de sangre tenía tres opciones: el hospital público, sin recursos ni medios; una clínica privada inasequible para una familia normal y el ambulatorio islámico, dotado con modernas instalaciones y, sobre todo, gratuito. Las organizaciones islamistas también tenían capacidad para ofrecer alojamiento a los estudiantes universitarios o de cursos superiores que se venían obligados a trasladarse a la ciudad; igualmente podían prestar ayudas económicas a familias necesitadas e incluso emplear a personas con un modesto salario. En las primeras elecciones al Parlamento regional de Arbil de 1992, el MIK obtuvo el 5 por ciento de los

votos y a mediados de los noventa ya era un claro contrincante para el PDK en su histórico feudo de Badinan, incluida su capital, Dahok, ciudad que no dejaba de crecer en habitantes y donde los islamistas ganaban las elecciones a delegados en varias facultades universitarias. Pese a sus ideas integristas, el MIK, al menos formalmente, aceptaba el juego democrático y, durante la guerra civil entre el PDK y la UPK
(1994-1997),
sus unidades armadas se aliaron con los Barzani frente a los partidarios de Talabani. Los dos principales partidos kurdos mantenían varios contenciosos sobre el control de determinadas ciudades, pero, finalmente, chocaron por los sustanciosos ingresos de la aduana de Habur, por donde entraban, cuando Turquía lo consideraba conveniente, miles de camiones cada día cargados con mercancías de todo tipo no solo para el Kurdistán, sino para el resto de Irak. Esta frontera se convirtió en la principal fuente de ingresos del Gobierno kurdo, integrado teóricamente por los dos partidos, aunque el control efectivo y, por lo tanto el dinero, estaba solo en manos del PDK.

Finalmente, el MIK logró establecerse, con la ayuda de Irán, en la zona donde se encuentra la ciudad de Halabja. Debido a la repercusión internacional que tuvo durante estos años el irresistible ascenso de los talibanes en Afganistán, dentro del MIK se produjo un proceso de radicalización, desgajándose de la organización central grupos que luego integrarían organizaciones ya de claro carácter yihadista, seguidoras de Bin Laden, como ocurrió con el grupo Tawhid y el llamado Segundo Batallón de Során. A finales de esa década, las acciones armadas y atentados contra los partidos mayoritarios comenzaron a ser frecuentes. El año 1997, Franso Hariri, gobernador cristiano de Arbil y hombre de confianza de Masud Barzani, salió ileso de un atentado, pero en febrero de 2001 no puedo evitar que cuatro integristas lo acribillaran a tiros. El 1 de septiembre de ese año, 10 días antes de los atentados de las Torres Gemelas en Nueva York y a una semana del asesinato del comandante Masud en Afganistán, también a manos de Al Qaeda, la organización Jund al Islam (Soldados del Islam) declaraba la instauración del emirato de Beyara, con capital en esta localidad e incluyendo varias decenas de aldeas en las montañas fronterizas con

Irán que rodean Halabja, entre ellas Tawela. Este grupo estaba compuesto por varios cientos de excombatientes de Afganistán. Había kurdos iraquíes procedentes del MIK, de Tawhid y del Segundo Batallón de Során, pero también kurdos de Turquía que habían escapado de las redadas policiales contra Hezbolá y militantes yihadistas de otras nacionalidades. Según sus escritos, querían emular la gesta medieval de Saladino; partiendo de estas estratégicas alturas mesopotámicas, reconquistarían para el islam un Oriente Medio que había caído en manos de los «nuevos cruzados» gracias a la ayuda de los partidos kurdos.

ANSAR AL ISLAM

Jund al Islam atrajo a otros grupúsculos radicales y a los pocos meses mudó el nombre por el de Ansar al Islam (Partidarios del Islam), comenzando una campaña de expansión por las zonas llanas y aproximándose a las ciudades de Jormal y Halabja; destruyeron los mausoleos kakais, religión muy asentada en esta zona de Irak, y también los de la congregación naqsbandi, que precisamente tiene en la Mezquita Azul de Beyara uno de sus principales lugares sagrados. Aquí profanaron el mausoleo del cheik Omar Aladin por estar inmoralmente enterrado con sus hijas; hombres y mujeres no podían yacer juntos ni siquiera tras la muerte. Lo mismo hicieron con el santuario kakai de Qalat Saisartin y la tumba de Baxa Qon Hisamedin porque, junto a su hijo, Rajib, también descansaban sus hijas Hamidejan, Malik y Asiya. En todos los pueblos prohibieron las antenas parabólicas, las peluquerías, las tiendas de música y cerraron los lugares turísticos, haciendo obligatorio el *niqab* (velo integral salvo los ojos) para las mujeres en la calle. Ansar al Islam también actuó en otras partes del Kurdistán; pusieron una bomba en Shera Swar, matando a Chinar Jamil, una profesora que había ido a visitar este lugar con sus alumnos; también atacaron una sede del PDK, atentaron contra Barham Saleh, entonces primer ministro del Gobierno kurdo, y asesinaron a varias mujeres acusadas de prostitución. El 23 de septiembre de 2001, la denominada Brigada Victoria asedió la posición de la UPK en la aldea de Hali Jama

utilizando armamento pesado. Medio centenar de *peshmergas* murieron y los que se rindieron fueron degollados. A partir de ese momento y hasta la nueva invasión de Irak en marzo de 2003, prácticamente todos los partidos kurdos, incluidos los islamistas moderados, estuvieron combatiendo juntos para expulsar a Ansar al Islam de estas escarpadas cumbres donde este grupo se había hecho fuerte, teniéndose que utilizar misiles crucero para desalojarlos de las cuevas próximas al manantial de Ahmad Awa. Quienes lograron escapar volvieron a reagruparse en Mosul, donde Ansar al Islam siguió actuando contra el Gobierno de Bagdad y contra la presencia de tropas extranjeras hasta su integración, una década después, en el actual Estado Islámico. El 1 de febrero de 2004 dos suicidas hicieron estallar sendas bombas en las celebraciones de la Fiesta del Cordero organizadas por el PDK y la UPK, provocando 90 muertos, entre ellos importantes dirigentes de ambos partidos, como Sami Abdulrahman, histórico comandante *peshmerga* y una de las personas más próximas a Masud Barzani. Con su nombre fue bautizado el impresionante parque situado frente a la Asamblea Nacional, donde también se erige un monumento a las víctimas del mayor atentado perpetrado por el yihadismo contra las fuerzas kurdas, consideradas por los integristas radicales «apóstatas» y «herejes».

Al mes siguiente, en marzo de 2004, los partidos kurdos conseguían que el resto de las fuerzas iraquíes aceptaran el sistema federal, una decisión expresamente asumida para satisfacer las reivindicaciones mínimas de la población kurda, tal y como quedaría plasmado en la nueva Constitución iraquí, aprobada el año 2005. El 30 de enero de ese año, durante la celebración de las elecciones generales para el Parlamento iraquí, en los colegios electorales del Kurdistán se colocó una mesa complementaria para que los votantes que lo desearan pudieran elegir si querían continuar o no dentro de Irak; el 90 por ciento votó en contra. Sin embargo, toda esta parte de Irak ya gozaba de una independencia *de facto* desde las batallas de Shera Swar y Suleimaniya en 1991. La nueva Constitución simplemente daba rango legal a lo que, en la práctica, era una confederación. El Gobierno de Arbil tenía su propio ejército de *peshmergas*, con unidades de artillería y blindados, su propia policía, servicios secretos (Asayish), sistema

judicial, controlaba las fronteras con Turquía e Irán y construyó dos aeropuertos internacionales —uno en la capital y otro en Suleimaniya—, rompiendo así la histórica maldición de estar rodeados de «enemigos» por todas partes, como se lamentaba Ehmede Xani en *Mem-u-Zin*. Solo quedaban dos importantes asuntos pendientes de dilucidar con Bagdad. El primero eran los territorios eternamente disputados: el Sinyar de los yezidis, la planicie de Nínive habitado por cristianos, Kanaquín y, sobre todo, el emporio petrolífero de Kirkuk; el segundo, la explotación y comercialización de los hipotéticos recursos petrolíferos.

GAS PARA EUROPA

En este sentido, la UPK ya llevaba trabajando desde 1992 en la zona de
Tak-Tak,
puesto que se dio la circunstancia de que, en su zona, había quedado un pequeño pozo de petróleo parcialmente perforado. Con la ayuda de ingenieros, terminaron la perforación y los kurdos, por primera vez en la historia, comenzaron a extraer, aunque en pequeñas cantidades y de una forma prácticamente artesanal, su propio petróleo. La UPK llegó a un acuerdo con una firma petrolífera turca de segunda categoría —Genel Energy—, mientras que el PDK hacía lo propio al norte del pantano de Mosul con la noruega DNO. A partir de ese momento, el número de prospecciones y de empresas petrolíferas de rango medio fue aumentando considerablemente hasta el medio centenar. Finalmente, acudieron también las multinacionales, incluida la española Repsol, que, inicialmente, se negaban a colaborar con Arbil porque Bagdad consideraba los contratos ilegales. Para el Gobierno central los recursos petrolíferos pertenecían al conjunto de Irak y esos compromisos, por lo tanto, violaban la Constitución. El Gobierno regional, por el contrario, reconocía la propiedad estatal de las reservas petrolíferas, pero no su explotación y comercialización, entendiendo que el Kurdistán debía aportar al conjunto del país los ingresos petrolíferos, pero que, según los

acuerdos establecidos, el Estado debía revertir al Kurdistán el 17 por ciento de todos los ingresos que obtenía por el crudo y el gas extraídos en todo el país.

En noviembre del año 2015, Arbil anunciaba un acuerdo con Repsol para poder exportar en cinco años gas a Europa a través de Turquía. Según sus cálculos, las reservas de gas descubiertas en la región autónoma suponían nada menos que el 3 por ciento de las de todo el mundo, superando las de Argelia, una de las principales potencias en este sector. Con estas reservas se podían cubrir durante años el suministro de gas para toda la Unión Europea. Por lo que respecta al petróleo, las reservas suponían un tercio de las de todo Irak, pudiendo exportar más de 500 000 barriles de crudo al día. Como se ha citado al principio de esta obra, estos impresionantes ingresos económicos en una región que había quedado totalmente destruida por la Campaña Anfal provocaron una radical transformación social y urbanística. Toda la estrategia económica del Gobierno Regional se centró en el sector petrolífero, abandonando la agricultura, la ganadería y la tradicional producción artesanal. Todas las ciudades importantes y de forma muy especial Arbil, Dahok y Suleimaniya comenzaron una enfebrecida campaña de construcción de viviendas, bloques de pisos y lujosos rascacielos. La población rural abandonó los campos para dirigirse a las ciudades en busca de los sustanciosos subsidios gubernamentales. El Kurdistán iraquí pasó de la noche a la mañana de ser una región agro-ganadera autosuficiente a importar todos los alimentos. Todo se compraba porque sobraba dinero y no era necesario producir nada. Un amigo me dijo en una ocasión que en Arbil «se respiraba oro». Ni siquiera la extendida corrupción entre la clase política hacía sombra a una explosión urbanística para la que el Kurdistán, tierra de refugiados, tuvo que importar mano de obra de otros países. Todo dependía de los petrodólares, ente ellos los sueldos de un flamante ejército de *peshmergas* que, literalmente, se durmió en los laureles. Por la falta del necesario adiestramiento, preparación, mantenimiento y modernización permanentes que debe tener cualquier fuerza armada que se precie, se vieron sorprendidos por la capacidad de fuego y movilidad de los muyahidines del Estado Islámico cuando, tras ocupar Mosul, se lanzaron contra el Kurdistán, en el verano de 2014.

Zonas enteras fueron abandonadas precipitadamente. En las llanuras de Nínive aún hubo tiempo para que las aldeas cristianas fueran desalojadas antes de que llegaran los yihadistas, pero en la región de Sinyar, junto a la frontera con Siria, los yezidis se encontraron sin protección, como un rebaño de corderos ante una jauría de lobos hambrientos. Miles de hombres fueron asesinados y sus mujeres jóvenes tomadas como botín de guerra, convertidas en esclavas sexuales, repartidas entre los combatientes islamistas o vendidas en mercados u oficinas abiertas al efecto de acuerdo con sus atributos físicos o belleza. Las menos atractivas o de mayor edad simplemente fueron asesinadas y enterradas en fosas comunes. Ante la indefensión en que se encontraron al abandonar la zona los *peshmergas* del PDK, tuvieron que ser las YPG, las Unidades de Protección Popular sirias, las que abrieran un corredor entre el monte Sinyar, por donde huían los yezidis, y la frontera con Siria. Por este corredor, defendido por las YPG, salvaron la vida decenas de miles de personas. Las YPG ya llevaban funcionando tres años; habían sido creadas, nada más declararse la guerra civil siria, precisamente de forma preventiva, como fuerzas de autodefensa por el Partido de la Unidad Democrática (PYD), el principal partido kurdo de Siria, ante la certeza de que el nuevo escenario bélico generaría una serie de movimientos beligerantes con la causa kurda. Entre estos enemigos, no estaba solo el régimen de Bachar al Asad; prácticamente toda la oposición islamista moderada, apoyada por Turquía, Arabia Saudí y los países occidentales, rechazaba de plano las reivindicaciones de los partidos kurdos y, como en Turquía, hablar de una simple autonomía era sinónimo de independencia.

Además del PYD, en Siria había otros partidos kurdos importantes, en concreto los vinculados con el PDK y la UPK de Irak. En el norte de Siria, aunque la línea de Abdulá Ocalán es mayoritaria y muchos jóvenes sirios ya combatían en las filas del PKK, siempre han tenido un significativo apoyo los partidarios de Masud Barzani y Jalal Talabani. De hecho, en marzo de 2004 se registraron graves disturbios por este motivo; jugaban en el estadio de fútbol de Qamisli un equipo local, con seguidores kurdos y cristianos, y el de Deir-er-Zoor. Los seguidores árabes del equipo

visitante comenzaron a gritar contra Barzani y Talabani, lo que provocó enfrentamientos con los locales. Cuando intervino la policía de Baath, lo hizo para apoyar a los forasteros, estallando violentos choques primero en Qamisli y después en todas las ciudades kurdas, incluidos algunos barrios de Damasco y Alepo. Hubo decenas de muertos y miles de detenidos. Las estatuas y efigies públicas de Bachar al Asad y de su padre, el intocable Hafez al Asad, fueron derribadas y también fueron asaltados e incendiados bancos del Estado y comisarías.

Cuando siete años después comenzaron las revueltas populares contra el régimen de Bachar al Asad en Damasco y Daraa, por lo general, la población kurda no se sumó a las protestas. Las fuerzas opositoras acusaron a los partidos kurdos de no querer enfrentarse al sanguinario régimen de Bachar al Asad. Los kurdos, simplemente contestaron que ya habían salido a las calles en marzo de 2004 y que nadie en el resto del país hizo nada para ayudarlos. Ahora tenían su propia agenda: no intervendrían en la guerra a no ser que Rojava fuera atacado, se limitarían a defender su comunidad y, en todo caso, buscarían un diálogo nacional para consensuar un sistema democrático que respetara los derechos culturales de todos los pueblos y, en el caso kurdo, una forma de autonomía política.

CAPÍTULO 8

EL UMBRAL DE LA ESPERANZA

Desde que, durante la Segunda Guerra Mundial, las tropas japonesas esclavizaron para su uso sexual a miles de mujeres coreanas, no se había producido, en todo el planeta, una violación tan grave de los derechos de la mujer como la perpetrada por el Estado Islámico contra las mujeres yezidis del Sinyar iraquí. La brutalidad y crueldad exhibidas en este genocidio modificó la actitud de las potencias occidentales ante el nuevo conflicto de Oriente Medio al igual que ocurrió con el exterminio de la región de Kobani. La resistencia de las YPG en esta ciudad del norte de Siria despertó la solidaridad internacional con el pueblo kurdo, incluida, a pesar de las airadas quejas de Turquía, la ayuda aérea y el suministro de armas por parte de Estados Unidos. Pero aún fue más sorprendente para la opinión pública internacional constatar cómo entre las milicias de las YPG había un gran número de mujeres combatiendo, al lado de los hombres, contra el Estado Islámico, un hecho que provocó perplejidad en muchas personas atrapadas por la simplificación respecto a las sociedades musulmanas. Sin embargo, aun siendo extraordinaria la participación de mujeres kurdas en acciones armadas, no resultaba excepcional. Prácticamente todas las organizaciones importantes admiten y promueven la participación de mujeres en cargos directivos e institucionales, e igualmente han tenido mujeres *peshmergas* en sus filas, de forma especial dentro

del PKK. Incluso el PDK de Irak, tal vez el más conservador y tradicional de todos ellos, tiene sus propias unidades de mujeres y ya en 1952 creó la Unión de Mujeres del Kurdistán, organización que, si no puede ser catalogada de feminista, sí intenta acabar con esas costumbres atávicas todavía presentes sobre todo en las zonas rurales. Precisamente en las filas del PDK combatió en los años sesenta Margaret George, *peshmerga* cristiana y verdadero mito para las mujeres, especialmente para las musulmanas, que envidiaban ver a una de las suyas al frente de los *peshmergas*. Su muerte, en circunstancias todavía no aclaradas, se atribuye, según algunas versiones, a un intento de abuso sexual por un mando superior o a diferencias políticas con el PDK.

Desde tiempos remotos hasta la actualidad, la historia del pueblo kurdo está jalonada con sorprendentes episodios de protagonismo de la mujer. La obra *Sherefnamé* (Crónicas de Sheref) cita la existencia de mujeres al frente de principados en el siglo XVI; Pietro della Valle, que viajó a comienzos del siglo XVII desde Istanbul a la India pasando por el Kurdistán, explica que en algunos lugares la mujer no se cubría la cabeza y solía conversar con los hombres, incluidos los forasteros, en la calle; otro conocido viajero, Evliya Chelebi, ya avanzado el XVII, menciona que en la zona de Sherazoor la herencia familiar podía pasar indistintamente a las hijas. Chelebi también cita la historia de la princesa Janzad, que gobernaba la región de Során y encabezaba expediciones dentro de Irán dirigiendo ejércitos con miles de soldados. Una estatua erigida en el centro de esta ciudad del Kurdistán iraquí recuerda su nombre de leyenda, como también lo hacen el pequeño castillo antes de llegar a Primán, un hotel de la misma zona y una asociación de Suleimaniya dedicada a la capacitación social de la mujer, promover cambios legislativos y luchar contra los crímenes de honor.

LADY ADELA

Los principales estudiosos de la religión hebrea aceptan que Asenat Barzani, del Kurdistán iraquí, fue la primera mujer rabino de la

historia. El periódico parisino *Journal Universel L'Illustration.*, en su edición del 15 de abril de 1854, dedicaba su portada a Kara Fatima (Fátima, la Dama Negra), «la heroína del Kurdistán», representándola a lomos de un hermoso corcel negro, armada con lanza de caballería y sable, frente a sus guerreros de la tribu Marshad, camino de la guerra de Crimea. Pero tal vez la gobernadora más famosa sea Adela Yaf, conocida como *lady* Adela, princesa Adela o «la reina no coronada» de Halabja, como la bautizaron los británicos, que mantuvieron una estrecha colaboración con ella durante la segunda década del siglo XX, incluso una vez iniciada la sublevación del cheik Mahmud. *Lady* Adela estaba casada con Osmán Pachá, gobernador de esta ciudad habitada entonces en la misma proporción por musulmanes, judíos y kakais. Cuando en el año 1909 falleció su esposo, Adela siguió encargándose de la administración de la ciudad como ya lo había hecho en las numerosas ausencias de su marido. Originaria del Kurdistán iraní y con una gran formación cultural, introdujo notables mejoras urbanísticas y en la administración de justicia antes de su muerte en 1924.

Hay otras grandes personalidades femeninas en la historia del pueblo kurdo, como Mayan Jatún, que dirigió con mano de hierro a la comunidad yezidi hasta 1957, o Zakiya Hakki, que perteneció a la dirección del PDK, considerada la primera jueza de Oriente Medio, cargo para el que fue nombrada durante el gobierno del general Abdulkarim Kasem. Por su parte, Leyla Qasim es, como Margaret George o *Lady* Adela, otro mito para las mujeres kurdas. Militante de la Unión de Estudiantes del Kurdistán, fue detenida cuando estudiaba en la Universidad de Bagdad, acusada de conspiración y de intento de asesinato contra Sadam Husein. Fue condenada a la horca y ejecutada el 12 de mayo de 1974. También fue ejecutada en Irán la enfermera Sherezade Mojab, que trabajaba en un hospital de Sanandaj, por el delito de curar las heridas a un *peshmerga*. Hero Ibrahim Ahmed, esposa de Jalal Talabani, es una de las más influyentes personalidades del Kurdistán iraquí, además de ser una de las primeras dirigentes de la UPK, a cuyas filas se sumó en 1977, en plena guerra de guerrillas, como Nasrin Berwari, ministra de Administración y Servicios Sociales en el primer

Gobierno iraquí tras la invasión angloamericana de 2003, o Parwen Babaker Hama, ejecutiva siempre de elegante y atractiva presencia, que estaba al frente de los ingenieros de la Wza Petroleum Company, importante empresa a la que representaba en los encuentros internacionales. La lista podría continuar, pero, si hubiera que destacar un ejemplo entre todas ellas, habría que citar a Leyla Zana, una mujer autodidacta, casada a los 15 años con Mehdi Zana, que era 20 años mayor que ella. Resultó que Mehdi era un conocido activista del Partido del Trabajo que acabó siendo alcalde de Diyarbakir. Al producirse el golpe de Estado de 1980, fue encarcelado y Leyla, que ya tenía una fuerte personalidad, se puso al frente de las familias de los presos porque eran repetidamente maltratadas cuando iban a visitar a sus allegados, convirtiéndose en una indiscutible líder de todo el movimiento kurdo. En 1991 duplicó en votos a sus compañeros de lista, todos hombres, siendo la primera mujer kurda en entrar en la Asamblea Nacional de Turquía. Al jurar su cargo, hizo votos por la amistad entre kurdos y turcos, una referencia que provocó una violenta trifulca en el hemiciclo solo por haber utilizado la palabra «kurdos». Después, Leyla sería procesada, junto a los otros seis compañeros de Parlamento, por colaboración con el terrorismo. Leyla fue condenada en 1994 a 15 años de prisión. Su imagen serena, rodeada de soldados, mientras se defendía ante el tribunal, elegantemente vestida a la europea y con una larga melena negra que le caía sobre los hombros es todo un símbolo el protagonismo político que ha alcanzado la mujer kurda. Su encarcelamiento fue uno de los principales obstáculos en las negociaciones con la Unión Europea. Un año después, el Parlamento Europeo le concedía el Premio Sajarov de Derechos Humanos, su mayor y más prestigioso galardón internacional.

LAS AMAZONAS DE MUSA ANTER

El antropólogo e historiador Musa Anter, cuando fue asesinado el año 1992, llevaba tiempo investigando este especial protagonismo de la mujer. En junio de 1991 había publicado un artículo en el

semanario *Yeni Ulke* bajo el título «El lugar de las mujeres en la historia kurda», en el que ponía el ejemplo de varias jefas tribales, como Perijan, de la tribu de los ramán, o Shamsi, que gobernó a los urmayán, pero sobre todo hablaba de su propia madre, Fasla, que dirigió a los temika hasta su fallecimiento en 1963 y a la que consideraba primera *mukhtar* (alcaldesa) de Turquía. Musa Anter explicaba esta característica diferencial del pueblo kurdo debido a la persistencia de elementos preislámicos y precristianos vinculados a la religión mazdeísta. Se refería, por ejemplo, al caso de las amazonas, que Herodoto sitúa al este del río Hilys (actual Kizilirmak), que, según el historiador griego, participaron en la guerra de Troya, y que, de acuerdo con las hipótesis de Musa Anter, pertenecerían a pueblos de composición indoeuropea como los escitas o los medos. Esta teoría estaría avalada por los enterramientos escitas, aliados de los medos frente al Imperio asirio, donde se han encontrado armas junto a esqueletos pertenecientes a mujeres guerreras. El hecho histórico de que las mujeres siguieran participando en los combates, bien suministrando munición e incluso disparando, así como la mayor libertad de la que gozan entre los yezidis y alevis, las dos religiones más vinculadas a la fe de Zoroastro, también tendría que ver con esa hipótesis.

Chinar Saad Abdulah, hija de uno de los líderes del PDK asesinados en el atentado de 2 de febrero de 2004 y ministra de Víctimas Anfal en el KRG el año 2006, también estaba convencida de que las reminiscencias zoroastrianas estaban detrás de este mayor protagonismo sociopolítico. Y una posición similar mantenía Abdulá Ocalán en sus escritos de la prisión de Imrali. En su opinión, ha sido la destrucción del ámbito rural, donde, de forma natural, se conservaban residuos de la antigua sociedad matriarcal, y la imposición del nuevo hábitat urbano lo que ha facilitado la consolidación del patriarcado y de estructuras de poder antinaturales, como son el Estado o la religión entendida como instrumento de dominación cultural, sea esta musulmana, cristiana o yezidi. Por esta razón, había que volver a ese modo de vida en el que las personas, las familias y las pequeñas comunidades regían sus propias vidas sin que interviniera el Estado o cualquier otra jerarquía ajena a la vida «natural». María Sancho, que estuvo trabajando como profesora de inglés en la Universidad de

Suleimaniya (45 por ciento de estudiantes mujeres), explicaba que sus alumnas tenían la sensación de ser menos libres que sus abuelas. Según comentaban, entre sus abuelas y ellas se había producido una verdadera transformación social. La campaña genocida Anfal, que había marcado la vida de sus madres, había diezmado numerosas familias y desvertebrado socialmente regiones enteras al ser desplazada su población, bien para aniquilarla físicamente o para reasentarla en concentraciones urbanas nuevas, junto a familias procedentes de otros lugares que no conocían. En muchos casos, estas «aldeas estratégicas» estaban a 100 o 200 kilómetros de los lugares donde habían vivido generación tras generación durante siglos.

SOCIABILIDAD ROTA

En la sociedad tradicional, incluso en caso de conflicto grave, siempre estaba la figura del jefe tribal, del agha o del cheik local que, valiéndose de su prestigio y autoridad, hacía de intermediario. Una de las intercesiones más comunes, por ejemplo, era la fuga de una pareja de enamorados cuya relación no era aceptada por los padres. En muchas ocasiones, eran estos jefes intermedios quienes hablaban con los padres y los fugados para llegar a una solución. Yasar Kemal, en varias ocasiones a la puerta del Nobel de Literatura, recoge este tipo de situaciones en esa pequeña joya literaria que es *La furia del monte Ararat*, donde el señor del castillo de Hoshaw intercede por los amantes fugados ante el pachá de Bayazit. Esta desvertebración social se vio reforzada después con el intenso proceso de urbanización, que también colocó a miles de familias fuera de su ámbito natural. En las nuevas aglomeraciones urbanas estos lazos orgánicos, tribales o clánicos desaparecían, el entorno ya no tenía nada que ver con ese protagonismo de la mujer en la aldea y las personas con las que se encontraba por la calle tampoco tenían relación alguna con su familia. Si antes la mujer suponía una contribución fundamental en la vida de la aldea e incluso tenía sus propios espacios de sociabilidad, sacando el ganado, lavando en el río o yendo al mercado ambulante, ahora no

pintaba nada fuera de casa y tenía que protegerse de todos porque no conocía a nadie.

Este fue el caldo de cultivo que a finales de los noventa y a comienzos del actual milenio aprovecharon los ascendentes, activos y acaudalados movimientos islamistas. La mujer no podía deshonrar a su familia exponiéndose al miramiento de extraños; a los hermanos, a los padres no se les podía hacer eso, como si fuera una prostituta; en la calle, por lo tanto, había que cubrirse para protegerse a sí misma y a la familia. En esa impresionante recopilación de fotos históricas de Susan Meisalas —*Kurdistan. In the Shadow of History*— hay imágenes de mujeres tomadas a finales del siglo XIX a las que prácticamente se le ven los pechos. Las jóvenes de hoy, en ciudades como Arbil, Dahok o Suleimaniya, se ven obligadas a cubrirse, al menos el pelo, con un pañuelo para no provocar habladurías. También en estos años, en las ciudades, comenzaron a ser frecuentes los insultos a las viandantes que iban poco cubiertas y, en algunas ocasiones, como ocurrió en Arbil, eran perseguidas a pedradas hasta que les daban refugio en un comercio o en una casa ajena. En este clima hubo un repunte de los crímenes de honor, que se diferencian de la violencia doméstica o de género de las sociedades occidentales. En estos casos, las víctimas suelen ser mujeres jóvenes y solteras, los victimarios, parientes cercanos, incluso los hermanos y hasta los padres, y el motivo fundamental, mancillar el honor de la familia, comportarse o vestirse en público, ante desconocidos, de forma inmoral, aparte de negarse a matrimonios concertados a espaldas de la hija.

EL CASO DE DUA

Se cuentan por miles los crímenes de honor denunciados por las organizaciones de mujeres kurdas tanto en Irak como en Irán, Turquía o Siria. La Organización de Mujeres Independientes publicó a finales de los noventa un informe —*Help! A voice from Kurdistan, Iraq*—, firmado por Rega Raouf y Muzafar Muhyamadi, en el que detallaban cientos de casos, calculando que en esa época y solo en el Kurdistán iraquí los crímenes de honor habrían costado la

vida a más de 3000 mujeres. Sin embargo, el caso que dio la vuelta al mundo fue el de Dua Jalil Aswad, asesinada el 7 de abril de 2007 por miembros de su familia y otros vecinos de Bashika, localidad bajo control del Gobierno kurdo en la planicie de Nínive y habitada por yezidis, suníes, shabaks y cristianos. Dua, de familia yezidi, estaba enamorada de un joven musulmán y huyó con él, lo que provocó las iras de la familia, ya que, para casarse con un musulmán, debía abrazar esa fe, algo inaceptable para un yezidi. Como solía ocurrir, intervino un notable local en cuya casa, al parecer, se refugió mientras las aguas volvían a su cauce. La familia la convenció para que regresara a casa, pero, en el camino, fue asaltada por un numeroso grupo de personas que la asesinó a pedradas. La diferencia de este caso con los otros es que en el año 2007 ya estaba extendida en el Kurdistán la red de telefonía móvil y alguien grabó la lapidación y la difundió por las redes sociales. Miles de jóvenes de varias ciudades se lanzaron a la calle protestando contra este y todos los crímenes de honor; en algunos casos, fueron atacados comercios de yezidis, y las principales organizaciones de mujeres organizaron caravanas de protesta exigiendo justicia. También aprovechó la ocasión el grupo Ansar al Islam para asesinar a una veintena de yezidis, bajándolos del autobús en el que se dirigían al trabajo y ejecutándolos en la cuneta; una bomba estalló por el mismo motivo en Tesqopa, localidad habitada por yezidis y cristianos, matando a 25 personas de ambas religiones. Los padres, que aseguraron no haber participado en el crimen, fueron detenidos por la policía junto a varios primos y hermanos, siendo acusados de un delito tipificado en el Código Penal kurdo.

El peligro del odio sectario no escapa a ninguna religión, corriente política o cultural. Hay cristianos que se niegan a sentarse a la mesa con musulmanes y musulmanes suníes que niegan la mano a los alevis; en una ocasión, un dirigente del partido cristiano Zowa (nacionalistas asirios) renegó de Margaret George, la mítica *peshmerga* a la que ya se ha aludido, calificándola de traidora a la causa siria; incluso dentro de sectores concienciados puede existir un rechazo radical a una mujer por conectar, voluntariamente o no, con *el enemigo*. Son muy conocidos los casos, porque así se ha denunciado en varias ocasiones, de rechazo social a mujeres que

fueron violadas durante la Campaña Anfal, un periodo en el que también hubo mandos del ejército iraquí que se quedaron con jóvenes kurdas, bien para disfrutar de ellas, bien para venderlas a un buen precio. Uno de los casos más conocidos fue el de la joven Tigrán, del Kurdistán turco, que fue detenida por la policía, torturada y violada. Tigrán quedó embarazada, pero, por convicción personal, decidió no abortar y tener el hijo. Fue expulsada de su comunidad y una asociación de mujeres tuvo que sacarla de su tierra, acogerla y llevarla a una gran ciudad para que, lejos de los suyos, pudiera rehacer su vida. También resulta más que significativo el debate que se abrió en el Kurdistán iraquí sobre el aborto, un tema tabú, cuando tras la ofensiva del Estado Islámico de 2014 todo el mundo se dio cuenta de que muchas yezidis, secuestradas y convertidas en esclavas sexuales, quedarían preñadas por los yihadistas.

ASOCIACIONES DE MUJERES

Todas las organizaciones importantes intentan erradicar los crímenes de honor y otros delitos contra las mujeres, en especial, la mutilación genital femenina, todavía practicada en algunas zonas. El Gobierno kurdo ha prohibido su práctica y los ulemas de las principales mezquitas han publicado fetuas (decretos coránicos) considerando tal práctica fuera del islam; sin embargo, las asociaciones en defensa de los derechos de la mujer acusan al Gobierno de Arbil de no poner medios suficientes para erradicar esta práctica o de pasividad ante el temor a perder base social. Como es lógico, la implicación de los partidos, que están sustituyendo en el poder efectivo a los jefes tribales, es mayor a medida que su orientación es más progresista. El PDKI, cuando controlaba territorios dentro de Irán a finales de los setenta y comienzos de los ochenta, enviaba piquetes armados a las casas de aquellos hombres que habían tomado o pensaban tomar una segunda esposa. No había castigo ni era detenido, pero aquellos *peshmergas*, con su Kaláshnikov en ristre, le advertían de que la poligamia no tenía sitio en la nueva sociedad que se estaba

construyendo. En Irak, la Organización Independiente de Mujeres, con el apoyo de grupos de izquierda, llegó a organizar operaciones de rescate en casas donde sabían que había mujeres encerradas como castigo desde hacía años, y la asociación Janzad de Suleimaniya tenía casas refugio para mujeres perseguidas o maltratadas que eran defendidas por militantes de la asociación pistola en mano.

Se cuentan por decenas las asociaciones de mujeres que en las distintas partes del Kurdistán llevan años luchando, con o sin apoyo internacional y siempre bajo durísimas condiciones, en defensa de los derechos de la mujer. El propio hecho de quitarse la vida antes que aceptar un marido no deseado o frente a las presiones morales de la familia es interpretado como una forma de mantener la dignidad personal en una situación sin salida. En otro sentido, las mujeres del Kurdistán iraní han convertido los vestidos tradicionales, llenos de colorido, elaborados con tejidos ligeros y sedosos que realzan los pechos, en otra arma de lucha contra las estrictas reglas dictadas por la República Islámica sobre la indumentaria femenina. Una mujer kurda de Irán me comentaba recientemente que, para evitar problemas con los *pasdaranes*, muchas bodas se celebran en locales cerrados y que, a la hora del baile, las chicas se desinhiben quitándose algo más que el chador obligatorio.

Cuando el grupo Jund al Islam fue desalojado de Beyara, donde colocó la capital de su emirato, pregunté a un lugareño lo peor que había vivido bajo dominación yihadista; me respondió que tender la ropa. Ante mi sorpresa, explicó que Jund al Islam no permitía a las mujeres salir de casa sin cubrirse totalmente con chador o *niqab*. Su mujer le dijo que, entonces, prefería no salir de casa y, como normalmente la ropa se tendía fuera, le tocó al marido poner pinzas a bragas, calzoncillos y sujetadores. El cambio de mentalidad respecto a la cuestión de la mujer fue recogida por Yilmaz Guney en la galardonada película *Yol* (El camino), concretamente en la escena en que los padres de una mujer exigen al marido, recién salido de la cárcel, que cumpla la ley del honor y acabe con la vida de su propia hija porque se había acostado con otro hombre mientras él estaba en prisión. El protagonista se dispone a cumplir con el atávico mandato abandonando a su esposa, prácticamente sin

prendas de abrigo, en medio de una fuerte tormenta de nieve y en plena montaña. Sin embargo, cuando, pensativo, ya se está alejando del lugar, se da cuenta del error y regresa apresuradamente para evitar que muera congelada.

PARTICIPACIÓN POLÍTICA

En líneas generales, se podría decir que, dentro de la sociedad kurda, siempre ha existido una contradicción entre el tradicional protagonismo de la mujer y un dominio patriarcal reforzado por interpretaciones rigoristas del islam, y que, históricamente, en aquellos lugares donde el tradicional factor kurdo era preeminente, la situación de la mujer era más aceptable que donde era reemplazado por elementos de dominación exterior, con los que la vida cotidiana de la mujer experimentaba un considerable retroceso. Sin embargo, igualmente es cierto que en las tres últimas décadas la aportación femenina ha dado un salto cualitativo considerable debido, sobre todo, a la actividad de las distintas organizaciones políticas, provocando un cambio de mentalidad que atraviesa transversalmente todas las capas de la sociedad, afectando por igual a mujeres, hombres, jóvenes, adultos e, incluso, a personas de avanzada edad, más reacias a cambios radicales. Pero ha sido en Turquía y después también en Rojava donde este cambio ha tenido una mayor plasmación institucional, hasta el punto de que los grandes partidos turcos se han visto obligados a reconocerlo públicamente. En las elecciones municipales de marzo de 2014, las candidaturas del BDP —el partido kurdo— estaban compuestas en un 55 por ciento por mujeres, prácticamente todas ellas con posibilidades de salir elegidas alcaldesas, ya que el BDP defendía la paridad en las alcaldías; junto a un hombre debía haber también una mujer al frente de los ayuntamientos. Los grandes partidos turcos —el socialdemócrata CHP, el islamista AKP y el ultranacionalista turco MHP— presentaban porcentajes insignificantes que no pasaban del 4 por ciento. Para las elecciones generales de junio de 2015, el HDP —la coalición kurda— presentaba 268 candidatas, casi el 50 por ciento del total, mientras

que CHP tenía 103, el AKP, 99 y el MHP, 40, una diferencia más sustancial si se tiene en cuenta que el partido kurdo no podía abarcar la totalidad de los distritos, como sí podían hacerlo los demás.

Ese cambio de mentalidad colectiva se exteriorizó en la impresionante concentración de casi un millón de personas que se celebró el 17 de enero de 2013 en Diyarbakir para recibir los cuerpos de Sakine Cansiz, Fidan Dogan y Leyla Soylemez, las tres activistas kurdas que habían sido asesinadas en París una semana antes —el 9 de enero—, según las conclusiones de la policía francesa por una persona vinculada a los servicios secretos turcos. Sakine Cansiz era una de las dos mujeres que habían participado en la fundación del PKK. La otra era Kesire Yildirim *Fátima*, compañera de Abdulá Ocalán. Se puede decir sin margen de error que más del 90 por ciento de ese millón de personas concentradas en la antigua Amed pertenecían a familias musulmanas suníes y, sin embargo, acudieron allí para apoyar a unas mujeres no por su religión —Sakine y Fidan eran alevis y Leyla, yezidi—, sino por su defensa de los derechos de la mujer y de la causa kurda; todos conocían el sentido de su militancia y todos vieron que los féretros descansaban sobre telas de color lila, símbolo del feminismo, y estaban cubiertos con la bandera del PKK.

Pero aun teniendo estos hechos una indudable proyección social, tanto a nivel nacional como internacional, aún más determinante ha sido la presencia de las mujeres de Rojava en la lucha contra el Estado Islámico para desmitificar y romper los estereotipos extendidos en todo el mundo sobre el papel de la mujer musulmana en Oriente Medio. La paridad en los cargos directivos también era norma dentro de las instituciones puestas en marcha por el PYD en los tres cantones autónomos (Afrín, Kobani y Yazira), reservándoles una cuota del 40 por ciento en los órganos electivos. Las mujeres de Rojava tienen su propia organización —*Yekitiya Star* (Unión Estrella)— y han puesto en marcha medidas legales contra los matrimonios forzados, la poligamia, la mutilación genital femenina, los crímenes de honor y otras formas de violencia contra la mujer, aparte de mejorar las condiciones administrativas en la solicitud de divorcio, la transmisión de herencias y de poner en marcha numerosos proyectos de capacitación, cultural, profesional y

política. Sin embargo, han sido las jóvenes guerrilleras de las Yekineyen Parastina Jin (Unidades de Protección de la Mujer), integradas en las YPG, las que, combatiendo y muriendo contra la barbarie yihadista, mostraban todos los días y a todo el mundo que puede existir una sociedad musulmana donde la mujer tenga una participación social de primer orden. Las de Rojava se convertían así, debido a la especial sensibilidad que existe respecto a la cuestión femenina dentro de las sociedades musulmanas, en una revolucionaria referencia no solo para las mujeres del resto de Siria, sino del conjunto de Oriente Medio, creando un umbral de esperanza para la consecución de sus derechos y para alcanzar nuevas cuotas de libertad.

CAPÍTULO 9

PLURALISMO Y DIVERSIDAD EN ORIENTE MEDIO

No hace falta ser un experto en asuntos militares para comprender que el Estado Islámico lanzó en septiembre de 2014 todas sus fuerzas contra Kobani, cantón autónomo en el centro de la frontera turca, para aislar las otras dos regiones kurdas en el norte de Siria: Afrín, próxima al Mediterráneo, y Yazira, colindante con el Kurdistán iraquí. De esta forma, si acababa con la resistencia de Kobani, se podría lanzar sobre la Yazira y, después, sobre Afrín, desbaratando así ese proyecto autonómico y, sobre todo, controlando una impresionante ventana al exterior de más de 800 kilómetros que les permitiría multiplicar el número de combatientes extranjeros y garantizar la llegada de todo tipo de suministros. Parece también indudable que, alcanzando tal fuerza militar y geográfica, el califato instaurado por Abubaker al Bagdadi en Mosul se encontraría en disposición de fagotizar al resto de los grupos islamistas, incluido el Frente al Nusra (Al Qaeda) y, después, lanzarse sobre Damasco y Bagdad, completar el dominio de los dos países y, tal vez, continuar su expansión hacia el Líbano, Palestina e Israel.

Ese hipotético escenario hizo que las potencias occidentales rompieran con la estrategia mantenida por Turquía y Arabia Saudí; consistía en apoyar una Coalición Nacional teóricamente integrada por todas las comunidades sirias, aunque, en la práctica, dominada

por los Hermanos Musulmanes, pero, sobre todo, opuesta a que el PYD, el principal partido kurdo, participara en cualquier foro de oposición. De hecho, la Coalición Nacional permaneció en silencio no solo cuando en septiembre de 2014 los yihadistas se lanzaron a destruir Kobani, sino durante los dos años que las YPG llevaban rechazando, sin ningún tipo de ayuda internacional, continuas embestidas de los seguidores de Al Bagdadi, del Frente al Nusra y de otras organizaciones semejantes. La situación fue tan crítica que Tayip Erdogán, sin poder disimular su satisfacción, se precipitó al anunciar que Kobani caería en dos días. La táctica yunque-martillo funcionaba. Las milicias kurdas eran aplastadas contra el infranqueable muro fronterizo, donde, en todo caso, la policía turca se aprestaba a cazar los «terroristas» de las YPG que, en su huida, lograran cruzar la línea divisoria. Pero no ocurrió así. Para los principales estados occidentales, de forma especial Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, resultaba inasumible alimentar, voluntaria o involuntariamente, el monstruo que aterrorizaba a todo el mundo decapitando periodistas y cooperantes, quemando vivos o ahogando en jaulas bajo agua a los prisioneros, realizando crucifixiones, lapidando mujeres acusadas de adulterio, tirando al vacío desde lo alto de los edificios a los homosexuales, haciendo desaparecer a sacerdotes y obispos y vendiendo en los mercados mujeres yezidis como esclavas sexuales, aparte de arrasar el valioso patrimonio histórico-artístico de la antigua Mesopotamia. Pese a las airadas protestas de Ankara, la aviación internacional comenzó a dar, tras dos años de pasividad, cobertura aérea a las YPG, lanzándoles también en paracaídas armamento y munición. Fueron necesarios seis meses de lucha barrio por barrio, calle por calle y casa por casa para que los hombres y mujeres de las YPG proclamaran en marzo de 2015 la primera gran victoria sobre el Estado Islámico.

EL PRINCIPIO DEL FIN

A partir de ese momento, no dejaría de perder terreno, iniciándose así su lento pero progresivo final. A la victoria de Kobani habría que

sumar la ruptura del asedio de Amerli, ciudad iraquí habitada por turcomanos chiíes; después Jalawla, al norte de la provincia de Diyala, también en Irak, prácticamente en la frontera iraní; a continuación, los yihadistas serían desalojados de la frontera de Tel Abyad, principal vía de suministros desde Turquía; los barrios meridionales de Hasaka, igualmente en Siria, donde se habían hecho fuertes; más tarde, Sinyar, capital de los yezidis iraquíes, y después las localidades sirias de Al Hol y Saadadi, cortando así las estratégicas rutas que unían Raqqa y Mosul, sus principales centros de poder, respectivamente, en Siria e Irak. Una tras otra, las ofensivas, a veces anunciadas con semanas de anticipación, alcanzaban sus objetivos sin que el Estado Islámico pudiera hacer nada para impedirlo. De esta forma, fracasados los sucesivos intentos de Turquía de crear una fuerza islamista moderada, ya que una tras otra eran neutralizadas o engullidas por el Estado Islámico o el Frente al Nusra, los kurdos emergían como los únicos capaces de hacer frente, sobre el terreno y de forma efectiva, al yihadismo; no solo suponían una población de millones de personas y con un territorio homogéneo que defender, sino que, además, contaban con organizaciones políticas veteranas, bien estructuradas y experiencia militar. La relevancia sin precedentes que había alcanzado el factor kurdo en la crisis de Oriente Medio quedó plasmada en la fotografía que el 8 de enero de 2015 recogía la recepción del presidente francés, François Hollande, en los lujosos salones del Elíseo, recibiendo oficialmente a una delegación del PYD compuesta por la copresidenta del partido, Asya Abdulah, su representante en Europa, Khaled Issa, y, en uniforme de combate, la comandante Nesrín, líder de las mujeres que combatían en Kobani.

En el Kurdistán iraquí también se habían vivido momentos de extremado peligro; las fuerzas califales parecían invencibles; tras ocupar Mosul, Ramadi, Faluya, Tikrit, paralizar en Baji la mayor refinería de Irak y haberse colocado a las puertas de Bagdad, se habían lanzado a conquistar el Kurdistán. El padre caldeo (católico) Douglas Bazi, secuestrado y torturado durante días por un grupo islamista, explicaba gráficamente que los errores políticos de la coalición internacional y del Gobierno de Bagdad habían convertido a una plaga de ratones en un temible ejército de dragones. Lo ocurrido era de manual. En 2011, al quedar Irak en manos del

Gobierno sectario de Al Maliki (chií), el llamado «triángulo suní» —provincias de Anbar, Ninive y Salahatín— fue abandonado a su suerte mientras concentraba los recursos para la reconstrucción en las zonas chiíes. Al mismo tiempo, se ponían en pie unas nuevas fuerzas armadas igualmente al servicio exclusivo del Gobierno central y se disolvían las milicias tribales que, con la colaboración de Estados Unidos, habían logrado neutralizar la actuación de Al Qaeda. Esta situación creó un clima generalizado de revuelta, con masivas manifestaciones y concentraciones de protesta popular. Solo en la ciudad de Hawija, cerca de Kirkuk, al menos 50 personas murieron y más de un centenar resultaron heridas cuando en abril de 2013 una multitud fue disuelta a tiros por unos militares que eran vistos más como fuerza de ocupación que como ejército propio. Era el caldo de cultivo adecuado para reavivar la insurgencia. Cuando en junio de 2014 el Estado Islámico, con otros grupos de la resistencia iraquí, lanzó su gran ofensiva sobre Mosul, los soldados chiíes no estaban dispuestos a morir por una tierra que no era la suya, sobre todo si los primeros en desertar eran los mandos; simplemente, se deshicieron del uniforme y se pusieron a buen recaudo. De la noche a la mañana, de las 14 divisiones que tenía el ejército iraquí, la mitad se había esfumado, dejando en manos de los yihadistas ingentes cantidades de armamento moderno facilitado por Estados Unidos, incluidos tanques, blindados, sofisticados misiles y hasta helicópteros artillados.

En el Kurdistán no solamente habían sido diezmados los yezidis de Sinyar; ciudades con cientos de miles de habitantes, como Dahok, Arbil o Kirkuk, se vieron directamente amenazadas. Las avanzadas del califato se colocaron a 40 kilómetros de la capital. Hubo familias que hicieron las maletas y, como en 1975 y 1991, emprendieron la huida hacia el norte por la carretera de Shaklawa. Las emisoras de televisión tuvieron que difundir mensajes del Gobierno asegurando que la situación estaba bajo control para evitar una estampida colectiva que nadie podría controlar. La sensación de caos se intensificó al cesar, también de la noche a la mañana, la venta de gasolina. Pese a sus grandes reservas de petróleo, la práctica totalidad del combustible procedía de la refinería de Baji, paralizada por los combates. En todas las estaciones de servicio se formaron colas kilométricas de coches que

tenían que esperar días enteros para llenar el depósito. Si realmente se hubiera producido un nuevo éxodo, la población civil habría quedado a merced de los yihadistas. El vacío dejado por la deserción del ejército iraquí fue ocupado por los *peshmergas*, que debían defender un frente de más de 700 kilómetros a lo largo de Sinyar, la planicie de Nínive, Makhmur, Kirkuk, Tuz Jormatu y el norte de Diyala. Kirkuk llegó a estar prácticamente rodeado y la UPK se aprestó a su defensa, advirtiendo que, como en los otros territorios disputados con Bagdad, pero ahora abandonados, los *peshmergas* ya no se retirarían jamás. La región administrada por el Gobierno de Arbil comenzó a recibir nuevas oleadas de refugiados, que se sumaban a las anteriores procedentes de Turquía, Irán o Siria; ahora llegaban por miles de Mosul, Sinyar, cristianos de las planicies de Nínive, shabaks, árabes suníes de las provincias de Anbar, Salahatín e incluso de Bagdad. Prácticamente todos los cristianos de Irak terminaron reasentándose en el Kurdistán. A comienzos de 2015, dependían del Gobierno kurdo cerca de un millón de refugiados en una región donde vivían cinco millones de personas; era como si España acogiera de repente a 10 millones de desplazados.

PROPUESTA FEDERAL

Entre los nuevos refugiados también se encontraban antiguos miembros del Baath que habían colaborado con las nuevas autoridades tras la invasión angloamericana de 2003, como ocurría con el gobernador de Mosul, Athil Nujaifi; también baasistas del ejército Naqshbandiya, liderado por Izzat Ibrahim al Duri, vicepresidente con Sadam, que primero se habían unido al Estado Islámico y luego tuvieron que huir. Entre estos sectores, antes fervientes defensores de un Estado unitario, comenzaba a cuajar la idea de un Irak federal con tres o cuatro regiones autónomas. Nujaifi, que ahora tenía en Arbil su base de operaciones para recuperar Mosul, era uno de los partidarios de que los árabes suníes tuvieran un autogobierno semejante al de los kurdos, como exigían desde hacía tiempo las principales fuerzas chiíes de la sureña

Basora. El Kurdistán iraquí se había convertido en una referencia para el resto de Irak, un ejemplo de desarrollo económico y pluralismo político que permitía la coexistencia de numerosos partidos, de los que tenían representación en el Parlamento regional el PDK con 38 diputados, la UPK con 25, Gorán (Cambio) con 23, la Unión Islámica del Kurdistán (UIK) con 7 y el Grupo Islámico del Kurdistán (GIK) con 5, además de varios escaños reservados para las minorías cristiana y turcomana. Una posición muy similar defendían el PDKI y Komala en Irán. Ambos formaban parte del Congreso de Nacionalidades para un Irán Federal, junto a partidos azeríes, baluches, turcomanos, árabes, lures y bakhtiaris. Esa misma filosofía estaba detrás de la fundación en Turquía del Partido Democrático de los Pueblos (HDP), coalición formada no solo por kurdos, sino también por alevis, asirios, armenios y yezidis, además de partidos de izquierda, sectores progresistas y personalidades vinculadas al movimiento ecologista o al feminismo; a todos les unía la necesidad de frenar la deriva de Tayip Erdogán hacia un islamismo totalitario.

En el fondo se trataba de dos concepciones sociopolíticas no solo incompatibles entre sí, sino que el triunfo de una suponía la destrucción de la otra. Por lo general, para un kurdo, como para un catalán, vasco, gallego, escocés o bretón, lo prioritario es la defensa de un proyecto cultural propio, de unas referencias históricas muy anteriores al surgimiento del islam y del cristianismo; la religión, sin dejar de ser importante, siempre quedaba en segundo plano. Este esquema mental hacía compatible un sunismo mayoritario con otras corrientes musulmanas y religiones no mahometanas. Se trata de una concepción religiosa que pulveriza los fundamentos del islamismo radical, según el cual la religión es el principio básico de cohesión social, de la normativa sobre comportamiento social y del ordenamiento político y jurídico. En todo caso, «las religiones del libro» —cristianismo, judaísmo y mazdeísmo, admitidas en el Corán — podrán ser practicadas, pero de forma subordinada a la hegemónica. A grandes rasgos, la única forma de preservar este pluralismo y diversidad, que se había mantenido durante siglos en Oriente Medio, consistía en impulsar sistemas políticos de carácter federal y democrático no necesariamente mimetizados de los occidentales. La irrupción de corrientes islamistas autoritarias son

percibidas, en este sentido, como una agresión exterior, como una amenaza a la forma de vida tradicional. Por esta razón, cuando se coloca a un kurdo musulmán ante la única disyuntiva de elegir entre religión y su pueblo, como había hecho Erdogán en las últimas campañas electorales, los votantes daban la espalda a los proyectos islamistas. Y esta es también la razón por la que miles de familias kurdas en Irak, Siria, Turquía o Irán enviaban a sus hijos e hijas a luchar contra los yihadistas pese a ser suníes como ellos. Se calcula que, entre 2014 y 2015, no menos de 2000 jóvenes habían perdido la vida en este trascendental combate.

Si esta realidad no había sido perceptible en las sociedades occidentales hasta la crisis del Estado Islámico simplemente era porque las potencias internacionales, para mantener la estabilidad en estas zonas de tanto valor estratégico, siempre han apostado por regímenes dictatoriales o, en su defecto, por sistemas islamistas totalitarios. Esto es lo que ocurrió en Afganistán con los talibanes, pero también con Sadam Husein y Al Maliki en Irak, con la dictadura monárquica del *sha* en Irán y después con el «diálogo crítico» frente al jomeinismo mientras se mantenían «excelentes relaciones» con la dictadura siria, se aceptaban sin rechistar los sucesivos golpes militares en Turquía y Tayip Erdogán era erigido a la Presidencia de la Alianza de Civilizaciones en compañía del dirigente socialista español José Luis Rodríguez Zapatero. En Siria, esta filosofía había abierto el camino para una «tercera vía» alternativa frente al régimen de Bachar al Asad y ante una oposición dominada por la «hermandad musulmana»; las Fuerzas Democráticas Sirias, impulsadas por el PYD, no dejaban de sumar apoyos por parte de antiguas unidades del ELS, cristianos asirio-caldeos, grupos de izquierda, yezidis e incluso partidos turcomanos y milicias tribales árabes.

ESCALADA REPRESIVA EN TURQUÍA

En Turquía, sin embargo, el Gobierno de Erdogán, pese a que en las elecciones generales de junio de 2015 el HDP había conseguido casi siete millones de votos (el 13 por ciento de todos los votos

emitidos), a lo que había que sumar el control de 2000 pueblos y ciudades, algunas de las principales de Turquía —Diyarbakir (un millón de habitantes), Van (500 000) y Batman (400 000)—, reducía el fenómeno del HDP a ser «el brazo político» de un grupo terrorista. Pero incluso seguir considerando al PKK, tras más de 30 años de guerra no declarada con el segundo mayor ejército de la OTAN, exclusivamente «un grupo terrorista» ya no se correspondía con el sentido común. En 2015 el PKK era capaz de mantener «zonas liberadas» dentro de territorio turco, combates abiertos que duraban días enteros y, de forma simultánea, controles en decenas de carreteras y autovías en varias provincias. Solo en la segunda mitad de ese año, el ejército turco aseguraba haber puesto fuera de combate a unos 3000 de sus guerrilleros y, pese a ello, también contaba cientos de combatientes luchando contra el Estado Islámico al lado de las fuerzas internacionales en los frentes iraquíes de Sinyar, Makhmur y Kirkuk, y en las regiones sirias de Afrín, Kobani y Yazira, dejando a un lado las unidades que permanecían en sus bases del norte de Irak, objetivo preferente y constante de la poderosa aviación turca. El propio Gobierno de Ankara había aceptado esta realidad al iniciar el año 2012 negociaciones con el PKK, negociaciones que, por cierto, habían culminado en los denominados «acuerdos de Dolmabahce» el 28 de febrero de 2015.

El giro de 180 grados dado por Erdogán a su política kurda tras las elecciones de junio de ese año solo se explica por la humillante derrota sufrida a manos del HDP que, de forma totalmente imprevista, irrumpió en el Parlamento como cuarta fuerza política y un grupo parlamentario de 80 diputados que echaban por tierra sus planes de modificar la Constitución, instaurar un sistema presidencialista y dotarse de los poderes necesarios para culminar su vía democrática a la islamización de la sociedad. Ahora, su ansiado sueño quedaba roto; así lo reconoció en una conversación con los periodistas a bordo del avión con el que regresaba de un viaje oficial a China en el mes de julio. El AKP, su partido, había sido barrido de las principales provincias kurdas. Se dispuso, entonces, a resolver el problema, aunque eso implicara pagar un precio muy elevado. Decenas de miles de soldados y policías, apoyados por blindados, artillería y aviación, se lanzaron no solo contra las zonas de guerrilla, sino también contra las distintas

organizaciones del movimiento kurdo, y los 2000 municipios, conquistados democráticamente en las últimas elecciones locales, fueron investigados por supuesto apoyo al terrorismo. Se llevaron a cabo cientos de operaciones aéreas, según afirmó el Gobierno, con el objetivo de golpear tanto al Estado Islámico como al PKK, pero en realidad el 99 por ciento de esas operaciones estaban dirigidas contra los kurdos. El ejército turco seguía manteniendo una actitud ambigua respecto a las organizaciones yihadistas que actuaban en Siria, y en algunas ciudades las unidades *antiterroristas* no ocultaban sus simpatías dando gritos de *Allahu Akbar* o escribiendo en los muros consignas como *Esedullah timi burda* (Los Leones de Alá ya están aquí). Otras pintadas aún eran mucho más inquietantes: *Kurdun oisine kan deydi korkun* («El lobo ya huele la sangre») o «Chicas: ¡ya hemos llegado!», avisando que se disponían a violar a las mujeres que, por luchar junto a los hombres en el PKK, solo merecían ser tratadas como prostitutas.

Erdogán tampoco ocultaba sus preferencias. No en una sino en varias ocasiones declaró públicamente que su principal enemigo no era el Estado Islámico, sino el PKK, reiterando, de paso y cada vez que podía, que jamás permitiría una autonomía kurda en el norte de Siria porque el PYD no era más que una franquicia del PKK. Algunos dirigentes del AKP, también públicamente, llegaron a decir que preferían los crímenes del Estado Islámico a los del PKK. Documentos de diferentes procedencias, tanto del Gobierno kurdo de Irak como de las autoridades de Rojava, pero también de distintos servicios de inteligencia occidentales, suministraron pruebas de la colaboración existente entre el ejército turco y sus servicios secretos (MIT) con los yihadistas. Entre estas pruebas están las conversaciones telefónicas emitidas por la emisora francesa Europe 1 y el periódico turco *Cumhurriyet*, en las que se oye cómo mandos turcos dan instrucciones a responsables del Estado Islámico, a los que tratan con familiaridad, para que sus voluntarios puedan cruzar la frontera de forma segura. También eran numerosas las empresas turcas que suministraban componentes para la fabricación de explosivos, como puso en evidencia un informe del Conflict Armament Research (CAR), fundación con base en Londres vinculada a la Unión Europea. Por denunciar el envío de camiones fletados por el MIT con armas para los grupos yihadistas de Siria

fueron procesados y encarcelados Can Dundar, director del citado rotativo turco, uno de los más importantes y prestigiosos de ese país, y el jefe de la redacción de Ankara, Erden Gul, acusados de espionaje, divulgación de secretos de Estado y tentativa de golpe de Estado. La Fiscalía pidió para ellos la pena máxima: cadena perpetua. Cuando *Cumhurriyet* publicó la citada información, Tayip Erdogán la calificó de traición a Turquía y aseguró que los responsables «lo pagarían caro». Can Dundar y Erden Gul permanecieron tres meses en la prisión de Silivri, que Dundar calificó de «campo de concentración», hasta que el 25 de febrero de 2016 el Tribunal Constitucional ordenó su puesta en libertad. Nada más quedar libres, el presidente turco dijo que no aceptaría la resolución del alto tribunal y que, además, ni la iba a respetar ni obedecer.

ORGÍA DE SANGRE EN LA OTAN

También, como parte de su ofensiva antiterrorista, entre finales de 2015 y comienzos de 2016, el ejército turco entró a sangre y fuego en la veintena de ciudades que habían rechazado la autoridad del Estado autoproclamando el autogobierno y organizando unidades de autodefensa para impedir la entrada de la policía. En medio del silencio internacional, ciudades como Idil, Silopi, Nusaybin, Silvan, Yuksekova, Sirnak, Cizre o el casco antiguo de Diyarbakir vivieron un clima de barbarie y salvajismo que no tenía nada que envidiar a la guerra siria, aunque ahora ocurría en un país de la Alianza Atlántica. Con carta blanca para actuar, bajo «toques de queda» considerados ilegales por algunos juristas, decenas de miles de soldados y policías irrumpieron en los barrios donde había resistencia destruyendo a cañonazos, con explosivos y *bulldozers*, todo lo que les estorbaba para llegar hasta sus presas. Cientos de civiles, tal y como denunciaron las organizaciones en defensa de los derechos humanos, murieron por disparos, a veces realizados por francotiradores desde las azoteas. Cizre, histórica ciudad cargada de simbolismo por ser la cuna de Mem y Zin, los protagonistas de la epopeya escrita por Ehmede Xani en 1695, fue escenario de una de

las peores masacres registradas en esta escalada represiva sin precedentes. Más de 150 personas, muchas de ellas civiles, murieron de forma horrible al ser atacados con todo tipo de armas los tres sótanos donde se habían refugiado. Al menos un tercio de los cuerpos no pudieron ser identificados debido al estado en que se encontraban, en buena parte desmembrados o calcinados. Por Internet circularon fotografías en las que se veía a policías turcos exhibiendo el cuerpo desnudo de supuestas guerrilleras muertas, a las que previamente habían desprendido de toda la ropa. Situaciones similares se vivieron en el casco histórico de Diyarbakir, una de las ciudades más antiguas del planeta, rodeada de unas impresionantes murallas levantadas por los bizantinos del siglo IV y que acababan de ser declaradas patrimonio de la humanidad por la Unesco. De acuerdo con un informe del Partido Republicano del Pueblo (CHP), el principal de la oposición, de orientación kemalista y poco simpatizante con la causa kurda, el 80 por ciento de los edificios en las zonas bajo toque de queda, buena parte de ellos construidos con piedra de sillería y que habían sobrevivido a guerras y sublevaciones durante siglos, habían sido destruidos o dañados por las explosiones del ejército. Miles de profesores, intelectuales y artistas difundieron un manifiesto en el que pedían al Gobierno de Tayip Erdogán que detuviera lo que consideraban «masacres planificadas» y, en vez de la guerra, reactivara los acuerdos de Dolmabahce. Cientos de los firmantes fueron despedidos de sus trabajos y procesados por colaboración con el terrorismo. Orhan Pamuk, premio Nobel de Literatura 2006, dijo que Europa había renunciado a todos sus principios morales y éticos al guardar silencio ante esta orgía de sangre y represión por temor a que Erdogán les enviara nuevas oleadas de refugiados sirios, como había amenazado si no se aceptaba su forma de actuar. Un centenar de europarlamentarios también exigieron a la UE que pidiera a Turquía volver a la senda de la paz y que, además, retirara de la lista negra al PKK.

Incluso Erdogán echó mano de la excusa terrorista para boicotear en febrero y marzo de 2016 las conversaciones de paz sobre Siria auspiciadas por la ONU, Rusia y Estados Unidos en Ginebra. Así lo haría, dijo expresamente, si el PYD participaba en las negociaciones. Nadie, excepto Turquía, considera terrorista al

PYD; en este sentido, se habían expresado abierta y reiteradamente la Casa Blanca y los gobiernos de Alemania, Francia y Rusia. De hecho, el comisionado especial de la ONU para la paz en Siria, Steffan de Mistura, el secretario de Estado norteamericano, John Kerry, y el ministro de Exteriores ruso, Sergei Lavrov, insistieron en que el PYD debía sentarse junto al resto de los grupos opositores a Bachar al Asad. Y esto era así no solo porque ya nadie discutía que el PYD era un factor clave de la crisis, sino porque su propuesta basada en el respeto al pluralismo y diversidad de la sociedad siria, aunque estuviera en las antípodas del proyecto de Erdogán, podía ser una importante contribución a la hora de encontrar un nuevo sistema político. Pero el PYD, como otras organizaciones kurdas, apuntaba mucho más alto; su propuesta federal era válida no solo para Siria, sino para el conjunto de Oriente Medio porque suponía la verdadera alternativa a esa desfasada dicotomía entre dictadura e islamismo.

ANEXO

EL KURDISTÁN EN DATOS. MAPAS

EL KURDISTÁN EN DATOS (cifras aproximadas)

SUPERFICIE Y POBLACIÓN

Estados que dividen el Kurdistán: Turquía, Irán, Irak y Siria (hasta la década de los noventa existía un territorio kurdo homogéneo en la antigua Armenia soviética, en torno a la localidad de Lachín; tras la guerra de Nagorno Karabaj, en Armenia solamente quedan bolsas de población kurda dispersas).

Superficie total del Kurdistán: 450 000 kilómetros cuadrados.
Población total del Kurdistán: 36 millones de habitantes.

Turquía:

- 220 000 kilómetros cuadrados (28 % de la superficie total de Turquía).
- 20 millones de habitantes (28 % de la población total de Turquía).

Irán:

- 125.00 kilómetros cuadrados (7 % de la superficie total).

- 9 millones de habitantes (12 % de la población total).

Irak:

- 76 000 kilómetros cuadrados (17 % de la superficie total).
- 5 millones de habitantes (19 % de la población total).

Siria:

- 19 000 kilómetros cuadrados (10 % de la superficie total).
- 2 millones de habitantes (10 % de la población total).

IDIOMAS

- Kurdo; lengua indoerupea perteneciente al grupo indo-iranio.
- Está dividido en varios dialectos: kermanji (hablado en Siria, Turquía, norte de Irak y norte de Irán); sorani (mayoritariamente en Irak e Irán); zaza (hablado en la zona norte del Kurdistán turco); hawramani (en la región de Hawramán, en la frontera entre Irak e Irán, al sudeste de Suleimaniya).

RELIGIÓN

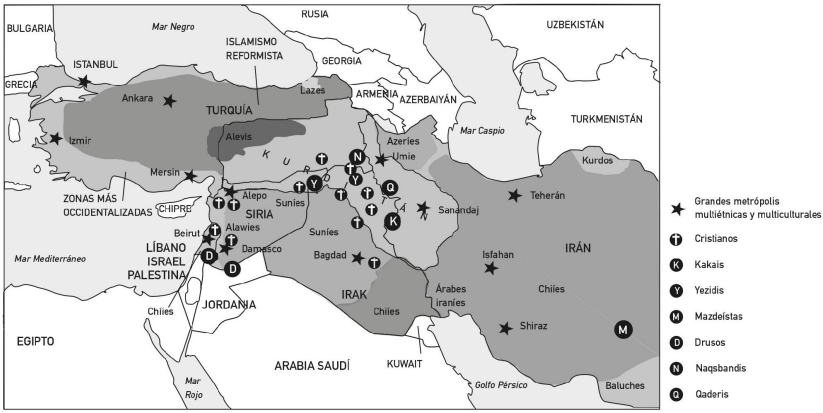
- 90 % musulmanes; fundamentalmente suníes, con gran influencia de las corrientes naqsbandi y qaderi; hay kurdos de religión alevi en Turquía y minorías chiíes al sur de la ciudad de Kermanshah, en Irán.
- 10 % de otras religiones, como cristianos, yezidis o kakais.

LA DIÁSPORA KURDA (2014)

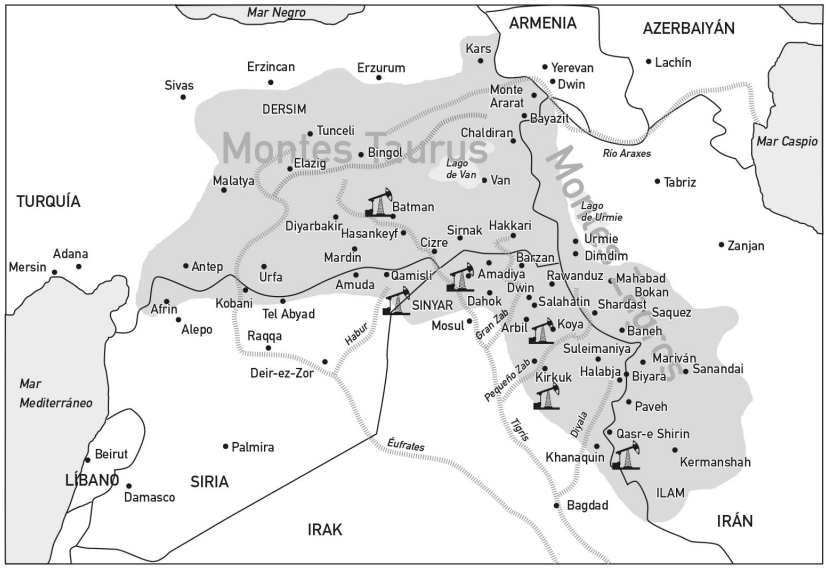
Alemania		700 000
Francia		200 000
Holanda		90 000
Suiza		80 000
Suecia		70 000
Austria		70 000
Reino Unido		60 000

Bélgica		60 000
EE UU		50 000
Grecia		30 000
Dinamarca		25 000
Canadá		25 000
Noruega		20 000
Italia		15 000
Finlandia		12 000
España		varios cientos

MAPA 1
DIVERSIDAD CULTURAL Y RELIGIOSA EN ORIENTE MEDIO
DISTRIBUCIÓN SIGNIFICATIVA DE LAS DISTINTAS SENSIBILIDADES



MAPA 2
MAPA POLÍTICO DEL KURDISTÁN


Mar Negro
ARMENIA
AZERBAIYÁN
Kars
Erzincan
Erzurum
Yerevan
Lachín
Sivas
Monte Ararat
Dwin
DERSIM
Bayazit
Tunceli
Chaldiran
Montes Taurus
Montes Zagros
Río Araxes
Mar Caspio
Bingol
Elazig
Lago de Van
Malatya
Van
Tabriz
TURQUÍA
Batman
Lago de Urmie
Diyarbakir
Hasankeyf
Sirnak
Hakkari
Urmie
Zanjan
Cizre
Adana
Mersin
Mardin
Barzan
Dimdim
Antep
Urfa
Amuda
Qamisli
Amadiya
Rawanduz
Mahabad
Dwin
Bokan
Afrin
Kobani
Tel Abyad
SINYAR
Dahok
Salahatin
Shardast
Saquez
Alepo
Raqqa
Habur
Mosul
Gran Zab
Arbil
Koya
Baneh
Suleimaniya
Mariván
Deir-ez-Zor
Halabja
Biyara
Sanandai
Mar Mediterráneo
Pequeño Zab
Kirkuk
Paveh
Tigris
Diyala
Qasr-e Shirin
Éufrates
Palmira
Khanaquin
Kermanshah
Beirut
LÍBANO
SIRIA
Damasco
ILAM
Bagdad
IRÁN
IRAK

Manuel Martorell es un periodista especializado en Oriente Medio y uno de los principales expertos en la cuestión kurda, habiendo viajado a las zonas donde vive este pueblo en Turquía, Siria, Irán e Irak de forma continua en las tres últimas décadas. Sobre esta materia ha realizado numerosos reportajes, varios documentales para TV y participado en siete proyectos editoriales. Tras pasar por *Diario 16* y *El Mundo*, actualmente es miembro fundador del periódico digital Cuartopoder.es.